
3 1761 08831785 4

# LA SIGEA.

# LA SIGEA.

NOVELA ORIGINAL

POR

## DOÑA CAROLINA CORONADO.



TOMO I.



MADRID.
ANSELMO SANTA COLOMA: EDITOR.
1854.

IMPRENTA DE SORDO-MUDOS.

## ADVERTENCIA.

*La primera parte de esta novela empecé á escribirla en* 1849. *La segunda la concluyo en* 1853. *En el transcurso de estos cuatro años han sucedido en el mundo grandes cosas: han caido tronos, han pasado repúblicas, se han levantado imperios, y se han puesto en comunicacion las gentes de los dos polos por medio de unos alambres. Y si los pueblos, que necesitan casi siempre siglos para verificar sus revoluciones, han sufrido estos cambios, ¿qué no sufrirán los individuos para quienes un nuevo dia trae siempre una idea nueva?*

*Cuatro años no son mucho vivir, cuando esos cuatro años se viven en la infancia; cuatro años no son mucho tampoco, cuando esos cuatro años forman la primera estacion de la juventud; pero cuando nos acercamos al otoño de la vida, y la vida es de muger, esos cuatro años son un siglo.*

*Yo he leido con sorpresa la primera parte de mi novela, sin poder reconocer á la autora de*

*ella, y juzgándola como si el* yo *de entonces fuese enteramente distinto del* yo *de ahora. Mi deseo (lo confieso) hubiera sido destruir lo empezado y no darle conclusion; porque antes para escribir me inspiraba audacia el saber que solo el público indiferente habia de leer mis escritos; pero ahora me acobarda la idea de que mas tarde haya de leerlos mi hija.*

*No es mi deseo el que cumplo conservando las obras empezadas, y dándoles conclusion para que se publiquen: es un deber que me hube impuesto de antemano, y del cual no puede eximirme otra razon alguna. Pero esta advertencia hará conocer al lector las dificultades con que he tenido que luchar en la novela, para dar unidad á sus dos mitades construidas en distintas épocas.*

*San Ildefonso.*—1853.

CAROLINA CORONADO DE PERRY.

1

## A LA SEÑORITA DOÑA NATALIA FALCON.

*Prima mia: desde que tengo la dicha de poseer tu cariño, todos mis pensamientos van unidos á tu memoria. Por eso algunas veces has de leer tu nombre al frente de mis escritos, porque quiero que nuestros nombres formen el mismo lazo que forman nuestras almas.*

*Badajoz.-1849.*

# LA SIGEA.



## PARTE PRIMERA.



## CAPITULO I.



### El amante de la estátua.

Permitidme que vuelva mis ojos amorosamente á Portugal, siquiera porque en él se halla hoy 1.° de mayo de 1550 una española célebre.

Dos meses hace que pasó desde Toledo á Lisboa acompañada de su anciano padre la escritora Luisa Sigea, y uno que por segunda vez despues de cinco años de ausencia la recibió á su servicio

la princesa Doña María, hija del rey D. Manuel. Todavía los nuevos cortesanos no conocen á la antigua dama, y esperan impacientes el dia de ceremonia para ver si su belleza corresponde á la fama que la ha dado su pais.

Muy fea será preciso que se presente la literata Tolentina si ha de parecerlo á la juventud portuguesa, para quien la sola prenda de ser española constituye la primera belleza de una muger.

Infinitas damas hay en palacio, hermosas como la luz; pero todas tienen un defecto capital para los galanes de Lisboa; son portuguesas. La princesa misma no puede evitar que sus encantos aparezcan nublados á la vista de los nobles, por mas que los rayos de sus brillantes ojos den esplendor á su juvenil fisonomía. Ninguno halla espresion en la dulzura de sus ojos negriazules, ni gracia en la sonrisa de su preciosa boca. La dama española debe de mirar con mas fuego y sonreir con mas amor. La dama española es la que desean ver.

Generosos con nosotras solamente los patrióticos lusitanos, nada hallan en el estrangero superior á las cosas de su reino, ni clima, ni ejércitos, ni bajeles, sino las damas españolas. Por

que su sol les parece el mas esplendoroso que alumbra la tierra; cuentan por cabezas la estrangera caballería, y la suya por pies para que resulte la misma cuenta, y llaman á sus barquichuelos *terror d'os mares*.

Pero ante nosotros se despeja el ceño de su orgullo nacional; su lengua enfática se hace humilde, y los enemigos de los castellanos se postran á nuestras plantas como los indios que adoraban á Colon.

Si ha de acontecer por dicha que en los venideros siglos se una á la grande España el pequeño Portugal, no creais que esto se verifique por la contienda de las armas, sino por los lazos del amor. La fuerza de atraccion que tiene España para absorver, al fin, á su vecino, no es la del acero, es la de la belleza. Dios ha puesto en el corazon de los portugueses una irresistible simpatía que los impulsa á buscar en España su felicidad.

En un principio no querrán ceder en su patriotismo', y robarán á las españolas para identificarlas á su pais; luego se conformarán con vivir en España siguiendo las costumbres de su pueblo, y mas tarde adoptarán nuestras costumbres y se confundirán las españolas que van con los

portugueses que vienen. Lo que no alcanzaron las batallas de tan denodados guerreros, lo alcanzarán las sonrisas de las tímidas mugeres, y antes de muchos siglos España y Portugal no formarán sino una sola familia..... Pero estamos en 1550 y todavía no es tiempo de discurrir de este modo, sino de continuar sencillamente la relacion de unos hechos que nada tienen que ver con la union de España y Portugal.

Hoy es el cumpleaños de la princesa Doña María, y hay ceremonia á la que no puede menos de concurrir la dama española.

Los jóvenes de quince á veinte años estiran sus bigotes cuanto puede consentirlo el flexible bozo que apenas sombrea el labio. Los de veinte y cinco y á treinta recortan el mostacho para suavizar la densa sombra de las ásperas cerdas. Los hombres de cuarenta á cincuenta se empolvan la peluca.

Uno solo entre los cortesanos permanece inactivo en medio de la vanidosa faena. Ni siquiera piensa en asistir á la ceremonia. Y es jóven, gallardo, enamorado y presumido; y sabe por tradicion que es hermosa la Sigea. Pero con una palabra se esplica su indiferencia, su apatía: este caballero es español y no puede ofrecerle novedad la vista de una española.

No sé si habreis leido otras novelas en las cuales he descrito los jardines de Portugal, pero si las leísteis, ahorradme el trabajo de una nueva descripcion, recordando aquella, y si no las habeis leido, tomaos la molestia de buscar el capítulo 3.° de *Musiña*, donde agoté mi vena poética haciendo brotar con profusion toda clase de árboles y de flores, de cascadas y de fuentes. Nada vuelvo yo á escribir tan fresco y tan florido como aquel capítulo de pura vejetacion en el cual cada palabra es una rama de sáuce ó de naranjo, y cada letra una hoja de nardo ó de jazmin. Es un capítulo aquel que copiaria de buena gana introduciéndolo en esta novela, sino fuese porque es ya propiedad del editor portugués, que *perseguirá ante la ley al que lo reimprima.*

Digo todo esto porque las ventanas del pabellon que habita la escritora de Toledo, dan sobre el jardin real, y mis lectores naturalmente querrán saber cómo es este jardin. Esto es muy justo. Desde que el primer escritor dió á su lector el adjetivo de *curioso*, ha sido curioso siempre y seguirá siéndolo mientras haya escritores. Yo comprendo bien la curiosidad que tendrá ahora por saber cómo era el real jardin, pero repito que nada vuelvo á escribir como el capítulo 3.° de *Musiña.*

Basta para dar una idea del jardin real con el silbido de los portugueses, que ponderan asi su magnificencia como si las palabras no fueran suficiente espresivas para hacer su elogio.

Todas las mañanas pasean entre los árboles multitud de jóvenes que espian el momento de ver á la Sigea asomada á sus ventanas, pero inútilmente, porque ella permanece oculta en el fondo de su habitacion todo el tiempo que la dejan libre sus tareas en el cuarto de la princesa.

La sombra de la arboleda empieza á dibujarse en el suelo, cuando el caballero de Castilla, no con objeto de ver á la española, sino con otro que no ha querido decirme, ni yo me atreveré á preguntar, se ha detenido cerca de una Venus de Carrara, que por un capricho de su escultor arroja dos caños de purísima agua por cada uno de sus hermosos pechos. Parece aquella Venus la nodriza de todas las flores que se alimentan en el jardin con su abundante jugo.

El caballero español cruzado de brazos contemplaba estático la escultura, cuando uno de los cortesanos portugueses que hablaba nuestro idioma, se acercó y le dijo dándole un golpe en la espalda.

—¡Ya estamos! ¡*Deus*, tu te hallas enamorado de esa piedra!

Rióse el español, y contestó volviendo la cabeza, pero sin apartar los ojos de la estátua:

—¡Mira que es hermosa!

—Pero de piedra. ¡Hermosa la *menina* española! La he visto ayer por la espalda al pasar á la sala de guardia, y...

—No será como esta.

—*Ainda mais.*

—¿Qué sabes si no la has visto mas que por la espalda?

—Pero soy un lince: se me traslucen las cabezas bellas; aunque las vea por el revés. ¿Vendrás á la ceremonia?

—No, respondió el español sentándose enfrente de la estátua.

—¡*Deus*! vas á perder el juicio, Mariano, con esa regadera *d' os* jardines.

Retiróse el portugués y se unió á los otros compañeros, que se alejaron riendo de la estravagancia del CASTEÇAO. Un minuto despues de haber desaparecido ellos asomó á una de las ventanas que daba sobre la fuente la linda cabeza de la Tolentina.

Los reflejos todavía pálidos del sol de prima-

vera esmaltaban la blanca frente del español, haciéndola lucir como si fuese de plata. Su ligerísimo bigote castaño, ensortijado graciosamente, se unia por las estremidades á los grupos de sus cabellos, que avanzaban hasta las mejillas, envolviendo el óvalo de su rostro en una sombra como la que dan á sus cuadros los pintores de la escuela de Rivera. Tenia el caballero apoyada la cabeza en la mano izquierda, el codo en el relieve de una columna, y los pies indolentemente cruzados. El trage de terciopelo negro con los vistosos greguescos y lucidos oropeles de la corte de D. Manuel, el reflejo del sol y su actitud aumentaban la gallardía del caballero con una triple ventaja.

La mirada de la escritora se detuvo en el primero con indiferencia, despues con curiosidad, y por último con interés.—¿Qué contempla? preguntó para sí.—Es la estátua, respondió á sí misma.—Un ocioso, pensó despues haciendo un gesto de desden;—¿por qué no llevará un libro al jardin?

Separóse de la ventana, y se sentó cerca de una mesa donde se veia un gran pliego con párrafos escritos en distintos idiomas. El primero en latin, el segundo en griego y el tercero se puso á continuarlo en hebreo.

Escribió tranquilamente algunas líneas, y se levantó varias veces para hojear pergaminos y registrar diccionarios.

Una hora trabajaria, y sofocada se acercó á la ventana para respirar el aire fresco, sin acordarse ya del caballero que estaba en la fuente. Pero al verle todavía en la misma postura se sorprendió y volvió de nuevo á examinarlo.

—¡Es mucha ociosidad! esclamó. Este hombre es español indudablemente. Continuemos mi carta.

El cuarto párrafo de esta carta habia de ir escrito en siriaco, y aun faltaba el párrafo quinto que iria en arábigo.

La Sigea escribió con ardor dos horas mas. Concluyó, cerró su carta y la puso la direccion.

*Al Pontífice Paulo III* (1).

Vistióse luego de ceremonia, y se dirigió al salon de la princesa.

Los cortesanos formados en hileras aguardaban la hora de la ceremonia. El mas impaciente era aquel portugués que habló en la fuente con el amante de le estátua. Presentóse por fin Doña María seguida de sus damas, entre las que se vió

(1) Alfonso de Lamadrid.

aparecer á la escritora tolentina; pero las risueñas esperanzas de los jóvenes quedaron defraudadas con su presencia. En vez de una andaluza salada, vivaracha, incitadora, hallaron la figura de una imágen.

La Sigea tenía la frente noble y suave, hermosos ojos, mejillas de vírgen, redondas y puras, y una boca de espresion inocente. El talle de la Sigea era delicado y magestuoso...

—Ah! esclamó en voz baja aquel portugués que la aguardaba ansioso, creí que *á menina* española seria *mais sandunguera*.

Dirigió la Sigea una mirada investigadora en torno de sí, y volvió á bajar los ojos sin haber visto al español.

Otros españoles concurrieron al palacio tan gallardos acaso como el amante de la estátua, pero la dama no fijó su atencion en ellos.

Concluida la ceremonia quiso la princesa bajar á los jardines, y eligió para que la acompañasen á la Duquesa de Alencastre, á la Condesa de Almeida y á la escritora de Toledo.

Tímida la Sigea para aceptar un honor que no creia merecer todavía en palacio, dejó marchar delante á las ilustres damas, y las acompañó á una distancia respetuosa. Atravesaron gran par-

te del jardin, y Doña María se detuvo junto á la fuente, donde se elevaba la Venus.

La Sigea se detuvo tambien.

Pero, ¡cósa estraña! en vez de sentir un placer artístico, en la contemplacion de la hermosa estátua, sintió un secreto disgusto que no se supo esplicar. Su primer impulso fué cubrir con su velo aquellas desnudas formas. El agua cristalina que emanaban sus pechos le producia con el rumor de su caida una angustia dolorosa, y no pudo marcar la perfeccion de aquella torneada pierna, sin esperimentar un sacudimiento en todas sus fibras. La Duquesa de Alencastre vino á dar mas energía á esta sensacion diciendo en inglés:

—¿Cómo no estará por aquí ese tonto de Mariano?

—El loco, no el tonto; repuso la Princesa.

—Tonti-loco; añadió la Condesa de Almeida.

—Tonto no; volvió á corregir Doña María; y luego esclamó en voz baja. Será preciso hacer pedazos la estátua!

La Princesa no quiso ya pasear y se retiró del jardin silenciosamente.

La Sigea volvió á su habitacion melancólica y disgustada.

Despojóse del trage de ceremonia, y se puso á escribir sobre la influencia de la escultura en los sentidos. Buscó en sus libros las noticias de los mejores escultores y se ensañó con Praxiteles.

Un trozo de este libro debe existir entre los manuscritos de la autora, que dice lo siguiente, traducido del latin:

«La influencia de la escultura es muchas veces perniciosa al desarrollo de las buenas pasiones. La juventud se fija mas en las formas de una estátua, que en el estudio del arte; y atribuyo en gran manera el relajamiento de la sociedad griega, á la profusion de hermosas estátuas que adornaban sus plazas y sus paseos. Es cierto que este arte, puede servir en beneficio de la filosofía y de la religion, inspirando á la escultura la fisonomía de personages históricos, ó de imágenes piadosas; pero los mejores pintores se han dedicado principalmente á copiar la belleza. ¡Esas Venus, esas Venus son el cebo del sensualismo, y Praxiteles la perdicion de la juventud! ¿Por qué no dar al arte la severa espresion de la virtud, aunque no tengan las formas esa perfecta armonía? ¡Ah! ¡la belleza! ¡siempre la belleza de las formas. Siempre la forma, nunca la esencia...!»

Detúvose la escritora al llegar aquí, agitada

por una austera indignacion, y levantando la cabeza, con la pluma en la mano, se vió retratada por la pequeña cornucopia que tenia enfrente. ¡Original, por cierto, era el contraste que ofrecia lo que acababa de escribir, y la imágen que se reproducia en el cristal. Cuando estaba tronando contra la hermosura se veia ella mas hermosa que nunca por el carmin que cubria su rostro y por el noble fuego que animaba sus ojos. La sectaría de la escuela espiritualista se olvidaba de sí misma y combatia su propio mérito por sacar ventaja en su doctrina. Se hallaba tan superior á las pasiones, que proscribia toda emocion de los sentidos con una severidad digna del filósofo mas austero.

Pero en aquel instante los golpes de un martillo resonaron en el jardin. Oyóse el estallido que hace al saltar la piedra y luego el ruido, como de una roca que se desploma, estremeció las paredes.

Asomóse la Sigea y vió rodar la estátua de Venus partida en dos pedazos.

—¡Ah! esclamó con alegría, han destruido la estátua.

—Malvados! gritó al mismo tiempo el caballero español apareciendo al fin de la arboleda, ¿qué haceis?...

Y tiró de la espada.

Adelantóse el jardinero mayor hácia el amante de la estátua y respondió:

—Cumplir las ordenes de S. A.

Guardó la espada Enriquez y se acercó á la estátua; cruzó los brazos y la miró dolorosamente.

La Sigea creyó distinguir dos gruesas lágrimas que rodaron por la mejilla del caballero y se consumieron en su mostacho.

—¡Es muy estraño! Es muy estraño esto que sucede, repitió la Sigea; ese jóven llora por una estátua y yo lloro... y yo lloro... porque llora él!!!

---

# CAPITULO II.

## La academia de la infanta Doña María.

No hallo medio de empezar este capítulo sin interrumpir la lectura de un poema que está leyendo Luisa Sigea en el gabinete de la infanta Doña María.

La Infanta Doña María era en Lisboa la única dama que prestaba atencion á los literatos en el siglo décimosesto, y por eso en torno de ella se agrupaban todas las celebridades, asi del reino como estrangeras.

Se hallaba la Infanta Doña María en lo mas hermoso de su juventud, y en lo mas brillante de su talento.

Dice una apreciable escritora inglesa, que nada hay mas dificil de hallar que una literata que no sea *fea ni vieja*. Efectivamente, parece que las letras dan á los rostros femeniles el barniz de la fealdad y de la vejez; parece que la naturaleza se complace en castigar la ambicion de las mugeres *eruditas*, marchitando en flor sus encantos, y haciéndolas ridículas desde que se hacen *sábias*. La mayor parte de las celebridades inglesas llevaron peluca y anteojos desde los veinticinco años. Una francesa hubo que á los veinte años se quedó sin dientes y sin pestañas. Algunas, como Jorge Sand, se salvan por la transformacion del sexo pareciendo lindos muchachos. Muy pocas son las que pueden conservar el adjetivo de lindas mugeres.

Este privilegio lo tuvieron, no obstante, en el siglo XVI dos ilustres literatas: la Infanta Doña María y Luisa Sigea. *Lirio é rosa de candura* llamaban á la Infanta precisamente cuando se hallaba estudiando latin, y presidiendo con su corte de damas la única academia literaria que, como hemos dicho, habia por entonces en la corte de Portugal.

¡Oh! era preciso ser muy bella, muy graciosa y muy sencilla para presidir como la Infanta á un

certámen de doctores, de sábios, de poetas y de pedantes, sin escitar la risa.

Discípula del docto Agustino Suarez, y del venerable obispo de Coimbra, era Doña María muy entendida en el conocimiento de la filosofía y de la sagrada escritura; pero ambicionaba poseer una vasta erudicion, y para dedicarse al estudio de las lenguas doctas habia hecho venir á su corte á la literata Luisa Sigea.

Dos veces á la semana admitia en sus salones á las gentes de letras, y precisamente esta noche se hallaban mas que nunca concurridos. Asistian, entre otros doctores, el obispo de Agdas, embajador de España, dos prelados portugueses de reconocida sabiduría, el célebre Juan de Barros, D. Francisco Saa de Miranda, Jorge Montemayor, D. Hernando de Acuña, Luisa Sigea y un gran número de nobles caballeros y damas.

Habíanse discutido los puntos mas difíciles del arte, y se habia puesto en tortura el ingenio para que confesase cada cual sus pecados de poesía, y llegó su turno á la escritora de Toledo. Leia esta, como deciamos, el primer canto de su poema describiendo á Cintra (1), cuando

(1) Obras de Luisa Sigea.

hemos empezado este capítulo interrumpiendo sus versos. El lector ha debido oir claramente los versos del poema, y doy por supuesto que aplaude y la invita á continuar. Pero la Sigea se ha turbado, y todos los ruegos de los poetas no pueden conseguir que prosiga la lectura. ¡Qué diablo! ¿Quién habia de evitar que el capítulo segundo viniese á interrumpir un poema? ¡Malditos versos que no dejan lugar á la prosa! ¡Es mucha impertinencia esta de los consonantes!

Al mismo tiempo que nosotros ha entrado en el salon de la Princesa D. Mariano Enriquez, el caballero español, *el amante de la estátua*, para esplicarnos de una vez.

Saluda profundamente á S. A., hace á las damas una ligera inclinacion, y escoge para sentarse el sitio mas apartado.

Miranda insistia en que la española habia de continuar la lectura del poema, pero oida su negativa dijo:

—Si la ilustre señora no prosigue y S. A. me dá permiso, leeré mi égloga castellana.

—Y yo unos versos que he escrito á un buen caballero y mal poeta, añadió D. Hernando de Acuña con una graciosa sonrisa.

Leyó el clásico Lusitano su égloga á Nemoroso, que duró cinco cuartos de hora y cuya conclusion fue:

. . . . . . . . . . . . . . .

PELAYO (1).

Suso, Suso, á cantar sin mas escusa.

SALICIO.

Taña Bras, yo diré de Laso nuestro
Con buena ayuda suya y de las musas
Con grande perdon suyo y grande nuestro.

Enjugó el clásico Lusitano el sudor que corria por su frente, y el auditorio fatigado, se entregó al reposo que tanto habia menester. Los semblantes de los caballeros revelaban el disgusto y la impaciencia: los de las damas el tédio. Pero levantóse D. Hernando de Acuña y desdoblando un papel, leyó lo siguiente:

(1) Poesias de D. Francisco Saa de Miranda. *Biblioteca de Lisboa.*

*A un buen caballero y mal poeta* (1).

De vuestra torpe lira
ofende tanto el son, que en un momento
mueve al discreto á ira
y á descontentamiento:
á vos solo, señor, os dais contento.
Yo en ásperas montañas,
no dudo que tal canto endureciese
las fieras alimañas
ó á risa las moviese,
si natura el reir las concediese.
Y cuanto habeis cantado
es para echar las aves de su nido;
y el fiero Marte airado,
mirándoos, se ha reido
de veros tras Apolo andar perdido.
¡Ay de los capitanes,
en las sublimes ruedas colocados,
aunque sean alemanes,
si para ser loados
fueran á vuestra musa encomendados!

(1) Poesias de Hernando de Acuña. *Parnaso español.*

¡Mas ay, señor, de aquella,
cuya beldad de vos fuera cantada!
que vos dareis con ella
do verse sepultada
tuviera por mejor que ser loada.
Que vuestra musa sola
basta á secar del campo la verdura,
y al lirio y la viola
do hay tanta hermosura,
estragar la color y la frescura.
¡Triste de aquel cautivo
que á escucharos, señor, es condenado!
que está muriendo vivo,
de versos enfadado,
y á decir que son buenos es forzado.
¿Pues qué podrá decirse
de quien de versos llenos de aspereza
no quiere arrepentirse,
y para tal dureza
anda sacando fuerzas de flaqueza?
Señor, unos dejaron
fama en el mundo por lo que escribieron,
y de otros se burlaron,
que en obras que hicieron
ageno parecer nunca admitieron.
Palabras aplicadas

podrian ser estas á vuestra escritura;
pero no señaladas,
porque es en piedra dura,
y ya vuestro escribir no tiene cura.

Las bocas de los concurrentes estallaron unánimes en una esplosion de risa. Solo Miranda conservó su gravedad no habiendo entendido la alusion, y preocupado en juzgar si la obra se hallaba arreglada á los preceptos clásicos. Hizo notar á D. Hernando de Acuña que en el segundo verso de la quinta estrofa se hacia una pausa por medio de la admiracion; pausa muy perjudicial á los versos que seguian. No pudo conformarse con que se pusiese coma en el quinto verso de la octava estrofa, debiendo á su parecer haber dos puntos; y empeñó últimamente una cuestion gramatical sobre cada una de las voces, mientras que los demas caballeros, cansados de poesía, entablaban con las damas pláticas mas amenas. Uno de estos fué D. Mariano Enriquez que acercó su asiento al de la Sigea.

—¿Habeis paseado esta tarde en el jardin? preguntó la Sigea.

Enriquez dirigió á la escritora una inquieta mirada, y tartamudeó la respuesta:

—Sí... es decir, no... llegué á la fuente... ¿por qué me haceis esa pregunta? dijo esforzándose á sonreir.

—Perdonad si soy indiscreta.

—¡Ah, no, jamás sereis indiscreta! pero... ¿habeis ido á la fuente?

—No.

Respiró D. Mariano, y quiso mudar de conversacion; pero la Sigea repuso:

—No necesito bajar al jardin para ver la fuente, porque mis ventanas dan sobre ella.

—¿Cómo? esclamó Enriquez sobresaltado otra vez.

—Sí, sobre la fuente donde estaba la estátua...

—Dónde estaba... habeis dicho, luego sabeis?...

—Que ya no está...

—¿Y qué mas sabeis? preguntó con ansiedad el jóven.

—¿Qué mas hay? dijo la escritora con tono de curiosidad.

—Nada... nada mas.

—Creed que he tomado mucha parte en vuestro dolor.

—¿Mi dolor, señora? esplicaos...

—Era una hermosa estátua.

—¡Oh Dios mio, os lo han dicho todo y os burlais de mí!...

—De ninguna manera. Hallo vuestro entusiasmo muy justo; sois un verdadero artista.

Callaron, y el español pareció absorto en sus cabilaciones; al fin dijo:

—¿Nada mas sabeis?... ¿no es verdad?... habladme ingénuamente.

Luisa hizo un movimiento negativo.

—En esta corte todo llama la atencion, añadió Enriquez; asi que casi celebro que hayan quitado la estátua.

—¿Sí?... ¿Llevais á bien esta disposicion de S. A. Doña María?

—¡Qué! ¿Sabeis que ha sido Doña María?

—Ciertamente.

—¿Luego sabreis el motivo?...

Mientras hablaba dirigia Enriquez á la escritora miradas oblícuas para ver si sorprendia algun gesto; pero el semblante de la Sigea permaneció impasible, y D. Mariano acabó de tranquilizarse con estas palabras.

—Señor, creo que la disposicion de S. A. no tenga relacion con vuestras visitas á la fuente. Cualquiera que sea la singularidad de estas visi-

tas, S. A. no manifestaria su desagrado destruyendo la estátua, sino fuese porque le ha dado la idea de colocar su busto en el jardin. Podeis estar tranquilo acerca de vuestro secreto.

—¿Qué secreto, señora?

—El de vuestro entusiasmo por la estátua, contestó la Sigea impacientada por la suspicacia y reserva del jóven.

—¡Ah, sí!

Todavía siguieron hablando la escritora y Enriquez, pero los gritos de Miranda confundian su conversacion.

Que no hay cacofonía, señor D. Hernardo, que no hay cacofonía en *mirándoos*... o.. o..os?... Pues qué llamais á estas dos oo, señor D. Hernando?

—Pero señor D. Francisco, ¿es posible que os llame la atencion la cacofonía, y que no os la llame la oportunidad de los versos?

—Es que no conozco al poeta contra quien se han escrito.

—¡Señor D. Francisco!

—Por mi honor que no le conozco... ¡Ah! prosiguió bajando la voz, ¡ya caigo! ¡Qué diablura! Es un inocente este Montemayor.

Jorge Montemayor no era hombre á quien se

le escapaba palabra alguna por muy baja que se pronunciase cuando aludia á su persona y, habiendo adivinado por el eco y por el gesto de Miranda lo que habia dicho, se volvió bruscamente al escritor diciendo:

—Esa sátira no es contra mí, señor D. Francisco, sino contra vos.

—Ciertamente, repuso con la mayor calma D. Hernando de Acuña.

Hinchóse el portugués como la vela de un buque al soplo de levante, y dijo á D. Hernando de Acuña reventando de ira y acudiendo al portugués para espresar con mas rapidez y soltura su terrible indignacion.

—*¡De me matar fecera muy mellor... ¡Deus! ¡Deus!*

—Señor D. Francisco, ¿no os dije cuando me leísteis los primeros versos que iba á satirizar la égloga á Nemoroso? os lo dije delante de S. A. que rió mucho de mi oposicion.

—¡Hum!... continuaba el otro, á *esta coita nunca eu vi par.*

—Señor D. Francisco, dijo Montemayor, tomad con mas calma la poesía y no os pongais asi.

¡Uf! *Deus!!*

Enteróse la Princesa de aquella cuestion y lla-

mó á Miranda queriendo serenarlo. Pero él esclamó mirándola como un insensato:

—*¿Qué farei eu?... ¡Por Deus que mi ó digades!*

La presencia de un caballero que en aquel punto entró, hizo callar á todos. Vestía luto desde el cabello hasta la planta. Andaba gravemente y parecia absorto en sus meditaciones. Era tan jóven que todavía en su rostro pálido no se dibujaba mas sombra de vello que la que proyectaban sus cejas. Pero estas eran tan fuertes que daban á los grandes ojos del enlutado una energía maravillosa. Un gesto irónico y amargo entreabria sus labios gruesos y descoloridos. Su trage, su andar, su tristeza esparcian el silencio. Su fisonomía atraia la curiosidad.

¿Quién era aquel hombre casi niño que producia en los ánimos tan repentina sensacion?

Llegóse á la Princesa y besó su mano pronunciando en voz muy baja algunas palabras que solo la Princesa pudo oir. Despues saludando á las damas con la cabeza y tendiendo la mano á los poetas dijo con una voz que, naturalmente solemne, vibraba en aquel instante con un sonido de honda conmocion.

—¡Adios, amigos mios! mañana parto á la India. Acordaos de Luis de Camoens.

# CAPITULO III.

—

## Las bodas de la Infanta Doña María.

El personage mas importante que habia en Lisboa, no era seguramente el Rey D. Juan III, sino el Infante cardenal D. Enrique, comendador de la santa Cruz de Coimbra, arzobispo de Evora, de Braga, inquisidor general y gobernador de aquellos reinos.

Pocos ilustres príncipes han obtenido en Portugal la veneracion de los pueblos con mas justicia que el infante cardenal D. Enrique. Inteligen-

te, enérgico, magnánimo, piadoso, cortés con las damas, tolerante con los caballeros, afable con los desgraciados, fué el único inquisidor que se hizo amar de los verdaderos católicos. No ha habido otro príncipe que á los treinta y cinco años de edad pudiera reunir en su persona tan graves cargos, y desempeñarlos con una prudencia mas consumada. No recordaban los portugueses haber visto bajo la mitra rostro mas jóven y bello, y les causaba pasmo la presidencia del Príncipe en los graves actos inquisitoriales. Pálido, con el cabello rubio y ensortijado, con los ojos de un azul bello y dulce, con los lábios entreabiertos por una perenne sonrisa, mas bien que el juez encargado de condenar á los hombres, parecia el ángel que redimia á los condenados.

Precisamente el Infante cardenal era inquisidor cuando empezaba en España la encarnizada persecucion contra los hereges, secundada en Portugal con todo el exagerado celo que inspiraba el fanatismo á los prelados de aquel reino.

Ese poder de la iglesia que hizo temblar pocos años despues á Felipe II, tenia todavía en España el correctivo del Emperador Cárlos V, que levantando su cetro por cima de la silla pontifical, cuando Paulo III no queria acceder á sus peticio-

nes, recurria á los teólogos y les hacia componer un *Interin* (1).

Pero en Portugal era débil D. Juan III para resistir á ese poder formidable que aparece en los siglos pasados á la luz de la hoguera de la inquisicion, como imaginó á la bruja de los cuentos en las noches oscuras en torno de la llama donde quema á los niños vivos entre conjuros misteriosos.

Portugal estaba espantado con el miedo de los hereges, y empezaban á fulminarse terribles condenas contra los que se juzgaban solamente tíbios en el cumplimiento de las prácticas del catolicismo.

En vano el justo corazon del Infante cardenal, procuraba suavizar las penas que pedian los eclesiásticos para el que no habia oido con reverencia un largo sermon, ó para el que habia cometido la imprudencia de confesar que tenia amigos protestantes. El clero se enfurecia, el vulgo bramaba, y los inquisidores tenian que decretar cuándo menos una prision perpétua.

Ya empezaba la gota de agua á refrescar mu-

(1) Apuntes de la vida de Fulgio Helding y Agrícola, autores del *Interin*.

chas cabezas, y la llama á calentar muchos huesos, cuando se supo en Portugal la espulsion de la Suavia de todos los predicantes y maestros que se creian inficionados de la doctrina herética. La política portuguesa, imitadora desde muy antigua de la política española, se propuso adoptar tambien una medida análoga á la de Cárlos V, y en su consecuencia resolvió D. Juan III, de acuerdo con los inquisidores, espulsar tambien á todos los que fuesen sospechosos, empezando por declarar *idólatras* á Cosme Séneri, escultor italiano, por haber dicho que las Venus romanas eran la mayor riqueza de Portugal, y á Bernardo Ruiz, pintor andaluz, por haber copiado el rostro de una Vírgen para colocarlo en un cuadro de composicion mitológica.

En tal estado se hallaba la suspicacia del clero portugués cuando empezó á circular por Lisboa el rumor de que la Infanta Doña María tenia en su jardin una Venus que adoraba un castellano. Este rumor llegó á oidos de Doña María y mandó derribar la estátua; pero no debieron de quedar satisfechos los ánimos piadosos, cuando elevaron una formal queja al Infante cardenal solicitando la prision del castellano.

Terminada la academia despues de la despedi-

da de Luis de Camoens, pidió el Infante cardenal permiso para hablar á Doña María, y fué recibido en su cámara.

—Venid con Dios, hermano mio, dijo la Infanta besando respetuosamente la mano del inquisidor.

—Hermana mia, contestó D. Enrique devolviéndole el ósculo con el mismo respeto: Dios os bendiga, traigo para vos una embajada importante, y quisiera saber si estais en disposicion de oirla.

—Siendo vos el *embajador*, hermano mio, siempre estoy dispuesta á escuchar.

—¿Aludís al Obispo de Agdas que no ha hallado gracia con vos?

—Aludo á todos los *embajadores*.

¿Y por qué esa prevencion contra los *embajadores?*

—Voy á recordároslo, D. Enrique. Apenas tenia yo cuatro años, huérfana del Rey, y retirada con mi augusta madre en el monasterio de Odivellas, cuando ví al primer embajador. Llamábase el Duque de Alba y era un gentil caballero, tal como yo habia imaginado al Rey mi padre, con un semblante lleno de magestad y un vestido brillante. La impresion que me causó el Duque de

Alba fué tan estraña, que cuando entró en el convento corrí hácia mi madre diciéndola:—¡Señora, un rey!!

El Duque venia comisionado por mi tio el emperador Cárlos V para tratar las bodas de mi madre con Francisco I y conducirla á España. Yo nada pude comprender hasta que mi madre me abrazó llorando, y me dijo: «Adios, María, hija de mi corazon: me separo de tí. Dios te haga dichosa!»

Salí del convento para venir á palacio, y no tenia siete años cuando me presentó el Rey á otro embajador. Era un viejo cuyo rostro no se veia debajo de la peluca sino por la puntiaguda nariz. Me hizo saber que era embajador de Francia, y que venia á pedir mi mano para el Delfin. Segun me esplicó, ya habia dado el Rey su palabra, y yo estaba casada sin sospecharlo.

Cuatro meses despues vino un nuevo embajador vestido de negro á darnos la triste nueva de la muerte del Delfin. Por consecuencia, á los nueve años me hallé viuda. Vistiéronme de luto y recibí el pésame de la corte; pero muy pronto fuí despojada de la negra vestidura para desposarme con el hermano de mi difunto esposo, con el Duque de Orleans, á quien perdí á los seis me-

ses, quedando por segunda vez viuda antes de los diez años.

Aun no se habia retirado el embajador que vino á dar la noticia de la muerte del Duque, cuando me anunciaron al embajador de Hungría, Mr. Lordes...

Al llegar aquí Doña María no pudo el Infante cardenal reprimir la risa que le causaba la donosa relacion de aquellas bodas, y dijo:

—Veo, hermana mia, que será difícil hallar un príncipe en la tierra con el cual no os hayais desposado.

—Aguardad, hermano mío, continuó la Infanta, que falta mucho á la historia. Vino Mr. de Lordes y me pidió en nombre del Rey de Hungría para su hijo Maximiano. Desposáronme de palabra por tercera vez, y la corte se apresuró á felicitarme. Trajéronse costosas galas, y ya se disponia mi viaje, cuando llegó otro embajador de mi augusto tio el Emperador Cárlos V que con pretesto no se de qué guerras, dispuso divorciarme de Maximiano para casarme con el Archiduque Fernando. Ya me consideraba esposa del heredero del Rey de romanos; pero con otro motivo mudó de parecer el Emperador, y todo quedó deshecho; proponiéndoseme en seguida por

medio de Mr. Honorio de Cais la mano de mi primo D. Felipe.

Ignoro los motivos que impidieron la realizacion de este enlace. Solo sé, que D. Felipe tomó otra esposa, y que ya me creia libre de *embajadores*. Mas ¡ay! ayer me advierte el Rey la llegada del Obispo de Agdas, y un triste presentimiento me dice, D. Enrique, que este embajador viene, como todos, á traerme alguna pesadumbre. Si no es á llevarse á mi madre, porque no tengo la dicha de que esté conmigo, ni es á anunciarme un duelo ó á declarar una guerra, vendrá á proponerme algun casamiento.

Terminó la hermosa Princesa con un gesto de desden estas graciosas palabras, y D. Enrique se sonrió bondadosamente.

—Hermana mia, replicó: al oir vuestra relacion cualquiera tiene derecho para anatematizar á la raza de *embajadores* que tanto os ha mortificado, y yo me apresuro á abandonar tan desgraciado título, temeroso de escitar vuestro desagrado.

—No temais, D. Enrique, vos podeis serlo impunemente.

—¿Y si viniera á hablaros de bodas?

—¿Con que no me he engañado? el Obispo de Agdas...

—Viene á pedir vuestra mano para el Príncipe D. Felipe, que se halla viudo de Doña María.

—Dios mio! esclamó la Infanta aterrada; y ¿qué ha contestado el Rey?

—Doña María, oidme, añadió el Infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El Emperador Cárlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia, suspenden entre sus garras la corona de Francia, espantan con su vuelo al Rey de Méjico, hacen sus presas en los campos africanos, y van á reposar sobre las torres de Flandes. El nido mas pequeño que tienen las águilas del Emperador no cabe en nuestra tierra, porque ese nido es España. Nadie como Cárlos V puede decir «yo doy la vuelta al mundo sin salir de mis dominios; yo tengo lecho propio en los antípodas...»

—Y que...

—Ninguno desde Alejandro ha conseguido tantos triunfos; ninguno ha dado muestras de tan grande poder...

—Acabad, D. Enrique...

—El Emperador es el árbitro de la paz y de la guerra de las naciones: los reyes todos del mundo son sus ahijados.

—Pero señor...

—El Emperador no solicita; manda. Sus mas ligeras insinuaciones son leyes...

—-Luego él ha dispuesto...

—De vuestra mano, Doña María, y es imposible rehusar.

Doña María guardó silencio por unos instantes, y luego, escondiendo el rostro entre sus manos, rompió en llanto.

—¡Hija mia! esclamó D. Enrique tomando entre sus palmas aquella linda cabeza: escuchadme, por Dios, y no os entregueis á un dolor injusto. No hablaré del honor que seria para una dama ilustre el enlazarse con el heredero del trono de Castilla, con el hijo de un héroe: no os hablaré de la vanidad, porque conozco vuestro sencillo carácter; pero permitidme que os haga conocer las virtudes de D. Felipe. ¿Quién no envidiaria la dicha de tener por suyo al príncipe mas piadoso de la cristiandad? ¿Sabeis que en España es respetado de todos los pueblos, como si ciñese ya la corona, por su temprana sabiduría, y por sus innatas virtudes?

—Todo lo sé, replicó la Infanta sin dejar de llorar; pero no quiero ser reina.

—Nuestros deseos, hija mia, significan bien poco cuando Dios nos elije para que desempeñe-

mos graves cargos. Si Dios ha determinado que lleveis una corona, en vano procurareis resistir su voluntad.

—¡Ah! ¡la voluntad de Dios es que yo no pertenezca á los hombres, D. Enrique! Harto me lo revelan los misteriosos acontecimientos que han evitado siempre la realizacion de todos los lazos que se han formado para unirme á un esposo. Y creedme, esta boda no se realizará, aunque yo la admitiera. Tal vez el Príncipe moriria de repente, ó se encenderia una guerra entre España y Portugal.

—Vuestra imaginacion, hermana mia, se halla preocupada por siniestras ideas. Espero que se disipen. Estais agitada y necesitais reposar. Mañana volveré y hablaremos mas despacio de la felicidad que os aguarda. Pero antes tengo una gracia que pediros.

—Decid.

—¿Teneis á vuestro servicio á un caballero español llamado D. Mariano Enriquez?

—Sí. Una dama española que sirvió á mi madre en Estremadura me lo envió con cartas de mucho encarecimiento por su persona.

—El tribunal tiene que entender en su vida.

—¿Cómo?

—Se le acusa de idolatría.

—Ese caballero es un buen cristiano.

—Tal vez...

—Y está bajo mi proteccion.

—¿Sabeis que para el tribunal no hay inmunidades?

—¿Y qué quereis?

—Que lo entregueis antes que se os reclame.

—Entregar yo misma á un inocente!

—Si está inocente, nada debe temer.

—¿Pero con qué pretesto entrego á uno que no es culpable?

—Ha adorado á la *Venus* que estaba en vuestro jardin.

—Esa estátua no existe ya.

—Pero existe su delito.

—Su entusiasmo no era una adoracion.

—Los católicos condenan ese entusiasmo; y es imprudente, hermana mia, que os encargueis de patrocinar á un herege, ¡vos, tan santa!

—¿Y qué debo hacer, hermano mio?...

—Enviadme mañana el culpable con una carta vuestra en que diga: «El enemigo habia tomado, para condenar el alma de ese católico, la forma de una Venus de mármol. He mandado

destruir la estátua, y os envio al pecador para que le purifique la penitencia.»

—¿Y no le condenarán?

—Se le juzgará segun nuestra conciencia.

—Está bien.

—Mirad, Doña María, que es el único medio de salvar vuestro nombre de católica, que anda en bocas del vulgo.

—Descuidad, D. Enrique.

—Adios, hermana mia.

—Id con Dios, hermano mio.

Asi que se retiró el Infante cardenal mandó llamar Doña María á Luisa Sigea, que era á la vez su maestra, su consejera y su amiga.

---

# CAPITULO IV.

## La delacion.

Aun conservaba Doña María los ojos húmedos por el llanto que acababa de verter, cuando se presentó á la puerta del gabinete la poetisa de Toledo. La Infanta hizo un esfuerzo para sonreir, y la mandó aproximarse. La Sigea miró á S. A. con profunda atencion, reflexionó rápidamente acerca de los hechos que hubieran podido afligirla, y esperó á que hablara.

—¿Adivinas, Luisa, la causa de mi afliccion? la preguntó Doña María.

—Solo una puede haber, señora, que reduzca á tal estado el ánimo de V. A.

—¿Cuál es?

—Una nueva boda.

—¿Quién te ha dado la ciencia, esclamó la Infanta tomando por la mano á la escritora y sentándola á su lado, de adivinar lo que pasa en mi alma?

—Mi amor á V. A.

—¿No sabias nada?

—No, señora.

—El Obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano para el heredero del trono de Castilla. ¿Qué idea tienes de D. Felipe?

—Es hijo de un héroe y de la inquisicion. Heredará los laureles de su padre para quemarlos en la hoguera de su madre.

—Es un príncipe piadoso.

—Tan piadoso, que abrasará á los reinos con su piedad.

—Todos le aman.

—Y todos le temen.

—El Emperador piensa abdicar en él.

—¡Triste será aquel dia para los pueblos!

—¿No te place verme reina de España?

—Señora, para serviros de rodillas, me es lo

mismo que V. A. sea reina de España ó infanta de Portugal.

—¿Pero cómo crees que seria mas dichosa?

—No siendo ni infanta ni reina.

—¿Te pesa de mi grandeza?

—Me pesa de que no os haga feliz.

—¡Feliz! yo no puedo ser nunca feliz.

—Porque teneis un título de princesa, un corazon de muger, un ingenio de poeta y un alma de santa; porque habeis querido reunir en un palacio las cosas mas opuestas: una academia y un cláustro.

—¡Ay, amo tanto la gloria, y temo tanto á la iglesia!..

—Por eso habeis encerrado á Apolo en una celda.

—¡Yo quisiera que los poetas tuvieran otro Dios! ¡Yo quisiera que las musas no fueran paganas!

—Vuestra alteza se adelanta al siglo. No hay todavia poeta que se atreva á dejar su mitología, ni el mismo Luis de Camoens...

—¡Luis de Camoens!

—Mañana parte á la India.

—Dejemos eso. Tenemos mucho que hablar; observa si hay alguno en los corredores, y cierra bien la puerta.

Obedeció Luisa, y volvió á sentarse cerca de la Infanta.

—Ya te he dicho, continuó esta en voz baja, que el Obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano.

—Sí, señora.

—El Rey la ha otorgado, y tal vez mañana mismo tendré que partir para España. Esto al menos parece lo probable; pero, Luisa, oigo yo en mi corazon una voz que me advierte la imposibilidad de que se realicen mis bodas.

—Creo lo mismo.

—¿En qué se funda tu esperanza?

—¿En qué se funda la de V. A.?

—En una inspiracion.

—La mia tambien.

—Quiero que me la espliques.

—Señora, es difícil de esplicar; pero hay seres predestinados á llevar en el cielo una aureola, y ya desde la cuna esparce su cabeza un misterioso resplandor. Aquellas santas mártires, aquellas inmaculadas vírgenes que en el pueblo romano caminaban al suplicio, dicen los sábios escritores que eran desde niñas la codicia del emperador. Halagos, amenazas, dádivas y castigos se empleaban para corromper su virtud; pero to-

do era inútil. Los mismos enemigos se convertian al acercarse á ellas. Los mismos verdugos temblaban.

Hay una ciudad en España, cerca de Portugal, llena de magníficas ruinas, donde Eulalia sufrió el martirio del fuego. La víspera de la ejecucion se emplearon horribles medios para quitarla su castidad, y hacer que muriese impura. ¿Quién la salvó, señora? ¿Quién evitó que fuera de un hombre? El ángel que desposa á las vírgenes con Dios. Ese espíritu invisible cuyo escudo de fuego abrasa al que se acerca á las que estan bajo su custodia. ¡Ah, Doña María! Esa luz que despiden vuestros ojos; esa inocencia que deslumbra en vuestra frente; esa belleza inmaterial que embelesa á los hombres sin enamorarlos, es el *sello* que habeis traido al mundo, para que se os pueda decir «nunca sereis de un hombre.»

Yo, señora, que aborrezco los abusos de la iglesia: yo que lamento el fatal error que conduce á aquellas nacidas para madres de familia á encerrarse en un cláustro, soy, no obstante, justa para apreciar el principio de sabiduría que guió á los fundadores de los conventos.

Hay, princesa, una raza de mugeres fecundas

de alma, estériles de cuerpo, cuya produccion es un canto, una oracion, una poesía, un perfume como el de aquellas flores que no dan semilla. No pidamos á estas mugeres amor para un esposo, porque solo darán un suspiro, una lágrima, y huirán. No las pidamos un hijo, porque son madres de todos los niños que han dado á luz las otras mugeres. No las pidamos posteridad de criaturas, sino posteridad de ideas, posteridad de virtudes.

A esa raza, señora, perteneceis vos. El temor que os ha espantado siempre al enlazaros á un hombre, es el instinto de conservacion que Dios ha dado á vuestra espiritualidad. Ser impalpable venido al mundo solo para adorar á Dios, y dar ejemplo de castidad sublime, vos, Doña María, debeis volver al cielo sin haber tocado á la tierra sino con la punta de vuestros pies. Dejad, señora, que los reyes se afanen por disponer de vuestra suerte: vos morireis vírgen y santa en un monasterio, y cuando el vulgo de varones descreidos quiera disculpar sus desórdenes, calumniando nuestro sexo, «mentís, le dirá la historia; si habeis olvidado á las mugeres del pueblo antiguo, bien podeis recordar á las de nuestro pueblo: aquella es la tumba de una princesa santa; allí yace Doña María.»

Cesó de hablar la Sigea, y aun conservaba la mano levantada en actitud de señalar á una tumba.

Doña María estaba conmovida y absorta.

—¡Gracias! esclamó, gracias, amiga mia; me vuelves el valor y el entusiasmo con tus palabras. ¡Oh, pluguiese al cielo que alli en el sitio donde tu señalas se abriese para mi una tumba esta misma noche!

—Debilidad, señora, replicó la Sigea con energía, debilidad de muger, indigna de la heroina á quien alabo, es la que os conduce á desear que se abra presto esa tumba. ¿Qué maravilla fuera subir al cielo con la bendita palma á los veinte años de edad, Doña María? ¿Creeis que ya estan sufridos todos los combates, todos los infortunios, todas las injusticias de los hombres? ¿Creeis que á los veinte años estais acrisolada porque os han desposado con media docena de príncipes á quienes no habeis conocido siquiera? ¿Porque habeis presidido una academia de doctores? ¿Porque habeis pensado en fundar una casa piadosa? ¡Dios mio! ¿habríais colocado en su alma tanta ternura, tanta pureza, tanta resignacion, tanto saber, para que muriese á los veinte años, inutilizando esas preciosas dotes? No, no:

os faltan, señora, las pasiones y las *calumnias*.

Es preciso que ameis á un hombre: que este hombre no pueda ser vuestro; que luche vuestro espíritu con vuestro corazon; vuestros deseos con vuestro deber; que perdais en la lucha vuestra salud y vuestra belleza; que tras largas horas de terribles insomnios, de lágrimas ardientes, de dolorosos gemidos, triunfeis al fin de vos misma; y que despues de este *sacrificio*, cuando vayais á cantar el himno de victoria, os *calumnien los hombres*.

—¡Ay! esclamó Doña María estremeciéndose. ¡Yo nunca tendria fuerzas para sufrir tanto!

—Sí, señora, las teneis hasta para el martirio...

—Luisa, te digo que necesitaba esta noche hablarte... confiarte mis secretos...

—Ya escucho, señora.

—¿Crees tú que á nadie amo?

—Creo que habeis empezado á amar á uno...

—¡Silencio!

—Ya callo...

—Dime al oido su nombre.

Acercóse la Sigea al oido de la Infanta, y pronunció un nombre que la hizo palidecer.

—¿Quién te lo ha dicho? esclamó sobresaltada.

—Mi corazon, señora.

—Bien, Luisa, toma la pluma y escribe. «Al señor inquisidor general.»

—Ya está, señora.

—«El enemigo habia tomado la forma de una Venus de mármol para perder el alma de este católico. He mandado destruir la Venus, y envio al tribunal...

—Señora, ¿vais á denunciar al mismo á quien amais?

—Es un deber.

—Os engañais, señora; vuestro deber no es el perder á un inocente...

—¡Luisa!..

—Y yo no escribiré esa delacion.

—¿Te niegas á escribir en nombre de la Infanta Doña María de Portugal?

—¡Me niego á delatar á un español, porque soy española, y... porque le amo!

—Basta, replicó Doña María con dignidad. Yo misma escribiré la carta. Retírate.

---

## CAPITULO V.

### Camoens.

Alguno habrá leido la historia de Luis de Camoens: de ese poeta generoso y desgraciado, como Cervantes; de ese valiente guerrero que perdió un ojo en Africa, como Cervantes perdió un brazo en Lepanto, y á quien los portugueses, raza de ingratos, tan ingratos casi omo nosotros, dejaron morir en la miseria, para darle despues de muerto el irónico título de *príncipe*!

Portugal, desheredado por Apolo, no tenia mas poetas antiguos que los anónimos del romancero,

ni mas poetas contemporáneos en el siglo XVI que un español que escribia en portugués, y un portugués que escribia en español, esto es: Jorge Montemayor y D. Francisco Saa de Miranda.

El primero gozaba de grande celebridad, mas por el ruido que hacian sus galantes aventuras, que por el de sus lánguidos versos; y el segundo debia toda su reputacion á la candidez de sus églogas. Los portugueses aman con locura la poesía pastoril, y D. Francisco llamaba *Zagaleja* á la misma Reina Doña Catalina, la princesa mas digna de la córte de Cárlos V, y llamaba zagal al mismo Rey D. Juan III, el mas pulido de todos los reyes portugueses, y tambien el que habia llevado gorgueras mas altas y encanutadas.

¡Cielo santo, convertirse en zagales y danzar sobre el *mullido césped* cuando Cárlos V no dejaba crecer la yerba de los campos bajo el caldeado casco de sus caballos de batalla! ¡Deleitarse con el *flébil sonido* del *rabel* y de la *flauta*, cuando sus cañones atronaban las selvas; dormitar *cabe el arroyuelo de blando murmullo* cuando estaba corriendo á *torrentes* la sangre europea, y recojerse en fin al *pacífico hogar* de la choza cuando la *inquisicion* estaba encendiendo sus ho-

güeras con huesos humanos! ¡Justo Dios, escribir una égloga de *Nemoroso* donde *Salicio* invita á *Blas* á que cante los desdenes de una soñada pastora (1), que se habia de llamar *Dafne*; cuando Hernan Cortés conquistaba el mundo que habia descubierto Colon; cuando los esforzados portugueses estaban peleando en Africa y en la India, y querer llamarse poeta, solo le acontece á un clásico como D. Francisco Saa de Miranda!

Por eso nació Camoens: porque el siglo necesitaba de una epopeya; porque los grandes acontecimientos y los grandes poetas se producen al mismo tiempo; porque de nada servirian los héroes si no hubiese quien cantase sus proezas. Camoens habia nacido para cantar la Luisiada. Pero por lo mismo que era un poeta de primer órden no halló gracia con los cortesanos. Los cortesanos no protegian sino á los que valian muy poco; proteger á los que valian mucho, hubiera sido una torpeza. Por lo que hace al Rey D. Juan III creia de buena fé que D. Francisco era un gran poeta, y Camoens un aprendiz suyo.

Preciso es confesar que las damas ilustradas

(1) Egloga de Saa de Miranda.

de entonces, al frente de las cuales se hallaba la infanta Doña María, adivinaron mejor que el Rey el mérito de Camoens, y se apresuraron á distinguirlo, de manera que escitó bien pronto la rivalidad de todos los caballeros, y particularmente de aquellos que habian sido desairados por Catalina de Attaide, la venturosa dama á quien Camoens amó como Dante á Francisca.

Era Catalina de Attaide sobrina del gran conde de Castanheira, poderoso valido de D. Juan, y uno de los que persiguieron con mas encono á Camoens. Por él estuvo desterrado en *Rivalejo* cuando apenas tenia diez y seis años; por él se vió precisado á huir dos veces á la India, y á él alude cuando se queja en aquellos tristes versos:

D'um inimigo crú, jurado, injusto,
que jamais eo offendí, jamais!...

Su única ofensa fué el amar á su sobrina, cuya memoria sustentó el fuego de su ingenio hasta despues de muerta la dama á quien decia:

E võs, ó vida minha, pois curar-me
jã não podeis, deixae-me junctamente,
porque lembranças taés possam deixar-me!

Fatigado Camoens de las intrigas y de las ca-

lumnias que todos los dias se levantaban contra él, resolvió partir al dia siguiente de esta noche en que le hemos visto despedirse de los literatos en la academia de Doña María.

Pero cuando salió de palacio empezaba en el mar una de las borrascas mas espantosas de que hay noticia en los fastos marítimos. El viento hacia retemblar los vidrios de las ventanas, y se oia como un terremoto el sordo mugir de las olas. El profeta de las aves, el alcion, pasaba dando penetrantes alaridos, y á su voz multitud de águilas acudian desde la playa á guarecerse en las torres. Mas, no obstante lo intempestivo de la hora, lo desapacible del viento, lo medroso de las sombras y el diluvio que amenazaba, una jóven permanecia bajo los árboles del jardin de palacio escuchando con ansiedad todos los ruidos que venian de la parte esterior de la verja.

—¡Dios mio! esclamó la dama oyendo tropezar una espada contra el hierro.

—No temas, vida mia, respondió Camoens saltando por la verja hácia el jardin.

—¡Ay! Camoens, ¡qué terrible noche!

—¡Magnífica! vengo de la playa. El mar se ha convertido en altas sierras; parece que la máquina del mundo se vá á deshacer en tempesta-

des. Lucha el Boreas con el Noto, y rompe las cóncavas velas de los buques, de manera que es imposible navegar. Ambos polos estan estremecidos con los rayos que fabrica Vulcano, para que los vibre sobre nosotros el fiero Tonante... mañana no saldrá la flota.

—¡Ah! ¿por qué te vas á la India?

—¡Por qué me voy! porque tengo un enemigo que ha jurado mi perdicion! ¡porque es un poderoso valido, y yo soy pobre y no puedo luchar con él...! ¡Qué he de hacer á tu lado mientras sea dueño de tus acciones ese que tu llamas deudo! No puedo ni cruzar tu calle, porque á todas horas me prepara sirvientes suyos que fingiéndose mis rivales me estorban el paso y cada noche tengo una riña. Poco me importa acuchillarlos sino fuera por el escándalo que causan estas cuchilladas, cuyo orígen averiguan los ociosos y pueden esponer tu fama. ¡Que me llamen cobarde; pero que no murmuren de tí!

—¡Y qué murmuran de mí!

—Pues si hubieran murmurado, Catalina ¿tendrian ya lengua?... ¡Estúpidos! prosiguió el poeta con una risa amarga: tienen riqueza y poder, y me aborrecen porque no consagro mi musa á elogiar sus nombres! ¿qué les he pedido

yo para que quieran hacerme tributario de su vanidad?

—¡Ay, no te irrites!

—Sí, me irrito justamente: porque no puedo castigar sus injurias; porque los busco y se esconden; porque los desafío y me envian á sus esclavos; porque dicen que son nobles y son...

—¡Silencio, Camoens, silencio!

—¡Oh! ellos han amargado para siempre mi juventud; ellos han hecho brotar el ódio donde germinaba la amistad... ¡Ay, cuánto he sufrido!

Camoens apoyó el brazo contra la verja, inclinó la cabeza sobre el pecho, y se entregó á una de las grandes preocupaciones que le asaltaban siempre que estaba cerca de Catalina. Esta quiso consolarle; pero la rechazó. Las heridas que los cortesanos habian hecho en su alma se exasperaban en presencia de su amada. Por mas que Catalina lo recibia siempre con la misma ternura, Camoens se revestia de un tono altivo y hasta duro, temiendo parecer humillado.

Los epitetos de *coplista* y de *pobrete* estaban resonando contínuamente en sus oidos, y le devoraba el deseo de vengarse conquistando gloria y riquezas.

—¡No me amas! esclamó Catalina rompiendo en llanto.

A este acento, á estas lágrimas, Camoens se estremeció como si hubieran sacudido todos sus nervios á la vez. Puso su mano en la frente de Catalina, para hacerla levantar la cabeza y ver sus lágrimas; pero como la oscuridad no lo permitia, golpeó con su planta el suelo y gritó:

—¡Dios de las tormentas, mandadme luz, aunque sea la del rayo!

Poco tardó en oirse en las nubes su loca invocacion, porque dos ó tres relampagos seguidos vinieron á iluminar el rostro de Catalina.

—¡Oh! esclamó el poeta, ¡qué hermosa eres! No llores mas, continuó exaltándose por grados; no llores, porque te arrebataré conmigo y te espondré á los peligros del mar y te llevaré á la India. No llores, porque tus lágrimas me queman el corazon y no puedo sufrirme á mí mismo!...

Al decir esto se oyó en el jardin hácia el lado de la fuente donde estaba la Venus un ruido que no parecia el del viento sino el de una piedra que rodase. Catalina, espantada, se asió del brazo del caballero, y este la llevó tras sí hasta un árbol, donde quedó escudada por un lado con el tronco, y por el otro con su persona.

El ruido cesó, y Catalina se despidió de Camoens; pero este no quiso dejarla que atravesara sola la calle de árboles, y la fué acompañando hasta la fuente.

—Un momento no mas: detente aquí, dijo Camoens. Aqui me dijiste que me amabas, y mas allá, junto á aquel sáuce, besé yo el manto que cubria la mitad de tu rostro... ¡Ah! ¡dame otro recuerdo! ¡permítime que bese tu mano!

La dama consintió, y Camoens se retiraba embriagado de dicha, cuando una luz vivísima iluminó de pronto el jardin.

El Conde de Castanheira precedido de pages que llevaban hachas encendidas, se aproximó al poeta y le intimó con voz terrible que huyese del jardin; Catalina se echó á los pies del Conde, quien la condujo silenciosamente á su departamento, donde empezó á reconvenirla con acritud y violencia.

—¡Señor! esclamó Catalina; traspasadme el corazon con vuestra espada, pero no me mandeis olvidarle.

—¿Qué esperas, desgraciada? replicó el Conde; ¡qué esperas de él sino pobreza é infortunio!

—Señor, ¡le amo!

Cuando consideramos la abnegacion de algu-

nas mugeres para amar á ciertos poetas, como Laura aceptando el amor del Petrarca con mengua acaso de su claro honor; á Eleonora arrostrando el enojo del de Ferrara por consolar al Tasso, y á Catalina de Attaide sufriendo todos los rigores de la mala suerte de Camoens, estamos á punto de creer que estas mugeres han traido al mundo la mision de amar á esos poetas para sostener su aliento y hacerles mas suave el áspero y difícil camino de la gloria.

Pero el Conde de Castanheira estaba muy lejos de pensar como nosotros que su sobrina habia nacido para inspirar á Camoens, y si lo pensaba daba tan poca importancia á sus inspiraciones, que de buen grado hubiera quemado todos sus versos. Lejos de enternecerse con la última palabra de Catalina, *señor, ¡le amo!* la abrumó con duras reconvenciones, y salió, cerrando tras sí la puerta.

Camoens entretanto volvió á saltar la verja del jardin y se halló frente á frente con un embozado que acababa tambien de saltarla.

—¡Vive el cielo, gritó Camoens, que habeis saltado la verja!

—Sí, replicó indolentemente el desconocido, lo mismo que vos.

—¿Qué motivo os ha obligado á ello?

—¿Y á vos?

—¡Responded antes de preguntar.!

—No pregunteis lo que no quiero decir.

—¡Pues si no quereis responder con la lengua, responded con la espada!

—La hubiérais interrogado primero, y ahorráramos las palabras.

Desembozóse el desconocido, y dejó caer en el suelo un objeto pesado que no podia distinguirse con la oscuridad.

—Retirémonos algo mas lejos del jardin, dijo Camoens.

—No puedo separarme de este sitio, replicó su adversario, porque tengo aqui un objeto precioso.

—¡Pues defendeos!

—¡Defendeos vos!

Las espadas de los dos comenzaron entre las sombras á chocarse sin herir el cuerpo de ninguno, hasta que Camoens, aprovechando la luz de un relámpago, la clavó en el pecho del desconocido, haciendo estallar la punta al retirarla.

Resonó un gemido y un golpe de cuerpo que se desploma, y Camoens, persuadido de que lo habia muerto y de que era un servidor del

Conde, que, como otros tantos, fué enviado á provocarle, guardó tranquilamente la espada rota, dió la vuelta alrededor de los jardines, y desapareció por las calles de Lisboa.

Los pages del Conde habian seguido por órden de este al atrevido amante, cuando se disponia á salir del jardin, y oyendo del lado de allá de la verja quejidos dolorosos la saltó uno de ellos, mientras los otros alumbraban, y vió á un caballero tendido junto á la cabeza de una estátua de marmol salpicada con la sangre que brotaba de su pecho.

El caballero era muy jóven y estaba vestido de terciopelo negro.

Mientras que en el palacio se daba cuenta del suceso ocurrido, y se trasladaba el herido á su aposento, el Conde de Castanheira hacia firmar al Rey una órden de prision contra Luis de Camoens.

---

# CAPITULO VI.

## La dama incógnita.

Al siguiente dia, cuando el sol no habia llegado aun á la mitad del cielo, se presentó en la antecámara de Luisa Sigea una dama cubierta con un manto. Era de mediana estatura, delgada, airosa, y dejaba asomar bajo el trage negro la tercera parte de un pie que no parecia de portuguesa (aunque lo era) sino de española y del mediodia de España, á juzgar por sus cortas dimensiones. Esta dama lloraba mientras decia al page que anunciase su visita á la maestra de

latin de S. A., y cuando el page la preguntó que á quien anunciaria, se quedó pensativa y luego respondió vivamente.

—A una dama incógnita.

Luisa estaba escribiendo una carta á Juan Meurcio, familiar del santo oficio, en que le rogaba que en nombre de la antigua amistad que le unia á su familia, se dignase venir á verla, porque tenia que hablarle. Disgustóse de la interrupcion, pero no obstante recibió á la dama.

Entró esta, y empezó sin descubrirse á pedirla disculpas con una voz ahogada por el llanto.

—Señora, dijo Luisa conmovida; sentaos y reponeos de vuestra agitacion. Creo que sufrís mucho y me causa rubor el que aun sufriendo tanto no os creais dispensada conmigo de tanta ceremonia.

—¡Gracias! replicó la dama... sois tan buena como yo habia presumido, y esto me consuela desde luego. Vos lo podeis todo. Vos teneis con la Infanta con la Reina, con el Rey un gran favor. Vos conseguireis su libertad.

—¿La libertad de quién, señora?

—El le hirió, prosiguió la incógnita trastornada, porque creyó que estaba apostado para sorprenderlo...

—¿De quién hablais?

—Pero le advirtió que se defendiera... ha sido un duelo... un duelo, como los tiene todos los dias, sin que por eso se le envie á la prision.... ¡Ah! ojalá hubiera ya partido; aunque yo no volviese á verle jamás!... Aunque me olvidase en la India... Aunque...

—Pero, señora, ¿quién ha sido aprisionado? ¿quién ha tenido un duelo?.. ¿quién ha de partir?..

—¿Creeis, continuó la dama mas exaltada todavía, que él habia de asesinar á un caballero? El espejo del honor; él, que para vencer á todos los hombres uno por uno, no necesita de ventaja, porque con armas iguales al primer choque se rinden á sus pies, creeis...

—Yo no creo nada, interrumpió Luisa impaciente, sino que estais delirando, señora; que habeis perdido la razon, y que no podemos entendernos.

A estas palabras se repuso la incógnita; apartó de su rostro el manto, y dijo con dignidad:

—¿Me conoceis?

—¡Luis de Camoens está preso! esclamó la Sigea al reconocerla.

—Y vos, sola vos, señora, podeis conseguir su libertad.

—Estais en un error.

—No, señora; sé que si pedís al Rey esta gracia os la concederá.

—Yo, hermosa Catalina, no he pedido nunca gracias al Rey.

—Por eso no os puede negar la primera que le pedís.

—Es que ignoro si debo pedirle la primera.

—Señora, dijo Catalina; me respondeis asi porque no habeis comprendido todo el valor del beneficio que vais á hacer; porque no os he contado mis desdichas... Oidme, señora, oidme y tened lástima de mí. ¡Vos no sabeis sino que amo; pero no sabeis de qué modo amo, y esto os ha de enternecer!... La primera vez que ví á Luis de Camoens...

—No os molesteis, la interrumpió sonriendo la Sigea; todo lo sé, porque todo lo adivino. Sé que le amais hace muchos años como una verdadera heroina. Sé que el Conde ha combatido esa pasion. Sé que habeis desdeñado ser duquesa por no ser infiel á estos amores...

—Sí, pero no es eso todo; es, señora, que ya no temo á mis deudos ni á la fama desde que está prisionero; es que voy á arrojarme á los pies del Rey con escándalo de la córte; es que voy á

perderme sin que logre salvarlo, y es que despues de todo voy á traspasarme el corazon...

Detúvose Catalina espantada de lo mismo que acababa de decir, y bajó los ojos confusa al ver la mirada severa de Luisa.

—Doncella, la dijo con firmeza; habeis dicho demasiado, y es una fortuna para vos que sola yo os haya oido. Una dama ilustre no puede dar escándalo, y vos no le dareis. Ante las gradas del trono ha de arrodillarse una dama honrada, para pedir gracia por su hermano, por su padre, por su marido; pero no por su amante, aunque ese amante sea un grande ingenio, aunque sea Luis de Camoens. En cuanto á la amenaza de que os traspasareis el corazon, no me inquieta. Confio siempre en que la vehemencia del dolor que desgarra ese corazon noble y desgraciado bastará á haceros morir en silencio, si no se salva vuestro amante, sin que hayais menester de puñales, que solo conviene usar á las trágicas comediantas.

—¡Dios mio! esclamó Catalina desesperada y prorumpiendo en sollozos. ¡Vos tambien me rechazais! ¡Ah, señora, vos no habeis amado, vos no sabeis cómo se puede olvidar el mundo entero por salvar la vida de aquel por quien vivi-

mos! ¿Qué me importa el trono mismo cuando él está prisionero, cargado de cadenas?.. ¡Oh, cadenas en aquella mano donde la pluma tomaba el alto vuelo que ha remontado su nombre! ¡Cadenas en aquella mano donde su acero vibraba los rayos que le han hecho temible!...

--Sí, jóven, vuestra pena es justa; yo siento á par de vos este desgraciado suceso. Amo á Luis de Camoens como la hermana á su hermano... esplicadme cómo ha sucedido eso.

--El habia ido á despedirse de mí... al jardin, señora... el Conde nos sorprendió... él volvió á saltar la verja... y vió á otro que la saltaba al mismo tiempo... creyó que lo perseguian, ó que era un villano oculto en el jardin con algun fin siniestro, le obligó á que se defendiese, riñeron, y él, como siempre, venció. Ya veis, señora, que él hizo bien, porque era servir al Rey defender el jardin de palacio...

Sonrióse Luisa, y Catalina se animó á continuar.

--Esponiendo al Rey los hechos de este modo, señora, como S. M. es tan bueno, tan justo, revocará la órden y le dejará partir para la India. Ya veis que no es el egoismo el que me mueve á pedir por él, porque voy á perderle para siem-

pre; para siempre, señora; voy á ser muy desgraciada, y solo quiero que él sea libre y feliz... ¡Ah, respondedme! ¿lo conseguireis?

—No, jóven, es imposible.

A esta última negativa, Catalina se quedó tan desalentada, que estuvo muda por algunos instantes.

—¡Ay! dijo luego con amargura; sois una dama bien cruel. Yo, si vos con lágrimas me hubiérais pedido la gracia que os pido, yo tambien con lágrimas se la hubiera pedido al Rey; pero vos, señora, que habeis estudiado en los libros todos los idiomas, no entendeis el del amor. Vos sois una muger sábia; pero no una muger amante, y no podeis comprenderme; porque el estudio ha secado vuestras entrañas.

Dicho esto, se levantó Catalina, y Luisa la siguió sin responder palabra. Al llegar á la puerta, volvió la cabeza la amada de Camoens para lanzar una mirada de postrera súplica á la doctora; pero esta la recibió impávida, y Catalina marchó sin un rayo de consuelo.

Pero no bien habia salido, cuando Luisa llamó á su dama y la pidió el manto.

Diez minutos despues estaba en el gabinete de la Reina, á quien hemos dicho que llamaba *Za-*

*galeja* D. Francisco Saa de Miranda, con aplauso de todos los sábios del reino.

No obstante, nada habia mas diferente de una zagala que la nieta de Isabel la Católica. Hermosa, pero de una hermosura grave y digna, recordaba á la vez la fisonomía severa de la noble matrona castellana y los rasgos altivos del Emperador Maximiniano I. Verdad es que en este rostro soberbio brillaba una ráfaga de suave luz, que unas veces parecia producida por las miradas, y otras veces por la sonrisa. Porque, aunque juzguen atrevida la idea, no dudamos en asegurar que la sonrisa en aquella hermosa Reina tenia algo de luminosa. Pero no inspiraba, en fin, por sus rasgos, por su carácter y por su edad, que avanzaba al medio siglo, sino admiracion y respeto á todos los portugueses, menos al buen poeta clásico D. Francisco, autor de la *égloga de Nemoroso*.

—¿Qué quieres, hija mia? preguntó S. M. á la Sigea dándola á besar su mano.

—Necesito ver al Rey, señora, para pedirle una gracia.

—¿Tú pedirle una gracia? ¿Y por qué, hija mia, ha de ser D. Juan el preferido? ¿Por qué no me pides á mí alguna?

—Señora, porque V. M. sin pedírselas me las

concede todos los dias. En este momento, señora, está derramando gracias la preciosa boca de V. M.

--¡Oh, qué aduladora! esclamó la Reina apartando su mano de entre las manos de Luisa. Estoy por intrigar con el Rey para que no te conceda la gracia que vas á solicitar.

--En este caso, señora, seria mártir por haber confesado la verdad, y no me arrepentiria.

--En fin, te perdono, prosiguió la Reina, porque eres una poetisa, y los poetas están obligados á mentir siempre. Verás al Rey hoy mismo.

## CAPITULO VII.

### La bondad del Rey D. Juan III.

El gabinete particular del Rey tenia vistas á la playa. D. Juan gustaba mucho de ver entrar y salir los buques, y esclamaba con frecuencia:

—¡Qué lástima que yo sea rey; hubiera sido un gran marino!

Pero S. M. se engañaba. Era mas fácil ser rey, como S. M. lo era, que ser gran marino, como lo fué Gama. Para ser rey no habia necesitado D. Juan III sino nacer. Para ser gran marino necesitó Gama estudiar. No obstante, los cortesanos le aseguraban que S. M.

hubiera sido tan *gran marino como gran rey*, y esta sutileza lo conciliaba todo.

Estaba D. Juan contemplando los buques desarbolados que se alcanzaban á distinguir en bahía, y tan absorto se hallaba, que no oyó la voz que anunciaba á Luisa Sigea.

Entró la maestra de latin, y el Rey continuó de espaldas algunos instantes. Pero cuando volvió la cabeza se sorprendió mucho de su propia distraccion, y dijo riendo:

--No te he sentido entrar. Estaba mirando los destrozos que la borrasca hizo anoche. Yo hubiera sido un regular marino... ¿qué te parece?

--Que es mejor que V. M. sea rey.

--No te agradezco esa respuesta. Siendo marino pudiera hacer muchas cosas notables, como Balboa, como Vasco, como Colon, pero siendo rey... á no ser que hiciera lo que Cárlos V, meterme en tierras agenas y dar batallas sin necesidad... ¿qué dices á esto?

--Señor, que la Alemania es tierra propia.

--Sí, sí; para vuestro Emperador todas son *tierras propias*; tambien lo es Francia, tambien lo es Italia y toda la América.

--El Emperador ha respetado á Francia y á Italia. En cuanto á...

--Quitándole la espada á Francisco I y desobedeciendo al Pontífice... pero dejemos estas cosas. Queremos mucho á nuestro tio, á pesar de su inquietud, y si no le imitamos es porque nos gusta la paz. La Reina ha pedido para tí esta audiencia, y presumimos que tendrás algun motivo interesante.

--Sí, señor; venia á pedir á V. M. una gracia.

--Habla.

--V. M. ha firmado anoche una órden de prision.

--Hemos firmado unas cuantas.

--Pero una contra Luis de Camoens.

--¿Luis de Camoens?.. ¿Luis de Camoens?.. me parece que sí. ¿No es ese muchacho que hace versos?

--Sí, señor; que hace versos.

--Pues sí; la hemos firmado. Es un pendenciero. Anoche le dió de estocadas á otro.

--¿Han informado á V. M. del motivo?

--No, no hemos preguntado.

--Señor, Luis de Camoens vió saltar la verja del jardin de palacio á un embozado. Quiso conocerlo por respeto á SS. MM. El desconocido se negó á revelar sus designios. Camoens le obligó á que se defendiese, riñeron, y Camoens le hi-

rió. La hora, el misterio y la obstinacion del desconocido prueban que sus designios eran malos, y Camoens, al esponer su vida, ha hecho al trono un servicio, que no merece ser castigado con la prision.

--Es verdad. No nos habian dicho nada de eso.

--V. M. puede informarse, y ver que es cierto lo que le cuento.

--Nó; te creemos.

--Considere V. M. que castigando á los que defienden los jardines, se asegura la impunidad á los osados, y que si una vez consigue un malhechor burlar la vigilancia de los guardas, ningun caballero se atreverá en adelante...

--Eso es indudable, y no queremos semejante cosa. Esa verja se salta fácilmente, y la habitacion de la Reina cae para el jardin... Ahora mismo vamos á dar una órden para que sean condenados á pena de muerte los que se atrevan á saltar la verja.

Inocentemente acababa de escitar Luisa Sigea la fibra mas delicada de D. Juan: los celos. Desde aquellas calumnias que se levantaron contra la Reina, y que á pesar de haberse desvanecido dejaron una impresion dolorosa en el corazon del Rey, el menor incidente le sobresaltaba. Figuró-

se en estos instantes que acaso el herido era un galan rondador, como el Príncipe de quien tuvo tan grandes sospechas, y se ofuscó su mente con mil pensamientos sombríos.

--Señor, dijo Luisa, yo no he venido á escitar en el alma de V. M. el enojo, sino á mover su piedad, y dando una órden tan rigorosa se agravaria la pena del delincuente sin redimir la del desgraciado. Dígnese V. M. absolver á Luis de Camoens, permitiéndole que marche en la flota donde está ya agregado para la espedicion á la India.

--El caso es, dijo el Rey reflexionando, que le han tomado manía á ese muchacho. Dicen todos que es un tontuelo, presumido. A mí, la verdad, sus versos no me parecen gran cosa... ¿qué opinas tú que eres buena poetisa?... ¡eh!

--Señor, dentro de tres siglos, cuando mi nombre y el de todos los poetas que escriben églogas en Portugal yazgan sepultados bajo el polvo de nuestros sepulcros, se copiarán unos versos en todos los idiomas para admiracion de todas las naciones, y esos versos serán los de Luis de Camoens.

El rey miró atónito á la Sigea, y luego dijo haciendo una mueca que indicaba haber ya com-

prendido la razon de aquellos elogios inauditos.

—Vamos: está bien. Esa fraternidad no es mala. Haremos poner en libertad á ese jóven, sea lo que quiera, y que se vaya á la India y vuelva rico. Si se porta bien, empeñamos nuestra palabra real de premiarle. Pero creeme, hija mia, aconséjale que se dedique á las armas y abandone las letras. A tí puede parecerte bien lo que escribe: no lo estraño; pero Miranda, que es imparcial, piensa de diferente modo.

La Sigea se sonrió, y no queriendo contradecir al Rey, bajó la cabeza afectando hallarse confusa.

D. Juan escribió luego dos líneas en un pliego, y lo entregó á la Sigea.

—Señor, respondió arrodillándose: ¡gracias, mil gracias!

—Basta, basta, hija mia, replicó D. Juan enternecido. ¡Dios te haga dichosa!

Los azulados ojos del monarca se humedecieron brillando con una dulzura paternal. La feliz Lusitania no ha conocido jamás á los reyes tiranos. Los que no sábios ni conquistadores, han sido, cuando menos, reyes benéficos. El hijo de D. Manuel el *Grande*, abuelo del valien-

te D. Sebastian, no fué ni grande ni valiente; pero fué bueno.

Apenas habia salido la Sigea de la habitacion del Rey, cuando entró su favorito el Conde de Castanheira. D. Juan le temia como temen todos los hombres pacíficos aunque sean reyes, á los de carácter iracundo, aunque sean vasallos, y lo mismo fué verlo entrar que fingió hallarse muy disgustado.

--Buenos dias, Conde, le dijo sin levantar la cabeza y haciendo pedacitos un papel.

--Téngalos muy felices V. M.

--Acaba de pasar una escena que me tiene todavia conmovido.

--V. M. es demasiado sensible.

--No lo creas; á tí tambien te hubiera conmovido.

--Si place á V. M. que me conmueva, me pondré perlático sin que me la cuente; pero aseguro á V. M., que inclusa la muerte de la Condesa, nada me puede conmover.

--No sé de qué tienes el corazon.

--De carne, señor, y no de manteca.

--Se me antoja que es de hueso.

--Mejor; será mas fuerte y no estará espuesto á derretirse.

--Vamos á otra cosa. ¿Por qué le tienes manía á ese pobre Luis de Camoens?

--Yo, señor, no le tengo manía.

--Creí que le querias mal, y me alegro de haberme engañado.

--¿Se alegra V. M.?

--Sí, porque... ya te contaré... Pero siéntate, siéntate.

Sentóse el Conde, y el Rey le alargó una caja de Indias llena de tabaco. Merced que el Rey no concedia sino á Castanheira.

--Iba diciendo, prosiguió, que á pesar de la órden que firmé, quiero que ese pobrecillo se vaya á la India y se le perdone la riña de anoche.

--V. M. quiere cosas bien imposibles...

--¡Cómo! ¡Qué! esclamó el Rey con altivez.

--Cosas bien imposibles, porque V. M. quiere ser justo, y quiere perdonar á Camoens.

--Es que tú no sabes lo que pasó. Camoens hirió al otro por defender el jardin, y ¡por Dios santo! que tambien pienso tomar una providencia con esto de los jardines. ¡Pena de muerte contra el que salte la verja!

--Pues pena de muerte contra Luis de Camoens que la saltó.

--¿Y quién dice que Camoens la saltó?

--Yo, que le eché del jardin.

--¡Ah, ya! por eso su enamorada se oponia á que la ley fuera tan dura contra los que entráran en el jardin...

--¿Su enamorada?

--Es claro; ha venido aqui muy afligida á pedirme su perdon...

--Señor, pensad en lo que decís. ¿Ella ha venido á solicitar el perdon de Camoens?

--¿Qué tiene eso de malo, Conde?

--¡Señor, le costaria la vida!

--¡Calla! ¡calla! ¿Pues qué tienes que ver con ella?

--Soy su tio, y su tutor.

--¡Su tio! ¡su tutor!.. nada me habia dicho la Reina de este parentesco, ni de esta tutoría.

--¡Es posible que siendo dama de palacio no lo supiera V. M.!

--Sí, yo sabia que tenias una sobrina dama de palacio; pero creia conocerla. Ni me figuraba que tuviera un nombre tan famoso.

--Señor, en mi familia no hay sino apellidos famosos. Por eso miro tanto por la honra de ella, y la haré pagar su indiscrecion...

--De ninguna manera. Te prohibo castigar á esa pobre jóven.

--¿Pero me permitirá V. M. que le pregunte si la ha concedido la libertad de Camoens?

--Por supuesto.

--¡Cielo santo!..

--Y por poco me hace llorar el esceso de su agradecimiento; añadió el Rey volviendo á enternecerse.

Castanheira guardó silencio unos instantes como ahogado por el furor, y luego dijo con tono brusco y sombrío:

--V. M. acepte la dimision de mi empleo, de mis títulos y de mis honores; porque me alejo de la córte para siempre.

--¡Jesus! esclamó el Rey pálido y tembloroso. ¡Conde, que es eso! ¡Estás loco! ¿No podemos hacer una gracia con buena intencion, y luego conocer que es en perjuicio de otro y anularla?..

--V. M. es muy dueño.

--Pues ya lo creo que puede suceder, como ha sucedido. Pero todas las cosas tienen remedio...

--Autoríceme V. M. para que ahora mismo pueda llevar á mi sobrina al real monasterio de Odivellas, y la órden no se cumplirá.

--¡Conde! ¡me parece eso un poco duro!.. pobre muchacha!

--V. M. puede elegir entre ambos.

--Tienes un génio endemoniado, esclamó el Rey con enojo, y, vive el cielo, que eso no lo hemos de sufrir. Vamos á ceder ahora porque estamos pensando que es mejor sacar á tu sobrina de tus garras; pero está cierto de que otra vez sabremos hacer nuestra voluntad.

Mientras decia esto el Rey, con la arrogancia de un niño que ha sido vencido por un hombre, y que aun pretende disculpar su debilidad, el Conde habia tomado la pluma, y escribia la autorizacion que debia firmar el Rey.

Una vez firmada, salió del gabinete, se dirigió á la habitacion de su sobrina, y sin darla esplicaciones la hizo conducir al monasterio de Odivellas.

## CAPITULO VIII.

### Todavia las bodas de la Infanta Doña María.

No bien habia llegado Luisa Sigea á su habitacion llevando en sus manos el perdon de Camoens, cuando le dieron órden de pasar al cuarto de la Infanta Doña María.

Hallóla pálida y abatida. Su tono, bien diferente del que habia empleado la víspera para despedir á la Sigea, tenia algo de doliente y de humilde.

Hízola señal de que se sentára, y apoyó la cabeza sobre la mano, como si quisiera reflexionar

alguna cosa que temia decir. Por dos veces se movieron sus lábios para articular una palabra, y por dos veces quedaron inmóviles; por último hizo un esfuerzo y dijo:

—La persona á quien yo he denunciado está moribunda, ¿no es verdad?

—¡Señora! esclamó Luisa espantada; ¿qué dice V. A.?

—Sí, al fin le denuncié, Luisa. Anoche escribí al inquisidor; esta mañana envié el oficio... estaba inquieta sin saber por qué; sentia como remordimientos... bajé al jardin para respirar el aire fresco, y... ¡Vírgen santa!.. ¡el suelo estaba regado de sangre!.. llamo á los guardias... pregunto... era la sangre de un noble caballero asesinado tras de la verja...

—¿Pero ese caballero?...

—D. Mariano Enriquez.

—¡Dios mio!

—¡Ay! al saber esto corrí desatentada á encerrarme en mi gabinete, y he estado como loca hasta que me resolví á llamarte. Es preciso, Luisa, vengar á ese desgraciado. Es preciso pedir al Rey el castigo del asesino. Yo que he tenido valor para denunciar á un buen caballero; yo que por un escrúpulo de la conciencia exigente

lo he espuesto á ser quemado vivo, yo no debo tener piedad contra su asesino, y quiero que se le castigue, y que tú misma vayas á pedir justicia al Rey: justicia para un compatriota, para un español!

—¡Señora! respondió Luisa con voz sombría. Lo que ordena V. A. es imposible de conseguir: yo no puedo pedir el castigo del agresor...

—¡Luisa!

—Porque el agresor es Luis de Camoens, y acabo de alcanzar su perdon.

—¿Y eres tú, muger cruel, la que dijiste amar al español? preguntó la Infanta mirando con sorpresa y con indignacion á su maestra.

—Yo, señora, la que le amo.

—Sí, continuó Doña María con una amarga sonrisa; el amor de la filósofa, de la sábia... está herido, está moribundo, y corres á los pies del Rey á pedirle el perdon de su asesino porque es un poeta. ¡Mísera vanidad de la gloria que sobreponeis á la justicia! Está bien: perdone el Rey al asesino; yo apelo al tribunal de Dios.

—Señora, me juzgais sin oirme. Yo ignoraba quien fuese el herido por la mano de Camoens, y pedí al Rey su perdon porque me lo rogó una dama, y porque Luis de Camoens necesita la

vida y la libertad para gloria de vuestro reino...

--Pero ya que sabes que él es culpable...

--Iré tambien á llevarle el perdon. Señora: mi mano, rebelde para escribir la denuncia de un español, es dócil para trasmitir el perdon de un portugués. Yo no obedezco á los príncipes cuando estos quieren perder á un inocente; pero sirvo á los reyes cuando quieren salvar á un culpado. No quise hacer daño al que amaba; pero quiero hacer bien al que me ha hecho daño.

Dichas estas palabras con la noble firmeza de la virtud, Luisa Sigea esperó á que la Infanta la despidiese para ir á llevar el perdon á Camoens; pero la Infanta, con los ojos bajos y entregada á una meditacion profunda, parecia haberse olvidado de esta ceremonia.

Un largo espacio estuvo Luisa de pie, hasta que Doña María pudo acordarse de que esperaba sus órdenes, y entonces movió la cabeza para despedirla, cuando se halló frente á frente con el Infante cardenal, que estaba detenido á la puerta del gabinete.

Salió Luisa, y Doña María recibió á su hermano con una sonrisa glacial.

--El Obispo de Agdas, dijo el Infante carde-

nal, vendrá antes de media hora por vuestra respuesta.

--¿Para qué, D. Enrique? ¿No es el Rey el que ha formado estas bodas? ó mejor dicho, ¿no es el Emperador el que las ha ordenado?

--Pero el sí debeis darle vos, hermana mia. El Embajador debe saber que vuestro enlace es voluntario.

--¡Hipócrita política, hermano mio! no solo se dispone de la mano de los príncipes, sino que se les obliga á que mientan. ¡Preferible es la hoguera del Santo Oficio, porque al fin allí la víctima puede morir diciendo la verdad: yo tengo que vivir diciendo la mentira!

--¿Quién sabe hermana mia, si amareis á Don Felipe?

--Nunca; he visto su retrato. Su perfil me asusta.

--¡Es posible!..

--Hay algo de siniestro en la mirada de mi primo. Aun en la copia aterra su fisonomía. ¿Qué será el original?

--Espero, Doña María, que vuestra preocupacion se desvanezca cuando le conozcais.

--Espero, D. Enrique, de la proteccion de Dios, que no ha de llegar la hora de conocerle.

--¿Osareis rehusar?..

--Yo no rehuso nada; seré como siempre, dócil; pero vereis como mis bodas se desbaratan.

--Hoy aceptais, y mañana partís.

--¡Mucho confiais en mi desgracia!

--Mucho temeis de la fortuna!

--¡Fortuna será que quede libre!

--Desgracia será que no os saluden reina!

--Corona de martirio!

--¡Corona de gloria!

--¿Sois ambicioso, hermano mio?

--Me predijo una hechicera que seria rey, hermana mia, y mandé quemar á la hechicera.

--¿Porque no se habia cumplido su augurio?

--Porque no se cumpliera.

--¿Pues cómo quereis que sea yo Reina, temiéndolo vos?

--Porque seriais una buena reina en España, y yo un mal rey en Portugal.

--Lisonjero estais á fé mia!

--Os hablo ingénuamente; es muy difícil ser sucesor de D. Manuel el Grande: su memoria hace á D. Juan pequeño.

--Mas difícil es aun llevar con magestad una corona donde asombró al mundo con la suya Doña Isabel la Católica.

--Sí, es verdad. Doña Isabel fué muy grande. A ella se debe la institucion de nuestro santo tribunal.

--¡Ay! ¡Ojalá que entre tantos gloriosos hechos como tuvo su reinado no contáramos ese!..

--¡Justo Dios! ¿qué oigo, Doña María? ¿vos pensais así? ¿me engañan mis oidos?

--¡Horribles hogueras donde se abrasan las criaturas!..

--¡Silencio, silencio! ¿criaturas llamais á los *hereges*?

--Yo os he visto llorar, hermano mio, cuando se ha verificado un *auto de fé* en que se quemaba á los *hereges*.

--¡Oh! porque yo tampoco soy perfecto, hermana mia; porque yo tambien soy débil algunas veces.

--Porque sois bueno; porque os horroriza como á mí aquel ruido que hacen las llamas al devorar las carnes de los infelices; porque os despedaza las entrañas ver sus gestos cuando el fuego quema sus tuétanos...

--Basta, basta: no me recordeis esas escenas. Son precisas, son justas, son para gloria de Dios... pero no las recordemos...

--Sí, es preciso recordarlas; porque puede haber algun inocente á quien vos logreis salvar. ¿Qué ha sido, hermano mio, de mi denuncia contra el español?

--El tribunal os ha declarado, buena católica.

--Gracias, D. Enrique... ¿pero á él?..

--Era ya necesario una prueba de estas para rehabilitaros; para que el embajador de España quedase satisfecho del celo con que los príncipes portugueses ayudan al Santo Tribunal. Cortesanos imprudentes habian comprometido vuestro nombre haciéndoos aparecer protectora de un idólatra.

--¿Y han absuelto?..

--De un idólatra digno del mas severo castigo...

--¡Qué he hecho! esclamó la Infanta cruzando las manos.

--Vuestro deber.

--¿Y le condenareis?

El Infante cardenal guardó silencio; pero harta respuesta era el ceño que anubló su semblante.

--¿Le condenareis? repitió la Infanta con voz trémula. ¡Ah, si asi fuese, D. Enrique, tendria

razon para execrar al Tribunal, porque él es inocente!

Una sombra todavia mas oscura cubrió el rostro del Infante cardenal; miró fija y severamente á su hermana un largo espacio, y luego la dijo con una voz que por la primera vez no parecia armoniosa y blanda como lo era, sino destemplada y dura.

--Vuestra razon estraviada os está haciendo proferir tan grandes desatinos, que si vos que formais la palabra sin acuerdo del oido, os pudiérais á vos misma oir, os morderíais la lengua. Reponeos, Doña María, y abandonad un asunto estraño, que debe seros indiferente, para ocuparos de lo que corresponde á una ilustre princesa. recordad que sois hija de D. Manuel el grande. Acordados de vuestra madre la severa Doña Leonor cuya entereza es ejemplo de varones. El embajador no puede ya tardar: que os halle serena.

Los lábios de la Infanta temblaron con una violenta sonrisa, y una palidez siniestra cubrió sus mejillas.

--D. Enrique, no temais que falte á mi deber, contestó con dignidad; pero decidme, ¿qué castigo preparais al reo?

—La hoguera, señora, la hoguera.

—¡Gracias! respondió la Infanta haciendo todavía un esfuerzo para sonreir.

Oyóse en esto anunciar al Obispo de Agdas.

Entró el prelado: Doña María se levantó y fué á tomar su mano para besarla; pero faltó tierra á sus pies, luz á sus ojos, vida á su corazon, y cayó exánime.

---

## CAPITULO IX.

---

### El perdon de Camoens.

El calabozo donde habian encerrado á Camoens era tan estrecho, que apenas habia espacio para que el prisionero diera tres pasos en él. Mas anchuroso fué ciertamente el que dimos nosotros á Cervantes, y esta consideracion me obliga á rectificar las palabras que dije, en uno de los capítulos anteriores, acusando á los portugueses de ser tan *ingratos como nosotros*. Nosotros no somos tan ingratos, porque, aunque encarcelamos á Cervantes, no lo hicimos en un recinto de tres

pasos de longitud, sino de seis ú de ocho por lo menos, donde su pensamiento podia espaciarse imaginando y escribiendo *novelillas*. Yo no recuerdo que á ningun ingenio ni á ningun héroe le hayamos dado jamás calabozo tan estrecho como los portugueses á Camoens. El de fray Luis de Leon era, por cierto, una bóveda de las mas hermosas que habia en las cárceles del Santo Tribunal, no obstante que carecia de luz, y estaba llena de sabandijas; pero en la que si no se podia escribir, se podia pasear. Cristóbal Colon se quejaba de la pesadez de los hierros que le pusimos, pero nunca de la estrechez de su prision, y por lo que hace á Hernan Cortés, si le parecia su estancia reducida, era porque estaba acostumbrado á los campos del Nuevo Mundo, donde jugaba con los indios á los imperios de Méjico...

Quede, pues, completamente probado, que nosotros hemos tenido siempre para los grandes hombres calabozos mas grandes que los portugueses.

Ya dije que era mezquino el que por segunda vez, á los veinte años, ocupaba el *príncipe de los poetas*, y no acabamos de entender cómo serian los que se destinaban á los *poetas vasallos*;

porque claro está que el *príncipe* habia de tener el mejor, ó no se llamaria *príncipe*.

A pesar de eso, Camoens le habia tomado cariño á aquella cueva húmeda donde pululaban las arañas, y donde no resonaba jamás otro ruido que el que hacian las ratas sobre el pavimento sembrado de papeles. Le habia tomado cariño, porque habia vivido en él antes de ahora, por espacio de cinco meses, merced á las intrigas de sus enemigos, y porque en él habia escrito la mayor parte de sus canciones. Pequeño como era aquel calabozo, contenia, no obstante, ademas de las arañas y de las ratas, cuatro ó seis libros forrados en pergamino, un tintero y un jarro de agua. Sentábase Camoens en el suelo para mayor honra de las musas, colocaba delante los cuatro ó seis libros, y continuaba aquella hermosa elegia que comienza:

O sulmonense, Ovidio desterrado... (a)

á tiempo que se abrió la puerta de la cárcel, y apareció una dama.

Levantóse Camoens mudo de sorpresa, y dió,

(a) Poesias de Camoens.

para recibir á la dama, los tres pasos que únicamente podia dar.

--Señora, la dijo con galantería; perdonad si recibo en este aposento á la mas bella de todas las poetisas. Por la primera vez recuerdo con envidia los palacios en los cuales pudiera ofreceros estancias donde las sabandijas no me disputáran el honor de recibir vuestra visita.

--Camoens, respondió la Sigea; para las almas llenas de afliccion no es el palacio mas grato que la cárcel, y si en esta hay sabandijas, en aquel hay alimañas.

--Pero vos, señora, no debeis ser la afligida, ni esas alimañas han de volverse contra vos. Seria harto injusto el destino.

--Poco importa mi bueno ó mal destino, Camoens; el deber me trae aqui para daros en el vuestro el alivio que habeis menester.

--Gracias, señora, vuestra visita es en efecto el mayor alivio.

--No es mi visita, Camoens, es vuestro perdon el alivio de que os hablo.

Camoens cruzó los brazos y se encogió de hombros.

--¡Mi perdon! bueno es porque me le traeis vos, pero me es indiferente.

--¿No estimais la libertad?

--Cuando la poseo, hago uso de ella; cuando la pierdo no pugno por recobrarla; necesítola ahora para dar unos cuantos reveses á unos cuantos villanos; pero como de seguro los he de dar, y los que he dado estos dias me han quitado el tiempo de escribir, aprovechaba los momentos de mi prision para hacer versos.

--Mala ocasion es esta para mí, Camoens, de alabar vuestro valor, y por eso no seré lisonjera; pero seré generosa y os perdonaré esos *reveses*.

--No os comprendo, señora.

--Ni os pese de ello. Básteos saber que estais en libertad.

--¡Oh no! necesito saber el sentido de vuestra queja.

--No daré esplicaciones.

--¿En qué he podido ofenderos? decid, decid, y con mi propia vida...

--Seria inútil. El mal está ya hecho. Herísteis á un caballero, os metieron en esta prision, y vuestra dama os ha libertado...

--¡Mi dama!

--Catalina de Attaide.

--¿Ha sido ella?

--¿Pues quién podia ser?

—¡Oh! ¡ha sido ella!

—Recibid de su mano este presente, continuó la Sigea entregándole el perdon del Rey, y partid para la India donde el cielo os proteja.

—Gracias, señora, pero os juro que no partiré antes de saber la pena que os aflije, y la culpa que he tenido en ella. Yo herí á un hombre que saltaba la verja de los jardines; pero en esto no he podido ofenderos, porque era un villano como todos los que me envia el Conde. Yo, cuando este me sorprendió en el jardin, debí matarle; pero Catalina se habia postrado á su planta, y aquel impío quedó convertido á mis pies en un altar. Necesito que esté lejos de Catalina para darle á él mismo las cuchilladas que sus criados han recibido en comision.

—¿Es ese el uso que pensais hacer de la libertad que os dá su sobrina?

—Teneis razon, señora, tomad y devolved á su sobrina este perdon.

—No; Camoens, haceos superior al odio que os domina, y partid adonde os llama la gloria.

—Decidme antes en qué os ofendí.

—Ya dije que os habia perdonado.

—Rechazo esa misericordia, porque no conozco mi crímen.

--Bien, adios.

--Eso no: voy á seguiros hasta que averigüe la razon de vuestra querella.

--Mañana parte la flota, y apenas teneis tiempo para hacer vuestros preparativos. No os descuideis.

--La flota partirá sin mí, porque si en ello me fuese la fortuna la abandonaria para ocuparme en el desagravio de una dama.

--Adios, vuelvo á deciros.

--Y yo repito que os seguiré.

La Sigea salió del calabozo, y Camoens tomó precipitadamente su sombrero de ala ancha, apuntado con una pluma negra, y echó á andar tras ella, sin cuidarse de recoger los papeles esparcidos por el suelo.

Atravesó Luisa los estrechos callejones de la cárcel, y Camoens tambien. Al pasar por uno de ellos vieron á Juan Meurcio, y la Sigea le saludó; pero Camoens no le hizo caso: á pesar de esto el fraile se llegó á él, y le dijo con una sonrisa pérfida, señalando á la Sigea.

--Sea enhorabuena!...

--Qué os importa á vos? contestó Camoens sin mirarle.

--Nada absolutamente, replicó el familiar haciendo un gesto de humilde resignacion.

--¡Ay de vos, añadió el imprudente poeta tirándole de la capucha, si osais interpretar las acciones de una dama honrada!

--Líbreme Dios! repuso con una mueca hipócrita Juan Meurcio.

--Es que vos sois enemigo de esa dama, y no es la vez primera que la habeis calumniado.

--Acusadme como gusteis, jóven: mas hiel tragó Jesucristo.

--¡Profanacion es en vuestros lábios ese santo nombre! esclamó Camoens indignado.

--Hablad mas bajo, advirtió el fraile, porque si os oyen...

--¡No temo á nadie! gritó Camoens.

--Vamos, concluyó Juan Meurcio, sois un poeta, y no hay que haceros caso. Seguid á la dama, no tope con algun villano.

--Teneis razon; los hay en Lisboa hasta bajo la cogulla.

Dejó Camoens á Juan Meurcio y aceleró el paso; pero la Sigea habia desaparecido.--¡Vive Dios, iba diciendo entre sí el poeta, que he de tener que arrancarle la capucha!... pero, ¿y la poetisa; donde se ha escapado? y es preciso hallarla y la hallaré... no hay remedio... me dirijo á palacio, y suceda lo que quiera... lo malo es que

pudiera toparme con el Conde y, como no traigo espada, desperdiciar la ocasion de provocarle...

Así pensando llegó á palacio, subió resueltamente la escalera principal, y se dirigió al departamento de las damas sin hacer caso de los guardias que le querian estorbar el paso.

Entretanto Juan Meurcio penetró hasta el calabozo donde habia estado Camoens, con el objeto de ver si, como el poeta acostumbraba á hacerlo en todas partes, habia dejado olvidado sus papeles.

Halló en efecto un paquete y algunos pliegos esparcidos por el suelo, algunos de los cuales habian sido medio devorados por las ratas.

Echó sobre ellos Juan Meurcio una ojeada y vió que la mayor parte eran canciones amorosas. En un papel lleno de roeduras se leia por intervalos:

. . . . . . . . . o acompanha
Nos . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . banha
. . . figura . . . . . . .
A vida . . . . . . . . . .
. . bem que . . . . . possuia

Y en otro pedazo de papel tambien roido continuaba:

D' aquí me vou . . . . . . . . . .
. . . . . . erguido . . . . .
. . . . . da rédea ó . . . . .
Depois de farto ja . . . . . .

—¡Oh! esclamó el fraile *¡depois de farto ja!*

Estos versos eran de la elegia que habia empezado á escribir durante su prision, y cuyo trozo completo decia:

(1) So sua doce musa o accompanha
Nos soidosos versos que screvia
E nos lamentos com que o campo banha.
Dest'arte me figura à phantasía
A vida com que morro, desterrado
Do bem que em outro tempo possuia.
. . . . . . . . . . . . . . .
D' aqui me vou com passo carregado
A um outeiro erguido, e alli m' assento.
Soltando toda rédea ó á meu cuidado.
Depois de farto ja de meu tormento
. . . . . . . . . . . . . . .

(1) Obras de Camoens, elegia tercera.

—¡*Depois de farto ja!* repetia Juan Meurcio con envidia, bien ageno de creer que la *fartura* aquella fuese de *tormento*, y no poco gozoso de hallar esta ocasion para acusar al poeta interpretando sus escritos y la visita de Luisa Sigea.

Porque hay en todas las cortes hombres que viven de calumniar; *calumniadores de oficio*, como el verdugo, como el sepulturero, que friamente matan á una criatura y la amortajan y la echan en la fosa.

Confieso que con harto disgusto me he decidido á hablar en mi novela de este personage histórico el mas odioso de cuantos contienen las historias; pero es imposible tratar de Luisa Sigea sin que aparezca á su lado la funesta sombra que oscurece injustamente el clarísimo resplandor de su fama.

Los hombres que entienden el latin dicen que hay escrito en este dificilísimo idioma un libro infame que fue atribuido á Luisa Sigea, y mas tarde á su hermana Angela; pero luego añaden que este libro habia sido escrito por un fraile llamado Juan Meurcio, con el intento de desacreditar á las poetisas. Busqué entonces en los manuscritos antiguos noticias de este fraile y supe que habia vivido en Lisboa.

Registré los archivos portugueses, y hallé por fin los documentos que necesitaba para arrojar á la execracion de las escritoras el nombre de este impostor.

Mi alma, destemplada por la indignacion, pierde esta vez su natural indulgencia para vindicar el honor de una dama ilustre, maestra de príncipes, noble doncella, esposa respetada y madre amorosa.

Ese abismo de perdicion que han abierto algunos hombres egoistas y perversos para hundir las reputaciones de las damas que se adelantan á conquistar la gloria es preciso cegarlo con la tierra de sus mismos cuerpos, y el de Juan Meurcio es el primero que rueda hasta la profundidad llevándose consigo la ignominia de sus libros apócrifos.

---

# CAPITULO X.

## Juan Meurcio.

Al fin penetró Camoens en la estancia de la Sigea, que acababa de llegar, y que trémula, con el rostro desencajado, estaba leyendo un papel que misteriosamente le habia entregado una dama de la Infanta.

Decía el papel.

«Ha sido condenado á la hoguera: ¡sálvalo en nombre de Dios!»

—Perdonad, dijo Camoens, advirtiendo el gesto de enojo que hizo Luisa al verse interrum-

pida, es un atrevimiento seguiros, pero ya os dije que necesito desagraviaros.

—¡Ay! respondió Luisa con amargura; no os puedo culpar, porque tal vez disputándole su presa á la inquisicion le habeis evitado mayor tormento al desgraciado... Al fin es preferible morir á hierro que morir á fuego...

—¡Lléveme Dios, señora, esclamó Camoens, si entiendo una palabra de lo que decís de presa, de desgraciado, de inquisicion, de hierro y de fuego! ¿A quién maté yo que asi os interesa? ¿no fué á un villano?

—¡Ah, no, no es un villano el noble Enriquez! ¡Es un caballero de los buenos!

—¡Justo Dios! ¡Qué decís! ¿Era D. Mariano Enriquez?

—¡Pluguiese al cielo que no lo fuera!

—¡Insensato de mí, qué he hecho! gritó Camoens dando vueltas por la sala.

—Una mala accion, Camoens; acuchillar á un jóven cuya sola culpa fué saltar la verja, como vos.

—Teneis razon, señora, descargad sobre mí vuestro justo enojo; pero decid, ¿es vivo ó muerto?

—Hoy podeis contarle entre los heridos, mañana entre los quemados.

—No os entiendo.

—La poca vida que vos le dejásteis pertenece ya á la inquisicion.

—¿Pues qué delito ha cometido?

—Le acusan de haber adorado á una estátua.

—¡Oh! esclamó vivamente Camoens; aqui veo la mano de Juan Meurcio: de ese perverso fraile que predicó el otro dia sobre el pecado de mirar á las estátuas desnudas... ¿y creeis, señora, que sea imposible salvarle de las garras del Tribunal?

—Hablad mas quedo.

—¿No puede hacerse algo por ese infortunado jóven?

—Lo meditaré.

—El Infante cardenal me tiene en su gracia; iré á suplicarle.

—Antes quiero informarme bien de cuanto hay, y para esto aguardo á Juan Meurcio.

—Ya veo quemado á nuestro amigo.

—¿Por qué teneis tan mala idea del familiar?

—¿Por qué vos la teneis tan buena?

—Es amigo de mi padre

—¿Está aqui vuestro padre?

—Está en Torres-Novas, donde se ha hecho carmelita.

—Pues creedme, señora, no pidais ningun favor á Juan Meurcio.

—¿Qué mal puede haber en esto?

—Juan Meurcio os ha calumniado.

—Os engañan, Camoens. Juan Meurcio me ama como á una hermana: y aunque no me amase, él no sabe calumniar.

—Sois todavía mas poetisa que cortesana.

—Conservo la fé en mis amigos.

—Contadme ya entre los enemigos vuestros.

—¿Cómo?

—Yo no puedo ser vuestro amigo siéndolo Juan Meurcio.

—¿Qué mal os hizo? esplicádmelo.

—La primera vez que estuve preso, me dejé olvidados mis manuscritos, y me los hurtó.

—Seria otro.

—Fué él.... y ahora que me acuerdo, ¡voto á!... prosiguió Camoens dándose una palmada en la frente; por seguiros dejé tambien hoy mis papeles en el calabozo y ese gavilan estaba allí... vuelo á buscarlos... adios, señora, volveré y salvaremos á nuestro amigo aunque sea entrando á cuchilladas con el Tribunal.

—¡Silencio!...

—¡Adios, adios!

Partió Camoens como un rayo, y se dirigió otra vez á la cárcel; precisamente cuando salia Juan Meurcio.

—Por vos he venido tan aprisa, dijo Camoens.

—Ya sé que me quereis mucho, replicó el familiar, enseñándole los dientes.

—Tanto os quiero, que si, como la otra vez, no hallo mis papeles en el calabozo, os he de romper esos dientes que estais siempre enseñando como los lobos.

—En verdad, contestó el fraile con severidad, que merecíais bien el que no os entregase esos papeles. Tomad, añadió sacando un rollo de ellos; sois un loco que donde quiera dejais perdidos vuestros manuscritos, y luego os encolerizais con las buenas almas que los recogen. Yo no sé, Camoens, por qué estais prevenido contra mí.

—¿Por qué no me devolvísteis los otros manuscritos?

—Ya os lo dije: porque me los hurtaron de mi mesa el mismo dia que los recogí.

—¿Eso es cierto... no me engañais?...

Cuando un hombre con la buena fé de Camoens pregunta que si lo engañan, ya desde

luego está engañado. Tienen los verdaderos poetas algo de infantil y de cándido, aun los mas amaestrados en los desengaños del mundo. Hay en torno de ellos una atmósfera donde se respira lo sublime y lo bello, y toda miasma corruptora se pierde allí entre los perfumes de la poesía.

En medio de la pompa con que Ferrara acogía el poema del Tasso, los cortesanos se burlaban del autor porque á todos los creia sus amigos, y mas bien que los amores fueron las perfidias la causa de su locura. Las amargas quejas de Quevedo son hijas de las decepciones que por su credulidad habia sufrido y por lo que hace al príncipe de los poetas Lusitanos llevó su sencillez hasta el estremo de dar crédito á las palabras de Juan Meurcio.

—Sí, decia este, sois muy injusto conmigo, buen poeta; pero yo os querré siempre á pesar de vuestras injusticias.

—¿Por qué calumniásteis á la Sigea?

—Otro error. Jamás mi lengua se movió en agravio de su fama.

—¿Pues y lo que se cuenta?...

—Rumores del vulgo.

Camoens miró todavía á Juan Meurcio con gran fijeza para ver si podia penetrar en lo íntimo

mo de su pensamiento, y el fraile sostuvo su mirada con sereno y blando rostro.

Entonces Camoens le tendió la mano, y esclamó con brusca alegría:

—¡Vive Dios que me he equivocado, y que os he ofendido diciéndole á la Sigea que sois un perverso y enemigo suyo!... pero ¡ah! otra cosa: ¿no habeis tenido parte en la delacion de Enriquez?

—¿De Enriquez, de ese buen muchacho? ¡pues si le quiero tanto como á vos!

—Corriente, estoy satisfecho. Mi espada (añadió el poeta dándose un golpe en la cadera) es... no la traigo ahora, pero no importa, voy á recobrarla, está á vuestra disposicion para cualquier lance.

—Gracias, Camoens: á nadie aborrezco, y perdono á todos mis enemigos.

—Por si acaso; quedad con Dios.

—El os guie.

Tenia Juan Meurcio treinta años. Todos los pintores se han empeñado en pintar á los diablos feos; pero el retratista de Juan Meurcio no hubiera podido menos de pintar un diablo bonito, si se hubiese decidido á hacer su retrato.

La tez de Juan Meurcio era blanca y trasparen-

te, los ojos grandes, aunque un poco saltones; la boca pequeña y en estremo graciosa presentaba continuamente dos hileras de huesos, blancos como los de un perro, aunque á Camoens le habian parecido de lobo.

En su rostro no se leia nada de lo que pasaba en su alma. Sereno, frio, inmutable como la superficie de una laguna helada, no daba mas señal de estar animado, que por el movimiento de su boca cuando hablaba. Despues que guardaba silencio, volvia á parecer una cabeza de piedra con ojos de vidrio. Hasta en la blancura de su frente se advertia algo de cadavérico, y en lo azulado de sus sienes un no sé qué de infernal. No parecia una cabeza llena de sangre, sino de aire y de azufre. A pesar de ser, como dijimos, un rostro bonito, los niños huian de él.

Por su parte, Juan Meurcio era insensible á los afectos, y solo habia tenido en su vida una pasion, que mas tarde se convirtió en odio. Esta fué por Luisa Sigea cuando vivia en Toledo, y á la cual pidió por esposa apenas cumplió los diez y seis años. Pero ya dijimos que los niños huian de él, y Luisa era una niña. Sin aborrecerle, sentia un secreto disgusto con su presencia, y se negó obstinadamente á satisfacer el deseo de

su padre, que pretendia desposarla con Juan Meurcio. Ya habia estado la Sigea en Lisboa, adonde fué colocada en palacio con su hermana Angela, y manifestó la voluntad con que entraria de nuevo al servicio de la Infanta; pero Diego Sigeo, su padre, no accedió por entonces á ello para castigarla de su rebeldía. En tres años que permaneció Juan Meurcio en Toledo, apuró todos los recursos de su carácter para lograr el amor de la poetisa; pero todo fué en vano, y lleno de despecho exaltado por la bilis, ciego de soberbia, tomó el partido de hacerse fraile, y marchó á Lisboa.

Diez años pasaron hasta que Luisa Sigea volvió al servicio de la Infanta, y que sucedieron las cosas que vamos narrando.

Si analizamos el sentimiento que impulsaba á Juan Meurcio á tomar por esposa á la Sigea, no descubriremos tal vez el del amor, sino el de un empeño tiránico por esclavizar una inteligencia de muger que reconocia superior á la suya, y á la de muchos hombres estimados por poetas, y respetados por doctos.

Fuerza es confesarlo; la envidia es uno de los defectos que, entre otros muchos, han atribuido los hombres esclusivamente al bello sexo para

aliviarse de los que abruman su condicion, pero que les es tan peculiar como la soberbia, como la ambicion y como el egoismo. De la envidia procede esa guerra sorda que las medianías han hecho en todos tiempos á las escritoras, y de la envidia procede esa resistencia tenaz á concederles la palma que su talento conquista. Ya lo hemos dicho, hay una secta de hombres implacables, que con su odio colectivo á todas las mugeres ilustres, antiguas y modernas, se han armado de la sátira, del desprecio y de la calumnia.

A esta secta pertenecia Juan Meurcio. Para que Juan Meurcio perdonase á Luisa Sigea la osadía de haber nacido con mas talento que él, era preciso que le aceptase por dueño y mentor. El hubiera detenido el vuelo de su inteligencia, hubiera destruido las flores de su poesía, hubiera llenado su conciencia de preocupaciones para hacerla tímida, humilde y medrosa, y garantizar su obediencia hasta que la convirtiera en una beata estúpida del siglo diez y seis. En uno de aquellos mónstruos que asistian á los *autos de fé*; que se recreaban con el espectáculo de las víctimas, y que despues de todo se llamaban *cristianas*.

No habia nacido el generoso corazon de Luisa Sigea para gozar con la barbárie de semejantes

fiestas, y una de las primeras obras que escribió, y que fué hurtada y reducida á cenizas por Juan Meurcio, la consagró su tierna autora «*al consuelo de los infelices que gimen en la inquisicion*.

Tales eran, pues, los antecedentes que habia en la amistad de Luisa Sigea y Juan Meurcio, y es en verdad incomprensible cómo la maestra de latin se hacia la ilusion de creer en el buen afecto que fingia profesarla el fraile, si no fuese que, de la misma manera que Luis de Camoens, le engañaba su buena fé y candidez de poeta.

Pero volviendo á los hechos y dejando para otro rato las digresiones, asi que el familiar se separó de Camoens tomó el camino de palacio y se dirigió al departamento de la Infanta, murmurando entre dientes unas palabras latinas que acostumbraba él á decir siempre que iba á cometer alguna accion inícua.

---

## CAPITULO XI.

---

### El Azor.

Tan pronto como Luis de Camoens pudo recobrar su espada, volvió á ver á Luisa Sigea.

—¿Ha venido Juan Meurcio? le preguntó.

—No, Camoens, y estoy en estremo inquieta.

—Sabed, señora; que tengo que rectificar lo que os dije esta mañana acerca de ese pobre fraile. Me ha dado los papeles que me dejé en el calabozo, me ha asegurado que los otros no me los devolvió porque se los hurtaron, y, en fin, se ha sorprendido cuando le dije que os habia ca-

lumniado. En sus palabras, en su tono, en su espresion he conocido que está inocente, asi como que no ha tenido parte en la delacion de Enriquez. Le he tendido mi mano, y hemos quedado amigos.

—Me alegro mucho, Camoens.

—Pero lo que no entiendo es que nos pueda servir mucho para el asunto de nuestro hidalgo.

—Yo no quiero sino saber el estado que ocupa. Sé que ha sido condenado á la hoguera, pero ignoro cuándo se ha de cumplir la sentencia.

—Pues de eso yo me informaré.

—¿Y si dais que sospechar?...

—Tanto peor para los sospechadores, que tendrán que seguirme las huellas.

—Temo mucho, Camoens, que os armen una celada.

—No temais nada, señora.

—Si, como creo, se retarda la ejecucion hasta que el herido se restablezca, puedo realizar el pensamiento que he concebido para salvarle.

—Supongo que contareis conmigo.

—Vos partís á la India.

—No, señora, ya os he dicho que no parto.

—Mal dicho: debeis partir.

—¡Por Dios que teneis grande empeño en lanzarme en los brazos de Neptuno!

—El Rey os ha concedido el perdon en la inteligencia de que marchareis al instante.

—Yo he salido de la prision sin condiciones, y antes que aceptar una volveré á entrar en ella.

—Mal correspondeis, Camoens, al desvelo de vuestra dama.

—Catalina no puede desear que parta.

—Catalina teme que os quedeis.

—Sea como quiera, señora, yo no parto hasta que salvemos á nuestro amigo.

—¡Ay!

—Esplicadme vuestros proyectos, y fiad á mí el cuidado de cumplirlos.

—Oid, Camoens... pero antes ved si nos escuchan, y cerrad bien esa puerta.

Levantóse Camoens, haciendo como siempre resonar el pavimento con su firme planta, y abrió y cerró la puerta con tan recio empuje, que retumbaron las bóvedas. Hecho esto, ocupó un asiento cerca de la poetisa, y prestó atencion á sus palabras, que fueron las siguientes:

—La sola idea de salvar del fuego, adonde es condenado, á un reo de la inquisicion, es de

suyo tan atrevida, que se necesita, Camoens, el aliento de una muger... que ama, para darle acogida en su mente. Cuál es el poder del tribunal, dígalo Portugal, dígalo España. Paulo III no ha sido poderoso á salvar á un italiano condenado por hereje en los dominios de España, y el inquisidor general de estos reinos, el Infante cardenal D. Enrique ha presenciado el suplicio de uno de los amigos mas queridos de su corazon. ¿Quién osa acercarse á ese volcan que no caiga envuelto por su ardiente lava? Los reinos, espantados por el siniestro reflejo de sus llamas perpétuas, están siempre aguardando la erupcion que ha de reducirlos á cenizas... los reyes temerosos sienten el calor del incendio que llega hasta sus coronas.

Pero hay un gigante entre estos reyes, á cuya frente no puede alcanzar chispa alguna que salga de la tierra, porque como el mismo Vulcano baja á la region del fuego y empuña los rayos que vibra despues á los mortales...

—¡Cárlos V!

—Cárlos V, sí, él solo, él solo es mas poderoso que la inquisicion. Si él quiere apagar una hoguera encendida para un *auto de fé,* no tiene sino derramar sobre ella el agua de su régia co-

pa. Si quiere salvar á un reo, sobra con que le tienda la punta de su manto imperial. Para que todos los frailes del mundo huyan despavoridos, basta un grito del Emperador. Todas las coronas estan bajo su corona, todos los cetros estan bajo su cetro, todas las voluntades estan bajo su voluntad.

Quince años há ví yo á Cárlos V en una de las torres del alcázar de Toledo. Su frente desnuda brillaba al sol como de plata. Tenia los brazos cruzados, y estaba inmóvil mirando al Tajo. Yo, en una azotea inmediata, me entretenia en hacer ensayar el vuelo á un azor muy jóven que cojió mi padre en el nido, cuando de repente el pájaro remontó el vuelo, y en vez de volver á mis brazos, como acostumbraba, se perdió en los aires. Mis gemidos distrajeron al Emperador: yo lloraba, levantaba los brazos al cielo y llamaba al pájaro fugitivo. Poco tardé en verle que descendia, y ya me iba consolando, cuando advierto que tuerce su giro y que vá á caer en el alcázar. En efecto, cayó en uno de sus patios, y yo, sin decir nada á mi madre, me dirigí al alcázar.

Los guardias no querian dejarme entrar; pero tanto insistí, que pude penetrar hasta el primer patio. Busqué al azor, y no le hallé. Entré en el

segundo patio con menos dificultad, y tampoco estaba el azor. Entonces subí la gran escalera, donde me opusieron una resistencia débil, creyéndome, sin duda, hija de algun servidor de palacio, y por último atravesé las galerías y me coloqué en el fondo de una sala cuadrada, cuyo pavimento era de mosáico. Allí estuve un gran espacio de tiempo, hasta que ví pasar á una multitud de cortesanos que me miraban con estrañeza y murmuraban entre sí, y los cuales se fueron colocando en dos hileras. Iba á esconderme detrás de uno de ellos, pero un caballero me cogió por el brazo, y me hizo salir hasta las galerías. Yo entonces rompí á llorar pidiendo mi azor que habia caido en el alcázar; pero sin atender á mi llanto me hicieron retroceder todo el camino adelantado, y al fin me ví fuera del alcázar y sin el azor.

—¿Y os volvísteis á casa?

—Eso hubiera hecho otra criatura mas prudente y menos obstinada que yo; pero en lugar de eso me senté en una de las gradas del alcázar, y á cada uno de los que salian le demandaba por el azor.

Una hora estuve molestando la atencion de los cortesanos, hasta que resonaron cajas y trompe-

tas, la guardia se puso en movimiento y salió el Emperador. Yo le conocia de verle pasar por nuestra calle todos los dias, y lejos de imponerme temor su imponente magestad, le profesaba un cariño instintivo. Asi como le divisé, me puse delante y le pedí mi azor. Al principio no me comprendia; pero cuando repetí que queria mi azor que habia caido en el alcázar, me respondió:

—Sí, sí, ya he oido como gritabas desde tu azotea, pero no he visto al azor sino en los aires.

—Cayó en el patio del alcázar, repliqué.

—Pues si está en el alcázar, te lo devolveremos. ¿Cómo te llamas?

—Luisa Sigea.

—¿Has venido tú sola á buscar el azor?

—Yo sola.

—¿Me conoces?

—El César.

—¿Te lo han dicho ahora, ó lo sabias antes?

—Lo sé desde que nací. He escrito ese nombre muchas veces.

—¡Tú!

—Yo.

—¿Pues por qué lo escribes?

—Porque escribo en latin la historia del César.

—¡Qué sabes latin!....

—Sí.

—¡Que escribes mi historia!

—Sí.

—¿Qué maestros tienes?

—Mi padre.

—¡Bravo!... yo quiero leer esa historia. Supongo que hablarás bien de mí.

—Bien y mal.

—¡Cómo!

—Defiendo á los comuneros...

—¡Vive Dios!

—Y culpo al César de los abusos de la inquisicion.

—Criatura, ¿cuántos años tienes?

—Diez.

—Tráeme esa historia mañana mismo.

—¿Me dejarán entrar?

—Diciendo tu nombre.

Asi empezaron mis relaciones con el César. Es inútil deciros que recobré el azor, que presenté á Cárlos V su historia y que empecé á merecer su gracia. Dió á mi padre un empleo en el alcázar, y á mi hermana Angela y á mí nos envió á Lisboa al servicio de la Infanta, donde estuvimos cinco años, hasta que una grave enfermedad de nuestro padre nos obligó á volver á

Toledo. La memoria del César siempre fiel para recordar á aquellos á quienes dá palabra de proteger, no ha cesado de darme lisonjeras muestras de favor. A él he debido el ser admitida por segunda vez en esta córte, y de él espero la salvacion del desgraciado reo.

Tomó aliento Luisa Sigea para continuar, y Camoens, que no se habia atrevido á interrumpirla, se aprovechó de esta pausa para esclamar:

—¡Oh divina poetisa! ¡cómo desde la infancia se reveló en vos la grandeza de vuestro talento! ¡Cuánto hubiera dado por veros frente á frente del César pidiéndole el azor y entablando con él la donosa plática que merecia pasar á la posteridad!...

—El César, prosiguió la Sigea sin darse por entendida de los elogios de Camoens, está en Africa, y ya le tengo escrito para que interponga su poder omnímodo con la córte portuguesa, reclamando á D. Mariano Enriquez como vasallo suyo...

—De esa carta yo seré el portador.

—¿Vos ireis á Africa, Camoens?

—¿No hay guerra en Africa?

—Dragut aparece en la costa.

—Basta, suspendo mi viage á la India y parto á Africa.

—¡Oh, Camoens, no! Es muy arriesgado acercarse ahora al estrecho.

—Por eso no me duele abandonar el proyecto de ir á la India. Hoy me alisto de soldado en las tropas portuguesas que se embarcan para Cadiz. Si no me ahogo ó me matan, antes de un mes estoy de vuelta.

—¡Un mes!

—Es verdad; pueden haberlo quemado.

—¡Ah!

—Pero como la herida que yo abrí en su cuerpo debió ser honda, y no se puede ejecutar la sentencia de un reo mientras está enfermo... en fin, haremos lo que podamos. Dadme la carta y adios.

—No sé si debo acceder...

—Presto, señora, presto. Los instantes son preciosos.

—¡Tomad, Camoens, y Dios os guie!

—¡El os guarde, señora!

---

## CAPITULO XII.

### La caridad de los inquisidores.

En efecto, la herida que el poeta portugués habia abierto en el pecho del caballero español era de tal profundidad, que bien necesitaba un mes para restablecerse, si antes no sucumbia al esceso de sus dolores. El dia que siguió á la partida de Camoens para Africa, se agravó tanto que los inquisidores estaban afligidos temiendo que se les muriese sin poder quemarle.

Al anochecer de este dia entró Juan Meur-

cio en el cuarto del enfermo acompañado de algunos individuos del santo Tribunal, que venian dispuestos á leerle una copia del *auto* para que se fuera preparando y fortaleciendo; pero acababan de curar sus heridas y estaba sin sentido, la cabeza fuera del lecho, y los brazos en cruz.

Sentáronse tranquilamente y esperaron á que se recobrase del desmayo.

Yo aprovecho esté intérvalo para traducir del portugués al español el *auto* que Juan Meurcio se dispone á leer al reo.

Y una vez traducido, y vuelto en sí D. Mariano, puedo repetir lo que dijo el familiar.

Su voz, siempre suave, llegó á hacerse tierna y melíflua para derramar el consuelo en el alma del paciente.

—¡Pobre hijo mio! esclamó. ¡Cuán acerbos deben de ser los dolores que os aquejan, cuando os roban la facultad de conocerme! Porque no me conoceis... no me tendeis la mano...

Juan Meurcio se inclinó mas sobre el lecho, y estrechó la mano del doliente que estaba árida y abrasadora.

—¿Cómo os hallais? prosiguió el familiar; ¿estais acobardado? ¿pensais morir, hijo mio? ¡Oh!

por la Vírgen santísima que recobreis el ánimo perdido.

D. Mariano Enriquez entreabrió con pesadez los ojos, movió débilmente la cabeza, y sin desprender los labios articuló algunas palabras que no llegaron á oirse.

Pena causaba ver el estado de aquel jóven caballero tan agraciado y gentil luchando con la muerte y próximo á ser vencido.

—¡Pobre hijo mio! repitió el familiar; ¿será posible que abandoneis la tierra sin ser purificado por la penitencia? ¿será posible que cuando el santo fuego puede daros el glorioso martirio que necesita el idólatra para purgar sus culpas y elevar su alma al Criador, os falte el espíritu y murais como un impenitente? venia á leeros el *auto*, pero me temo que no podais oirme.

Hizo el herido señal de que sí podia oir, y Juan Meurcio desdobló un papel y leyó:

«Acuerdan los inquisidores ordinarios y diputados de la santa Inquisicion, que vistos los actos, culpas, declaraciones y respuestas del caballero D. Mariano Enriquez, que siendo cristiano bautizado está obligado á creer la fé católica predicada por los santos Apóstoles y por nuestro señor Jesucristo, y enseñada por la santa madre

Iglesia católica romana, y que no obstante ha adorado una estátua de Venus, en el santo nombre de Jesus invocado declaran al acusado D. Mariano Enriquez convicto del crímen de *heregía*, y le condenan á ser conducido con la cuerda al cuello á la plaza del *Rosio*, donde su cuerpo sea quemado y reducido á cenizas, y gastos pagados.»

Aqui seguian los nombres de los inquisidores, que por ser apellidos que hoy llevan portuguesas ilustres no queremos hacer odiosos á nuestros lectores, pero entre los cuales no podemos ocultar que leimos con dolor el de *Gama*. ¡Gama, el nombre del gran marino! ¡Por qué los héroes y los verdugos han de llevar á veces el mismo nombre!

D. Mariano Enriquez oyó con indiferencia el *auto*, y aun dejó traslucir una imperceptible sonrisa.

—El demonio, dijo por lo bajo uno de aquellos señores, no le ha abandonado todavía.

—Me parece, repuso otro, que no podrá asistir al *auto*.

—Seria una desgracia, añadió Juan Meurcio.

—Que lo asista, concluyó el que parecia de mas autoridad, el mejor doctor. Que se le pro-

diguen toda clase de cuidados para conservar su vida.

—¡Oh! esclamó Juan Meurcio; yo he velado por él desde que cayó herido, y le he procurado una asistencia como de la madre mas solícita. El doctor Caldeira Silva Freira Brito de Noller y Barata ha desplegado para socorrerlo todos los prodigios de su profunda ciencia. Noches hay que las pasamos el doctor y yo espiando su sueño, porque el doctor es un buen católico, y por nada del mundo quisiera quitarle un muerto al santo Tribunal.

—Pocos doctores hay como él, repuso el personage mas grave de aquellos hombres piadosos, pues se cuidan tan poco de la gloria del santo Tribunal, que asi como enferma un reo luego le matan á medicinas, y nada dejan que hacer al fuego.

Al resonar estas palabras en la estancia, salió de un rincon de ella una especie de figura humana con cabeza, con brazos y con pies, y se inclinó ante los señores.

Era el generoso doctor, que lejos de disputarles el moribundo trataba de sostener su vida para que pudiera sufrir el tormento de las llamas. Era el médico, que por esta vez rompia su pacto

con el sepulturero, y entregaba el enfermo á sus rivales los inquisidores.

Dijo en latin aquel fantasma algunas palabras á los señores, que le respondieron tombien en latin otras no menos sábias sin dudas, y luego se acercó al enfermo, le pulsó, y aproximando una vela al lecho, y quitando el vendaje á las heridas, hizo examinar á los señores el perfecto estado en que se hallaban.

—¡Oh! dijo Juan Meurcio, va muy bien.

—No tan bien, respondió otro; siempre se habrá de tardar en verle restablecido quince dias.

—Menos señor, menos, replicó Caldeira; en diez le doy por salvo.

—Pero ¿estará fuerte?... ¿podrá ir por su pie hasta la plaza, con el dogal al cuello?

—Sí señor, sí señor.

—Un desmayo... un gemido desluciria la ceremonia...

—Ha de quedar fuerte.

—Me parece, doctor, que será conveniente por lo tanto darle mas alimento... sustancias que lo nutran...

—No cesa de tomar...

—Y mucho silencio, para que repose. ¿Qué tal duerme?

—Poco.

—Eso es malo. El sueño le repondria mucho. Algunos calmantes...

—Le he suministrado los suficientes para llenar la indicacion.

—Bien, bien, Caldeira, no olvideis el interés y el celo del santo Tribunal para procurar su alivio... Esmeraos mucho, añadió el mismo personage en voz baja, y el Tribunal no será ingrato.

Inclinóse el doctor y salieron todos.

Al anochecer de aquel mismo dia se presentó á la puerta del cuarto del enfermo una tapada que pedia permiso para verle. Concediéronselo y entró silenciosa, y se sento á la cabecera sin retirar de su rostro el manto. El herido la oyó sollozar y preguntó débilmente.

—¿Quién llora?

La dama no respondió, antes hizo lo posible por reprimir su llanto.

—Señora, dijo Caldeira, si no sois ni madre, ni esposa, ni hermana del paciente, saldremos para que os descubrais á él solo.

—Gracias, replicó la dama con dignidad, nada tengo que decirle: queria únicamente saber que existia, y ya lo sé.

Dicho esto volvió á salir del aposento y se dirigió al interior de palacio.

Pero antes de llegar á su departamento: oyó pronunciar su nombre y volvió la cabeza.

—Era Juan Meurcio que la habia seguido paso á paso. Vaciló la dama entre detenerse y seguir; pero el familiar la detuvo por el manto repitiendo:

—Sigea.

—Amigo mio, contestó la dama.

—Venís de visitar heridos, añadió Juan Meurcio.

—Sí señor, y deseaba veros para preguntaros cuándo se verificará el *auto*.

—¿Pues si deseábais verme, por qué huíais de mí?

—¿Yo huia?

—¡Sí!... pero yo perdono esta esquivez, prosiguió el fraile sonriéndose.

—No era esquivez, Meurcio.

—O desden.

—Tampoco. Ya sabeis cuánto os estimo.

—Seríais ingrata si no me estimárais.

—Porque os estimo quiero confiaros el interés que me inspira el reo que vengo de visitar...

—Ya... ya presumia...

—Y quisiera saber cuándo es el *auto*.

—¡Oh! no tengais cuidado. Pasarán aun dos ó tres meses.

—¿De veras?

—O mas.

—¡Gracias!

—Y tal vez no se verifique. Pero ese interés ¿es solo vuestro ó es de?...

—¿S. A?... de ningun modo.

—Yo no he dicho S. A.

—Pero ibais á decirlo...

—Aprension vuestra.

—Aun no la he visto hoy.

—¿Ni vais á verla?

—Sí, ahora voy á darla leccion.

—Os serviré hasta la puerta.

—Sois muy caballero, Meurcio.

—¡Quién, aunque sea fraile, no ha de ser caballero para servir á tan gentil dama!

Sacudió el fraile la cabeza tirando atrás la capucha, y siguió á la Sigea hasta la antecámara de la Infanta. Despidióle la Sigea, y se disponia á entrar, como tenia de costumbre sin anunciarse; pero una de las damas que estaban de servicio, la dijo secamente:

—S. A. ha prohibido la entrada en su cámara á Luisa Sigea.

Atónita la maestra de latin, volvió hácia el familiar que aguardaba esta escena con los brazos cruzados y le manifestó su sorpresa con un gesto.

—Azares de la corte, dijo Juan Meurcio como respondiendo á él.

—Está bien, replicó la Sigea volviéndose á la dama de servicio. Decid á S. A. que acato su órden y que no volveré á presentarme en su cámara hasta que se digne llamarme.

Inclinóse y marchó confusa á su aposento.

—Permitidme, la dijo Juan Meurcio con la misma galantería de antes, que os sirva en la desgracia como lo he hecho en el favor.

—Gracias, replicó la Sigea distraida.

—Os acompañaré hasta vuestro departamento.

Llegaban cuando atravesó junto á ellos un caballero que iba tan de prisa que ni se tomó tiempo de mirarlos.

—Id con dios, Camoens, le dijo Juan Meurcio.

—Adios, amigo, no puedo detenerme. Voy á partir mañana al amanecer, y antes tengo que reñir con dos, uno á quien yo provoqué, y otro que me ha provocado.

Rióse el fraile y se retiró dejando á la Sigea en su aposento.

Al dia siguiente salia Luis de Camoens en una nave que se daba á la vela para Africa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

# PARTE SEGUNDA.

## PARTE SEGUNDA.

## CAPITULO I.

### Un azar de la corte.

Ocho dias hacia que Luis de Camoens habia partido para Africa y que la Sigea se hallaba retirada en su aposento á causa del estraño desaire que recibió en la antecámara de S. A., cuando al fin de maduras reflexiones se determinó á pedir una audiencia á la Reina Doña Catalina.

Es en todas las córtes mas fácil ver á los reyes que á los príncipes, porque hay entre el rey y el súbdito lazos estrechos que no existen entre el individuo y el príncipe particular. Cuanto mayor es la persona y la diferencia que media entre su clase y la de su inferior, tanto mas magnánima y cordial es en su trato para con este, y tanta mas facilidad hay de conseguir su proteccion. Lo que hace al vanidoso retraido, altivo y duro, es su temor deparecer menos alto porque sea mas accesible con los de baja condicion. Asi se observa siempre en los palacios esa graciosa escala de cómica seriedad, que empieza en la portería y concluye en el trono. El portero es mucho mas altivo que el paje, el paje mas altivo que el ujier, el ujier mas altivo que el ministro, y el ministro, en fin, mas altivo que el rey. Cuando se entra en palacio debe irse prevenido para no ver mas que una sonrisa benévola: la de S. M.

Luisa Sigea pidió y obtuvo una audiencia para ver á la Reina Doña Catalina; pero su tránsito por las galerías de palacio dió motivo á una série de humillaciones que la dejaron sorprendida, aunque no desconcertada. Los primeros cortesanos con quienes se encontró la miraron de hito en hito, sin saludarla, con esa media sonrisa que

solo ha poseido la antigua aristocracia, y que lograba todo su efecto en el hinchado rostro portugués.

La escritora sostuvo sus miradas y percibió sus sonrisas con impasible dignidad, y les hizo su acostumbrado saludo, como si no hubiese advertido nada. Pero mas adelante se vió imposibilitada de marchar, por un grupo de nobles que interceptaban el paso, y se detuvo un momento: entonces ellos se separaron lentamente volviendo las espaldas y conversando entre sí con un sordo rumor, semejante al que hace el vulgo en la plaza pública á la vista de un ahorcado.

La escritora siguió no obstante con paso firme atravesando las galerías, y llegó á la antecámara de la Reina.

Habia en aquel sitio hasta media docena de damas á quienes conocia la Sigea, y se acercó para saludarlas, pero las damas restaron inmóviles, los ojos fijos, los lábios cerrados como si no viesen objeto alguno ni tuviesen ninguna voz que articular, y la Sigea hubo de retroceder asombrada y fria, pero serena.

Fueron entrando sucesivamente las damas anunciadas de antemano en el aposento de la Reina, y por la primera vez Luisa entró la última.

La Reina Doña Catalina bordaba á la sazon un tapiz para el gabinete del Rey. Era S. M. diestrísima en el manejo de la aguja, como dama española que era, y de las mas bien enseñadas en la laboriosa córte de Madrid, donde las ilustres princesas han gobernado el mundo antiguo y descubierto el moderno llevando alternativamente en su pulida mano el cetro, la pluma y el dedal. Representaba el tapiz una marina portuguesa, y claro se veia en la eleccion del dibujo que la Reina habia comprendido la manía de D. Juan III, y que tal vez participaba de su error, suponiéndole inteligente en la náutica. Si asi era, preciso es confesar que ya habia una persona en el mundo que creyera en el talento del Rey: su muger.

Luisa entró con ese mesurado paso que se usa delante de los soberanos, y que no es precisamente andar, aunque tampoco es estarse quieto, sino moverse sin adelantar camino. Especie de columpio suave lleno de graciosa galantería, que no todos entienden, y que dá mucho que reir á las camaristas viejas cuando no se ejecuta con el aplomo necesario para no parecer un payaso.

Al entrar la Sigea levantaron su cabeza las damas que bordaban en el tapiz al lado de la Reina, y en la rápida mueca que todas hicieron,

abriendo y cerrando los ojos con notable espanto en las fisonomías, pudo advertir la escritora toda la inmensidad de su desgracia en la córte.

La Reina no levantó la cabeza, y dijo sin dejar de contar los puntos del bordado.

—Acércate.

Luisa se acercó.

—Me han dicho, prosiguió la Reina, que deseas hablarnos, y en verdad nos pareció estraño semejante deseo; pero como es la última audiencia que estamos en ánimo de concederte, hemos querido saber si abusarias de nuestra bondad tratando de justificarte.

La Sigea guardó silencio.

—Es horrible lo que pasa, continuó la Reina siempre con la vista fija en el bordado, y lo repito, nos sorprende que te atrevas á... no sé... ¿qué quieres?

Doña Catalina tiró con impaciencia de la aguja, enredó la seda y guardó silencio.

Tambien la Sigea.

Asi pasaron unos instantes, hasta que la Reina admirada levantó la cabeza y fijó sus hermosos ojos en los de su antigua protegida. Pero quedó atónita al observar la calma de su semblante. Luisa, con la frente erguida y los brazos cruzados

escuchaba aquel apóstrofe sin poder comprenderlo, y esperaba una nueva frase que le diese un rayo de luz.

—Oh! esclamó la Reina entre indignada y confusa; no te dá rubor de... pero se detuvo y añadió despues de una pausa; parece imposible!... y que haya sido española y católica temerosa de Dios!...

—Señora, dijo por fin la Sigea; creo, aunque lo ignoro, que yo debo de haber cometido alguna grave culpa.

—¡Oh! muy grave; contestó la Reina cerrando los ojos con dolor.

—Solamente me parece estraño, continuó la escritora con la misma calma, que todos la hayan sabido antes que la culpable.

—¿Crees, preguntó Doña Catalina, que el Rey no sabe latin?

—Creo, señora, que S. M. sabe latin mejor que muchos doctores; pero lo que dudo es que su sabiduría tenga relacion con mi ignorancia.

—Luisa, dijo la Reina con severidad, basta; puedes retirarte.

La escritora se inclinó respetuosamente y salió del aposento de S. M. llena de pesadumbre, mas por su amor á Doña Catalina que por el de-

saire que habia sufrido ante sus damas. Escitaba su cavilosidad la pregunta de Doña Catalina acerca de si el Rey sabia latin, y se esforzaba por hallarle significado, cuando al fin de una galería se vió frente á frente con el Conde de Castanheira.

El Conde no huyó su encuentro, antes por el contrario se detuvo á saludarla: cosa estraña que acontece rara vez, la de no huir el cortesano que está en gracia ante el cortesano caido. Pero la razon de esto se halla en el mismo poder de la gracia que disfrutan algunos.

Cada ser tiene en la tierra su tirano.

La muger tiene al hombre: el hombre al rey: el rey á su valido. Castanheira era el tirano de D. Juan, y como tal, en la córte su paso era firme y su conducta independiente, porque vivia de su dominio y no de su adulacion. Cortesanos de esta especie son los mas nobles que habitan los palacios; no son falsos ni rastreros, ni mentirosos. Subyugan al monarca por su energía, pero no le engañan por su astucia, y ni envidian á los cortesanos favorecidos, ni desprecian á los humillados. De esta raza fué en España D. Alvaro de Luna, y Castanheira era el D. Alvaro de Portugal.

—Conde, dijo la Sigea con decidida franqueza; dignaos seguirme á mi aposento; tengo que hablaros.

Siguióla el Conde sin replicar palabra, y una vez en la estancia de la Sigea, entablaron el siguiente diálogo:

—¿Qué me quereis, señora?

—Estoy en desgracia.

—Ya lo sé.

—Y quiero saber el motivo.

—Es muy justo.

—¿Lo sabeis vos?

—No.

—El Rey lo sabe.

—Hay cosas que sabe el Rey y que yo ignoro.

—Y otras que ignora el Rey y que sabeis vos.

—Cierto.

—Necesito saber esta.

—Estoy á vuestras órdenes.

—No quiero que os tomeis la molestia de averiguarlo vos, sino yo misma, y para ello es preciso que vea al Rey. S. M. me ha estimado siempre; la última vez que le ví fué para pedirle una gracia para uno de quien sois enemigo, y me la concedió.

—¿Para Luis de Camoens?

—Sí.

—¿Fuísteis vos?

—Yo. ¿Qué, os sorprende?

—¿No fué mi sobrina?

—¡Cielos! ¿será verdad lo que me han dicho, que habeis castigado á vuestra sobrina encerrándola en Odivellas?

—Sí, señora.

—Conde, pues habeis sido injusto.

—¿No fué Catalina á ver al Rey?

—No, Conde; fuí yo.

—Pues el Rey me lo ha dicho.

—Es imposible. El Rey no miente.

—¿Quereis oirlo de su propia boca?

—Quiero que salgais de vuestro error.

—Vamos si gustais ahora mismo.

—No sé si el Rey me recibirá.

—Yo me adelanto para recibiros.

—Ved que estoy en desgracia, y que interesado en un asunto personal vais á servirme de protector.

—Me es indiferente el motivo por el cual os proporciono la audiencia, y no temo tampoco que vuestra desgracia perjudique á mi fortuna.

—Vamos, pues.

—Adios, señora.

—Hasta despues, Conde.

Salió Castanheira apresuradamente, y Luisa marchó algunos pasos detrás, quedándose en la antecámara mientras el Conde abria la puerta de la real cámara con la misma confianza que si fuese la de su propio aposento. A los pocos minutos salió y dijo á la Sigea:

—S. M. os recibe.

A pesar de esta prueba de agrado que el monarca daba á la Sigea, preciso es confesar que en su semblante estaban impresas todas las señales del disgusto. Parecia que el Rey obedecia á un influjo enteramente contrario á su voluntad, y parecia lo que era. Por eso en vez de mirar á la que entraba fijó los ojos en sus pies como en cosa nueva que le sorprendia, y empezó al mismo tiempo á sobar su gorguera para entretenerse. Pero el Conde estaba de prisa, y le dijo de mal humor y con una entonacion enérgica.

—V. M. tiene delante de sí á la célebre musa del Tajo; á la doctísima maestra delatin de S. A., á la muy amada protegida del Emperador, su tio.

A estas palabras despertó Juan III como si hubiesen sido un golpe que el maestro dá al muchacho para hacerle poner cuidado en la cartilla.

—Acércate, dijo, Luisa, y dí qué te se ofrece.

—Señor, replicó la poetisa, el Conde ha concebido el error de que su sobrina y no yo fué la que pidió á V. M. la libertad de Camoens, y vengo á suplicar á V. M. que se digne aclarar la verdad del hecho.

—A ver, Conde, ¿qué es eso que te he dicho yo?

—Señor, que mi sobrina vino á pedir á V. M. la libertad de Camoens.

—Cierto; esta sobrina.

—¿Qué sobrina? yo no tengo mas que una.

—Luisa.

—¿Luisa?

—¿No es tu sobrina?

—Mi sobrina se llama Catalina.

—Pero Luisa Sigea... ¿no me has dicho tú que era tu sobrina?

—Señor, perdóneme V. M., pero yo no podia decirle semejante patraña.

—¡Ah, ya! ¿con que no es tu sobrina? Yo entendí mal. ¿Pues por qué hoy solicitas con tanto empeño una audiencia para ella?

—Por la misma razon de que no es mi sobrina. Yo, señor, no pido gracias para mí ni para los mios. Cuando pido es siempre para los agenos.

—Vaya, eso es otra cosa. Luisa, puedes retirarte, puesto que el Conde está satisfecho.

—No, señor.

—¿Pues qué mas quieres?

—Que oiga V. M. á Luisa Sigea. La han calumniado. Ha perdido la gracia de sus Reyes y de la Infanta, y necesita saber la causa de ello para justificarse.

—Eso no es posible, Conde, porque sabemos un poco de latin... y... ha sido mucho, mucho arrojo...

—¿Pero cuál?

—¡Por qué has hecho eso, muchacha! esclamó el Rey con una mezcla de indignacion y de piedad que conmovió á la Sigea.

—¿Qué, señor?

—¿No sabias, criatura, prosiguió el Rey con acento paternal, que entendemos el latin, qne en la córte hay muchos que lo entienden, y que esto debia saberse al instante?

—Señor, la Reina me ha hablado tambien de que V. M. sabe latin, pero no he podido comprender por qué esto ha de hacerme á mí delincuente.

—¿Niegas que eres tú? clamó el Rey con acento de cólera.

La Sigea se encogió de hombros, y el Conde impaciente hechó á rodar la caja de tabaco que D. Juan tenia sobre la mesa.

—No sé nada, señor, dijo despues la Sigea; y por lo que mas ame V. M., le suplico que me diga, en fin, cuál es mi delito.

El Rey miró atentamente á la Sigea, y luego dijo señalando con el dedo á un libro que habia sobre su mesa:

—Allí está tu libro.

—Mi libro. Señor, ¿qué libro?

—¿Qué has escrito?

—Varias cosas.

—Veamos.

—En primer lugar, cartas en latin, en griego, en hebreo, en siriaco, en arábigo, en español y en portugués. He compuesto un libro filosófico, esplicando la diferencia que existe entre la vida cortesana y la del campo, sacando consecuencias no muy lisonjeras para los reyes y los cortesanos. Para dar alguna doctrina á este libro, he copiado sentencias de Platon, de Aristóteles, de Jenofonte y de Plutarco, y he citado á los profetas, trasladando al latin el testo hebreo (a).

(a) Alfonso de Madrid, historia de la ciudad de Palencia.

—No es eso; continúa.

—He escrito una obra para consuelo de los desgraciados que gimen en la inquisicion…

—Tampoco es eso.

—¿Sobre escultura?…

—No.

—¿Verdad que puede haber en la oculta ciencia de mágia, adivinanza, hechicería?…

—Nada de eso.

—Lo último que he escrito es el poema describiendo á Cintra (1).

—No, nó: eso lo sé yo de memoria.

Y el Rey comenzó á recitar en buen latin:

«Est locus, occiduas ubi sol aestivus ad oras
Inclinat radios, nocte premente diem
Occeanumque petit, cumque inveltus eburno
Jam cursu lassos æquore tingit equos.»

—¡Gracias, señor!

—¡Oh esto es magnífico; esclamó el Rey entusiasmado, es lo mejor que tú has compuesto. Yo no creo que haya en el mundo otra cosa mas bella que Cintra ni otro poeta que pudiera descri-

(1) Este libro existe manuscrito de letra de la autora en la biblioteca del palacio arzobispal de Toledo y consta de 125 páginas.

bir su belleza tan bien como tú. Por eso continuó el Rey, tornándose tristemente al libro que antes habia señalado, he sentido doblemente que te estraviases...

—Pero, señor...

—Acaba de decir cuánto has escrito.

—He empezado tambien una tragedia y una historia. De la tragedia no tengo mas que el primer acto; la historia la empezé cuando tenia diez años y la continuo ahora, pero nadie la ha visto sino el Cesar...

—¿Qué mas?

—Absolutamente nada mas, señor.

—Castanheira, dijo el Rey con impaciencia, dame ese libro.

Tomó Costanheira el libro indicado y lo entregó al Rey, quien lo abrió por la primera página y lo mostró á la Sigea, diciendo:

—Hele aqui...

—Y bien, señor...

—Lée.

Leyó la Sigea la primera página y retrocedió sorprendida y avergonzada; su rostro se puso de color de grana y sus ojos chispearon de indignacion.

El Rey cerró el libro.

—Señor, dijo la Sigea con un tono de hondo resentimiento que remedaba á la amenaza, si yo pudiese proponer un reto, aun cuando V. M. tiene una corona, yo le pediria cuenta del sonrojo que acabo de recibir. No puedo retaros; añadió con desaliento; soy muger. Pero esta misma debilidad, señor, nos ha dado un derecho, el de reclamar el amparo de los caballeros.

Yo elijo á V. M. por campeon. ¡Firme V. M. con su real mano la sentencia de muerte contra el autor de ese libro infame, y que abrasen su cuerpo y su alma las llamas pasageras de la tierra y las llamas perdurables del infierno!

Un largo silencio siguió á la imprecacion de la poetisa que hizo estremecer al Rey.

—¡Sí, una sentencia de muerte; repitió la Sigea, una sentencia de muerte contra los asesinos de la fama, contra los impostores que usan del nombre de una dama honrada para escribir vergonzosas frases que nunca hasta ahora han manchado mis ojos puros! ¡Una sentencia de muerte, señor, para el que me ha hecho el ludibrio de Portugal, y tal vez ya el ludibrio de España y despues el ludibrio del mundo! ¡Una sentencia de muerte para el que mata con una calumnia la gloria de mi sexo que he querido hacer brillar á

fuerza de penosas tareas, de fatigosos insomnios, destruyendo mis fuerzas, aniquilando mi vida! Porque, señor he sido sola para disipar mi ignorancia, sola para esclarecer mi inteligencia, sola para elevar mi espíritu. Diez años hace que cuando en Toledo todas las luces se apagaban, una luz ardia perenne en mi aposento. Era la luz que alumbraba mis libros. Allí en la ciudad medrosa, envuelta entre las nieblas del Tajo, rodeada de ruinas, he sostenido mi propio aliento con mi propia fé y he iluminado la razon agena con mi propio pensamiento. He sido maestra de los que no sabian nada, amiga de los que sabian algo, perseguidora de los que no querian saber. Vine á Portugal y estuve cinco años consagrada á la enseñanza de una ilustre Princesa, y reuní en torno á la vez un centenar de discípulos. Mi alma está rendida por el esceso de su actividad y de su abnegacion, y aun he vuelto á prestar mis últimos servicios. ¿Y pensais, Rey D. Juan, que por la malicia de un villano enemigo voy á permitir que se hunda en el fango el nombre que heredé noble de mis nobles padres, y que he ensalzado yo misma á espensas de mi ser? ¿Pensais, Rey D. Juan, que he acortado los años de mi vida reduciéndolos á la mi-

tad, acaso, para alcanzar el oprobio en vez de la gloria de la posteridad? ¡Ah, no! vos sois justo, y vos me dareis firmada una sentencia de muerte para el autor de ese libro!

El Rey estaba estupefacto oyendo á la Sigea, y el Conde maravillado de tan osado apóstrofe. Nunca sino cuando él mismo hablaba habia oido hablar con tanta osadía.

—Luisa, dijo el Rey con manso acento, serénate; mi corazon me dice que eres buena, que eres inocente, y que todos hemos sido juguetes de una impostura. Pero ¡vive Dios! prosiguió levantándose, que es preciso saber quién ha sido el impostor.

—Señor, yo necesito el libro... la letra puede ayudarme á descubrirlo.

—Bien; llévalo, y haz tus indagaciones.

La Sigea tomó el libro, aunque con visible repugnancia, y saludó al Rey, que le concedió una de sus mas bondadosas sonrisas.

—Ahora, dijo el Conde, voy á poner en libertad á mi pobre sobrina, á quien tengo encerrada por...

—Por viveza tuya; interrumpió el Rey.

—No, sino por falta de viveza de V. M.; replicó Castanheira.

—¡Es verdad! ¡siempre tengo yo la culpa de todo! esclamó el Rey.

—¿Pues quién podia figurarse que V. M. no conociese aun á las damas de la córte?

—Sí, eso sí, respondió el Rey acercándose á un gran mapa que tenia estendido sobre la mesa; conozco que asi sucede, pero es, Conde, porque el estudio me tiene absorvido. Yo ciertamente no nací para Rey, sino para...

—Para *marino;* concluyó Castanheira mordiéndose los lábios.

—Justamente; ¡para marino!

---

## CAPITULO II.

---

### Un amigo fiel.

Hemos dicho varias veces que nada hay tan cándido como el corazon del poeta, y hemos tenido ocasion de repetirlo en la primera parte de esta novela, con relacion á Luis de Camoens, que creia en la buena fé del fraile Juan Meurcio. Teniendo presente la verdad de esta observacion, se podrá solamente comprender el espíritu de inefable confianza y de sana amistad que animaba á Luisa Sigea, cuando al entrar en su aposento, de vuelta de haber visitado al Rey, dejó

sobre la mesa el libro apócrifo, tomó la pluma y escribió á Juan Meurcio.

«Mi buen hermano: estoy atribulada con una gran desgracia que, sin saber cómo, se ha entrado por las puertas de mi vida, tan apacible siempre. Necesito de vuestros consejos para conjurarla, y os espero al instante.

Vuestra hermana y humilde servidora.

Luisa.»

Poco se hizo esperar Juan Meurcio despues del recibo de esta carta. Venia, como siempre, con aquella impasibilidad en el rostro que le hacia parecer un cadáver magnetizado. A mí me espanta esta especie de hombres que creo ver levantados del sepulcro, y cuyos movimientos y sonido de voz me sorprenden cada vez que se mueven y cada vez que hablan, como me sorprenderian los movimientos y la voz de un difunto.

Luisa Sigea habia esperimentado en un principio impresiones semejantes; pero como los años, el estudio y el contacto de la sociedad no hacen sino embotar nuestros delicados instintos, sucedió que, temiendo ser injusta si cedia al movimiento irreflexivo de su alma, fué poco á poco venciendo su aversion, y dió en el estremo en

que dan ordinariamente los seres que sienten con vehemencia: por ser generosos, son imprudentes.

El familiar bendijo con suavísima voz á su buena hermana, haciendo sobre su frente la señal de la cruz, y tomó asiento á su lado con misteriosa gravedad.

La escritora habló en estos términos:

—Nadie mejor que vos, hermano, conoceis mi vida, y sabeis cuán modestamente he sido educada, y de qué honesta manera he escrito lo que mi entendimiento ha creido provechoso para las almas. Vos que habeis tenido la paciencia de leer mis manuscritos, sabeis que nunca mi pluma se deslizó con frase alguna indecorosa ni atrevida, ni siquiera de equívoca significacion. Pues bien, hermano, háse escrito un libro poniendo al frente mi nombre, y remedando mi letra y mi manera en el decir, que es el escándalo del pensamiento.

Este libro ha llegado hasta la real cámara, y S. M. se ha servido entregármelo para que descubra al vil autor. Vedlo, examinad su letra, leed algo si podeis, para observar su estilo, y despues ayudadme.

Tomó el libro Juan Meurcio, lo colocó sobre sus rodillas, sacó lentamente sus anteojos, y fijó su vista en el manuscrito.

Leyó algunas páginas, hojeó otras, se detuvo de tiempo en tiempo para meditar, y despues dijo con melancólico desden:

—¡Válgame Dios, hija mia! ¡Y es posible que semejante aborto de cabeza enfermiza haya podido atribuirse á vuestro claro y firme y razonable entendimiento! Este libro no es únicamente malo porque dice malas palabras, es malo tambien porque esas malas palabras estan mal dichas. No es solo malo porque es malo: es malo, porque es necio. Nadie sino quien no lo lea (y eso no os perjudica) puede creer que vos lo habeis escrito. La córte de Portugal es docta; se conocen vuestras obras tanto como en España, y ni aqui ni alli osará la calumnia deslustrar vuestra fama con una fábula vergonzosa. Tranquilizaos. Vuestro pudor se alarma sin motivo; combatís á un fantasma tratando de descubrir á un enemigo. Ese pobre enemigo no os ha hecho daño. Se lo ha hecho á sí propio. El Señor tenga misericordia de su perversidad. Perdonadle, y orad por él! Esto es lo que cristianamente puedo aconsejaros. Esto es lo que cristianamente os ordeno.

Calló Juan Meurcio, y la Sigea enjugó dos lágrimas que acudieron á sus ojos á tan edificante amonestacion.

—Es verdad, dijo con dignidad y entereza; teneis razon, hermano; yo debo despreciar la calumnia y compadecer al calumniador. No se hable mas de ello.

Y tomando el libro lo arrojó bajo su estante.

—Ahora, dijo el fraile, hablemos un poco de ese pobre Luis de Camoens. ¿Dónde ha ido? ¿Qué noticias teneis de él?

—Partió para Africa, y aun no he tenido noticia alguna.

—Lo siento. Es un jóven digno de buena suerte. Rico ingenio, bravo corazon, bella crianza. A veces su natural viveza le hace estraviar el juicio, como cuando pensó que yo le habia hurtado sus papeles... pero al instante que volvió de su error, ¡con qué grandeza me pidió disculpas! ¡qué lealmente me ofreció su amistad!... ¿Y no sabeis absolutamente cuándo será su vuelta?

—Si no le ha sucedido desgracia alguna, dentro de veinte dias estará aqui.

—Me alegraré mucho... ¿Teneis algo mas que mandarme?

—¡Oh, gracias, hermano! quisiera saber de... de... un desgraciado herido á quien el tribunal...

—Ha condenado á ser quemado vivo.

—¡Ah!

—Pero sosegaos un tanto. La condena no se cumplirá tan pronto, porque la imposibilita su estado de agonía. ¿Quereis algo mas?

—Gracias otra vez!

—Dios os guarde.

—Que él os acompañe.

Desde la habitacion de la Sigea se dirigó Juan Meurcio á casa de otro familiar amigo suyo.

—Hermano, le dijo: si quereis ser útil á la santa iglesia, como católico celoso, ocasion teneis ahora.

—Sabeis, hermano, que estoy siempre dispuesto á servir á Dios.

—Ya lo sé, y por eso vengo á proporcionaros una buena coyuntura.

—Gracias, hermano.

—Id á palacio. Preguntad por la habitacion de Luisa Sigea, maestra de la Infanta, penetrad en su gabinete de estudio, y en nombre del Santo Oficio apoderaos de todos los libros, manuscritos y papeles que encierre, dando inmediatamente cuenta al Tribunal.

—Es decir, á vos, hermano, que sois *revisor y visitador de las librerías por el Santo Tribunal.*

—Eso es, á mí. Haremos nuestro exámen para ver si hay alguna obra que desdiga de la pureza de nuestra santa fé, ó del respeto, decencia, edificacion, decoro y piedad que conviene á los católicos, y si asi fuese, castigaremos como es debido á la persona ó personas que resulten culpables.

—Está bien, hermano; por mí no se perderá la coyuntura de hacer algun nuevo *auto de fé* que sea grato á las gentes piadosas. Los portugueses no ceden á los españoles en esto que dijo Genebrardo... *Expugnere infideles et paganos.*

—Asi lo creo, hermano; constantemente habeis sido uno de los mas exactos en el cumplimiento de los sagrados deberes.

—Dios os pague, hermano, la piadosa creencia que teneis de mí, y que procuraré conservar con mi celo.

—Ea pues, marchad, hermano, y que el Señor os guie. *Fidei murum.*

—Sí; *Fidei murum.*

Separáronse los dos familiares. Juan Meurcio marchó á su casa á esperar el aviso de fray Pardiño, que asi se llamaba el otro, y fray Pardiño á la habitacion de la Sigea, que se hallaba ausente en aquel instante.

Llamó á la puerta el familiar, acompañado de dos *soldados de la fé*, y salió un paje.

—En nombre del Santo Tribunal, dijo, franqueadme todos los aposentos.

Obedeció el paje aterrado, y el familiar empezó su rigoroso escrutinio.

Apoderóse de todos los libros y papeles que contenia el gabinete de estudio de Luisa Sigea, descerrajando los estantes y haciendo pedazos las gabetas; y despues hizo un registro en todos los aposentos de la casa, concluyendo por la alcoba, donde en un velador halló un libro de devociones y algunos papeles escritos con lápiz. Abrió el armario, y no encontró sino los vestidos de Luisa; en los cajones del tocador, peines y agujas: no contento con esto, trastornó el lecho para ver si entre los colchones se escondia algun libro; pero convencido de que nada mas podia descubrir, salió, despues de haber entregado libros y papeles á los *soldados de la fé*, dejando á los sirvientes de Luisa Sigea descoloridos y temblando de pavura.

Algunas horas despues de esta escena entraba Juan Meurcio en el palacio del Infante cardenal D. Enrique, inquisidor general del reino. Hallóle escribiendo para el tribunal, y mas páli-

do y abatido que de ordinario, é hizo al ver al fraile un imperceptible gesto de dolor, como si el fraile fuese una de las espinas que clavasen diariamente en su corazon blando y sensible.

—¿Qué hay, hermano? preguntó.

—Nada bueno, señor:

—¡Siempre malas nuevas!

—Otra denuncia.

—¿Contra quién?

—Contra una dama de la córte.

—¿El denunciador?

—Yo mismo.

—¡Triste mision!

—¡Muy triste!

D. Enrique dejó la pluma con aire de desaliento, y apoyó su espalda contra el sillon de baqueta negra.

Sus diáfanos ojos azules se cubrieron de sombra, y su tersa frente se plegó, como si bajo el cútis hubiera discurrido fuego.

El fraile advirtió su emocion, y gozó interiormente del tormento que iba á dar á aquella alma noble y generosa.

—Vamos, hermano, dijo D. Enrique; cumplid vuestro deber.

—El cumplimiento de este deber, replicó el

fraile con aire compungido, es hoy bien duro para nuestro flaco y endeble corazon; pero todo lo que es causa para servir á la magestad divina, exaltacion de la fé, blason de la iglesia, lleva en sí fuerza y heroismo que nos eleva por cima de nuestra humana condicion. Asi yo tengo aliento para denunciar á una á quien quise como á hermana, enseñé como á discípula, y bendije como á sierva de Dios antes que su espíritu se pervirtiese por instigacion de Satanás. Esta es, señor, Luisa Sigea, que ha manchado sus manos escribiendo un infame libro.

La iglesia está escandalizada con tamaño agravio hecho á la honestidad, y reclama un pronto castigo.

El libro está escrito en latin, y lleva al frente el nombre de la autora.

—He oido, replicó D. Enrique, hablar de ese libro; pero la austeridad, la virtud, la sabiduría de la dama á quien se atribuye ha puesto candados á mi credulidad. Trátase de una doctora, maestra de la Infanta, recomendada de el Emperador, protegida de la Reina, y el Tribunal, hermano, ha menester de un delito auténtico para decidirse á herir la fama de persona tan respetable. Esta es la razon por lo cual, sabiendo la

existencia de ese libro, ninguna persona ha osado denunciarle, y la córte ha guardado silencio. El corazon de todos se rebela contra la idea de creer á la célebre y honesta dama autora de cínicos escritos. Todos hemos cerrado nuestros ojos y nuestros oidos á la voz que suena como voz de calumnia, y todos la hemos absuelto en lo íntimo de nuestras conciencias.

Ni estas palabras, ni el tono con que D. Enrique las pronunció, eran seguramente lo que convenia á el cargo de inquisidor general, que la desgracia le habia conferido; asi es que Juan Meurcio replicó con audacia.

—Hizo Trajano un decreto en que mandaba que en adelante se castigasen los cristianos acusados de serlo, pero que no se hiciese pesquisa de los que lo eran, y esclamó Tertuliano. *¡O sententiam necesitate con fussaro negat inquirendos ut inocentes, et manda puniendos ut nocentes!* Tú (¡oh, Santísimo Tribunal!) y tus jueces como inquisidores buscan los enemigos de Dios, y como jueces castigan á los reos, siendo mas admirable y sin duda especialísima providencia divina, que tan escondidos y acautelados los halles, y que á los que una vez has hallado con tanta misericordia y vigor los castigues.

Nada puede ser mas repugnante y doloroso para un alma verdaderamente cristiana, como lo era la de D. Enrique, que el ver cometer iniquidades en nombre de la religion. Aquel lenguaje hipócrita que oia en los actos de crueldad le estremecia mas que las blasfemias, y así se hallaba entregado constantemente á todos los martirios del remordimiento en el mismo instante en que cumplia con su imprescindible deber.

Cuando echo una mirada á los siglos pasados y veo en Portugal al Infante cardenal D. Enrique convertido en verdugo, un sentimiento de piedad me lleva á compadecer á los malaventurados inquisidores de todos los reinos. Nobles figuras que aparecen en la historia como instrumentos de un fanatismo que ellos mismos no podian resistir, su tremendo poder me causa pena y su siniestra magestad me infunde lástima. Semejantes á los magnetizados, ellos sentian discurrir por sus venas el irrechazable fuego que los hacia fanáticos. Los *autos de fé*, el mismo brillo y calor de las hogueras establecian una corriente eléctrica que dominaba á las gentes y las conducia á presenciar el horrible espectáculo del *brasero*, donde estaba reservado á los Reyes el privilegio, no envidiable, de enviar el primer haz

de leña que habia de quemar á las criaturas vivas.

Estos espectáculos habian sido causa del estado en que se hallaba el Infante cardenal. Quebrantada la salud, convulso por la escitacion nerviosa y con el infortunio que tenia en el alma retratado siempre en el semblante, si hablaba parecia por su espresion que iba á esclamar un ¡ay! si mostraba una sonrisa parecia que entreabria los lábios para recibir una gota de hiel.

Esta vez al oir al fraile se sonrió tambien como para tragar no una gota sino una copa de hiel.

—Sí, á Dios gracias, prosiguió el familiar, todos los que pertenecen al Santo Tribunal son celosos defensores de su honra. El reverendo Fray Pardiño noticioso de la existencia de ese libro ha ido á sorprender el secreto que lo guardaba en la misma habitacion de su autora y ha venido á mí como *revisor y visitador que soy de las librerías por el Santo Tribunal*. El libro ha sido examinado y obra en mi poder.

—Bien, contestó el Infante, haciendo un esfuerzo. En ese caso y resultando sospechas de culpabilidad contra Luisa Sigea, obrad segun la justicia del Santo Tribunal. Pero (añadió casi temeroso de

haber dicho demasiado) os recomiendo hermano la tolerancia, la indulgencia, la caridad. ¡Tened presente que todos somos pecadores!

El fraile bajó la cabeza humildemente y salió del aposento.

---

# INDICE DEL TOMO PRIMERO.



## PARTE SEGUNDA.



---

# LA SIGEA.

# LA SIGEA.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA CAROLINA CORONADO.




MADRID.

ANSELMO SANTA COLOMA: EDITOR.

1854.

IMPRENTA DE SORDO-MUDOS.

# CAPITULO III.

## Las brujas de Portugal.

Cada nacion ha tenido sus brujas, mas ó menos viejas, mas ó menos feas, mas ó menos embusteras, mas ó menos sábias; pero ningunas brujas han sido tan brujas como las brujas de Portugal.

En aquel pedazo de tierra colocado entre el mar y entre España han obrado los pasados siglos las mas estrañas hechicerías de que estan llenas las consejas.

Dotado el pueblo portugués de un gran fondo de espiritualismo y de poesía, ha sido siempre

inclinado á lo maravilloso y ha admitido la magia con mas amor que pueblo alguno de Europa, sin esceptuar á su misma vecina la supersticiosa España.

Algunos han creido reconocer en esta cualidad un síntoma de su ignorancia, como si la Alemania que es, despues de Portugal, el pais de los fantasmas y de los duendes, no fuese, á despecho de sus rivales, el pais mas sábio del mundo. Como si, volviendo los ojos á la antigüedad, no viéramos á la culta Grecia amamantando á las síbilas y como si, mirando por las llanuras del tiempo mas lejos todavía, no distinguiéramos sobre las arenas de la científica Egipto las huellas profundas de los primeros magos. Como si, limitándonos á los individuos, no observásemos que todos los grandes genios poetas ó héroes son grandes supersticiosos: Que Safo cree en la virtud de las aguas del Léucades, que Ossian cree en los espíritus de los muertos que vagan entre la niebla, que Alejandro consulta á los oráculos antes de dar la batalla, y que Napoleon cree seguro el triunfo de aquel dia porque ve al sol brillante como el sol de Austerlitz.

Como si dejando todavía á los genios y á los héroes para examinar otras inteligencias menos

sublimes, menos estraviadas por el entusiasmo de las altas pasiones, pero mas razonables, mas analizadoras, no viésemos á Catalina de Médicis haciendo esperimentos magnéticos para saber cuándo moriria el Rey, y á D. Enrique de Villena consultando á los astros y preparando redomas para hallar la virtud de eternizar su vida.

Una cosa hay que no saben los que dicen que los pueblos y los individuos son *suspersticiosos* porque son ignorantes, y esta es que la superstición es producto del talento como el humo es producto de la llama. Allí donde ha habido magos, síbilas, oráculos ó brujas, allí ha existido un gran foco de talento que despues de haber apurado las ciencias hasta el fondo y hallado que las cosas visibles y ordinarias no bastan á esplicar todos los fenómenos de la vida, han acudido á lo invisible y á lo estraordinario para hallar la verdad. La historia del mundo empieza por lo estraordinario, porque empieza por la Biblia, escrita por profetas. Allí estan todas las maravillas y todas las visiones. Allí se vé que la profecía es un don que ha pertenecido á los hombres cuando estos se hallaban mas cerca del estado primitivo; que la adivinacion era una facultad que Dios les concedia á veces, y que la inspiracion de los sue-

ños y de los presentimientos era para ellos lo que para nosotros la memoria y los recuerdos.

Tan cierto es que la supersticion no es producto de la ignorancia, que bastará esta observacion para comprenderlo. Ningun necio es supersticioso. Ningun ser que siente pasiones pequeñas, es tampoco susceptible de supersticion.

El sábio cuyo fin está cercano. La madre que da el último á Dios á su hijo próximo á perecer en el combate, la doncella que se separa de su amante para no volver á verle, son los que sienten presentimientos. Seres de órganos delicados, de fibras sutiles, de esquisita sensibilidad, que no pertenecen al vulgo, son los que sienten esas impresiones á que los ignorantes llaman *supersticion*.

Una de estas impresiones dominaba á Catalina de Attaide cuando se cumplió un mes de la ausencia de su amado sin haber tenido nuevas de su arribo á las costas africanas. Si debia sufrir la desdichada con semejante silencio, vosotras enamoradas lectoras debeis imaginarlo, porque los lectores nunca lo imaginarán. Hay cosas que yo nunca podré hacer entender á los lectores, que serán por otra parte (no lo dudo) susceptibles de

aprender todas las ciencias (empezando por las matemáticas), pero no estas cosas sencillas, hijas del corazon.

Catalina de Attaide vivia con su tio el Conde de Castanheira antes y despues de haber sido encerrada en el monasterio, en una clara y hermosa habitacion de palacio; pero aquel mes que habia transcurrido desde que su amante se embarcó, no fué para ella un espacio de treinta dias en que el sol sale treinta veces, sino una noche larga de treinta noches.

Las ventanas de su aposento daban sobre el Tajo y era en verdad preciso ser muy desgraciada para no hallar placer en la contemplacion de la bahía. Pálida, fria, inmóvil la enamorada portuguesa pasaba las horas y los dias con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyada contra la ventana mirando constantemente al ondulante y reluciente camino por donde atravesó el buque de Luis de Camoens. Cada dia veia cruzar multitud de buques semejantes á aquel; y á los que partian del Tajo al mar despedia con lágrimas, y á los que venian del mar al Tajo recibia con suspiros. Ya muchas tardes el sol se habia ocultado y la oscuridad de la niebla envolvia las embarcaciones y ella aun fijaba su mirada tenaz en el

punto casi imperceptible que se dibujaba en la remota llanura de las aguas, y en el cual era imposible distinguir la forma de un navío de la de una gaviota. Muchas veces, entre el vapor confuso de la niebla y de sus lágrimas, pensó que las gaviotas eran buques y se despechaba cuando acercándose veia disipada su ilusion; y otras veces los verdaderos buques le parecian las errantes aves engañadoras.

Sucediendo en esto como en todas las cosas de la vida, que cuando las mentiras nos han burlado se niega nuestro irritado juicio á creer en las verdades.

Esta tarde se hallaba Catalina mas preocupada que nunca con sus meditaciones. El sol habia tomado al ponerse un aspecto sangriento retiñendo de un fuerte color rojo los pabellones de nubes que se retrataban en las aguas tambien rojizas, y la luna parecia salir del fondo de estas como un escudo de fuego rodeado de un cerco blanquecino. Las aves, que cruzaban de un lado á otro de palacio, cantaban siniestramente, y entrando una desorientada en la habitacion de Catalina aleteó con tanta fuerza al bajar contra la pared, que hizo desprenderse una cornucopia y se rompió el espejo.

Agüero funestísimo en el sentir de las gentes de aquellos tiempos y del cual ni aun en los presentes me atrevo yo á burlarme, no sé si por debilidad de mi propia organizacion ó por respeto hácia las cosas antiguas.

Catalina miró aterrada los pedazos del espejo, volvió á mirar el aspecto del sol poniente y la faz temerosa de la luna y se puso á rezar con todo el fervor de su alma.

Las oraciones la sosegaron y se acostó y concilió el sueño, pero en la mitad de la noche se halló acometida de una pesadilla terrible. Vió á su amante con la flota en medio de los mares sosteniendo una encarnizada lucha con los moros enemigos. Centenares de alfanges brillaban sobre su cabeza. Su casco estaba hecho pedazos con el choque de las armas y la sangre brotaba á borbotones de su frente... Un alárabe saltaba sobre él con el alfange desnudo y descargaba un furioso golpe en su rostro.

Catalina dió un espantoso grito y se dispertó. El corazon queria escaparse de su pecho con los fuertes latidos que se repetian en sus sienes abrasadas. Saltó del lecho y empezó á dar vueltas por el aposento. Estaba como demente.

Tenia por dueña Catalina á Doña Graciana de

Macedo, novilísima dama de la corte, tan acreditada en los principios honestos, que iba á cumplir los setenta y nueve años sin haber dado ocasion á que los hombres la requebrasen. Es verdad que era alta como una fantasma, flaca como un esqueleto y calva desde que nació, y que tenia ademas otras prendas en su persona que le habian ayudado á conservarse casta á través del medio siglo y un tercio: pero como estas se ven por las cortes que á pesar de todo no llegan á alcanzar las difíciles hojas de la palmera, y si (creyendo en las crónicas de Portugal) Doña Graciana las alcanzó, no hay para qué detenerse á contemplar las circunstancias de la vírgen. El hecho es que asi como ella no tuvo amores, era acérrima enemiga del amoroso Cupido y por consiguiente de Luis de Camoens que habia tenido la audacia de decir un dia que «si él hubiera el poder del Dios rapaz habia de suprimir á las doncellas setagenarias, por ser este un abuso de la virtud.»

Tan pronto como oyó que Catalina se levantaba del lecho, acudió presurosa á ver la causa de su desvelo é inquietud, agenos del estado de calma que convenia á una doncella.

—¿Qué teneis? empezó á preguntarla, mientras se envolvia en un guardapies que tomaba en

el instante de ceñirse á su cuerpo el aspecto de una mortaja.

—Nada, señora... un sueño... no os incomodeis... no es nada.

Y Catalina pasaba las manos por su frente y sacudia la cabeza como para lanzar de sí aquellos dolorosos pensamientos.

—Mala cosa es, repuso Doña Graciana torciendo el hocico, para una doncella recogida que ni aun durmiendo la dejen sosegar los malos espíritus, á que llaman amores. Yo (gracias sean dadas á los reverendos padres que dirigen mi conciencia) nunca he sufrido por tales borrascas que traen á las niñas de ahora como á las barquichuelas cuando se alborota el Tajo. Es verdad que nunca me ha dado la manía por oir canciones ni...

—Señora, interrumpió Catalina, por el dia estoy siempre dispuesta á oir vuestras amonestaciones, porque este es el precepto de mi tio á quien jamás desobedezco, pero las horas de la noche se han hecho para el reposo y yo he menester de él... retiraos.

—Os he oido gritar, continuó la dueña, invocando el nombre de un enemigo de vuestro ilustre tio, y ved por qué acudí con tal presteza...

—Gracias, señora; ya he despertado y no gritaré mas.

—Oí claro, como os decia, el nombre de...

—Es inútil que lo pronuncieis, yo me acuerdo de todo...

—De Luis de Camoens...

—Basta, señora, repitó que deseo estar sola y que podeis retiraros.

—Bien, os dejo, pero si vuestro tio me pregunta, segun la costumbre, cómo habeis pasado la noche...

—Le decís que bien.

—Yo no debo mentir...

—Pues le direis que mal.

—Para ciertas doncellas no es pasarlo mal soñar con un amante.

—Le direis lo que os plazca.

—Le contaré lo que ha pasado; que despertásteis al cabo de la noche toda sobresaltada llamando...

—¿Y por qué quereis mortificarme?

—Yo no quiero sino cumplir mi deber.

—¿No podeis callar?

—Si me rogais que calle...

—¡Sí, os lo ruego!

—Callaré, pero sedme agradecida.

—¡Oh, sí!

—¡No me seais soberbia.

—¿No me veis siempre humilde?

—No mireis con malos ojos á mis amigos.

—¿A los frailes?

—A esos benditos que no se cansan de enviaros indulgencias que nunca quereis aprovechar.

—Sí señora, las aprovecho.

—¡Mucho! amando mas y mas al poeta.

—¿Y por qué no he de amarle?

—¡Ah, mal pecado!...

Retiróse Doña Graciana y recogióse otra vez Catalina.

A la mañana siguiente mientras que la dueña oia su misa como de ordinario, se confesaba, comulgaba y tenia sus pláticas piadosas con los reverendos, Catalina llamó á una de sus damas, confidente y depositaria de todos sus pensamientos y la ordenó que le acompañase á casa de las brujas.

—¡De las brujas, señora! esclamó espantada.

—Sí, de las brujas, ¿habeis estado otras veces?

—Y porque he estado me asombro que la ilustrísima señora quiera ir á verlas.

—¿Por qué?

—Viven en un zaquizamí...

—No importa.

—¡Son tan viejas, tan feas!...

—Vamos.

—¡Hacen tantos gestos, tantas visiones!...

—Yo no soy medrosa.

—Y dicen cosas tan horribles y tristes...

—Digo que quiero ir.

—Vamos, pues, señora.

---

## CAPITULO IV.

---

**Siguen las brujas de Portugal.**

Como en el capítulo anterior empecé hablando de brujas y no presenté en escena otra que lo pareciese sino la dueña Doña Graciana, habrá habido lector que, tal vez, imagine que Doña Graciana era bruja; pero tan ageno ha estado mi ánimo de calumniar á la noble dama, que me apresuro á hacer esta ligera rectificacion antes de empezar á hablar de las verdaderas brujas. Doña Graciana no lo era aunque lo parecia, como

muchas que hay semejantes que lo parecen y no lo son.

Las brujas de Portugal vivian en un barrio estraviado al norte de Lisboa y habitaban una especie de cueva seis ú ocho pies mas baja que el nivel de la calle, que tenia por nombre *rua d'as Ursas*.

Bajábase á este subterráneo por una estrechísima y oscura escalera, como la quisiera el demonio para hacernos bajar á su casa, y se entraba en una bóveda muy semejante á la de una mina, porque sus paredes estaban en bruto formando ásperas sinuosidades.

Aunque era la mitad del dia cuando Catalina y su dama bajaron á este estraño aposento, no se veia nada por la claridad del sol sino por la de una mortecina lámpara colocada en uno de los agujeros de la bóveda. No habia tapices y colgaduras de seda, pero sí de telas de araña bordadas de moscas que se agitaban entre los patudos insectos. Al entrar Catalina vió saltar multitud de ratas y sintió bajo sus pies el crugido de los asquerosos escarabajos que se rebullian por todo el pavimento.

Entonces retrocedió para salir, pero la puerta se habia cerrado tras ella.

—¡Dios mio, esclamó, adónde he venido!

—A una casa donde no te sucederá mal ninguno, respondió desde un rincon una especie de momia.

Era una muger de estatura gigantesca. Vestia una escasísima saya negra sujeta á la cintura y todo lo demás de su cuerpo se hallaba completamente desnudo; pero su cuerpo no parecia de carne sino de leña seca. El escaso cabello que tenia estaba tirantemente recojido hácia arriba y trenzado de manera que las puntas quedaban colgando como dos látigos que caian por su flaco y larguísimo pescuezo. La forma de su cara no habria sido ciertamente fea en su juventud, porque en el abril de la muger, cuando tiene frescura, las facciones mas irregulares son á veces las mas graciosas, como en el abril del campo las colinas mas escabrosas son las mas pintorescas, cuando estan cubiertas de verde. Pero asi que ha llegado el invierno se descubren los derrumbaderos y las descarnadas peñas.

A la belleza no hay que estudiarla en la juventud sino en la edad madura. No puede asegurarse que una muger de veinte años es hermosa sino porque tiene veinte años.

No hay que confundir la pasagera hermosura

de la juventud, con la verdadera belleza que existe aun despues que aquella ha fenecido. Pero no obstante, á los cien años ninguna muger puede ser hermosa, y la bruja, que tal vez no fué sino graciosa á los quince, debia ser y era horrible á los ciento. Sus mejillas estaban salientes en su parte superior, del mismo modo que lo estan las de una calavera; tenia la nariz roma y levantada y el labio inferior grueso y caido: empero lo que hacia de esta figura una figura estraordinaria no eran sus formas sino dos relámpagos continuos que tenia en ambos huecos de los ojos.

—Señora, dijo Catalina, con acento balbuciente, quisiera salir.

—Despues; replicó la bruja asiendo su mano y conduciéndola hácia un banco de tabla, cuando hayas sabido lo que deseas saber.

—Ya no deseo saber nada.

—Es tarde para arrepentirte de tu curiosidad; la que entra aqui no sale sino satisfecha.

Entonces la vieja dió un chillido y aparecieron otras cinco brujas vestidas como ella y casi con las mismas condiciones de gracia personal, solamente que no eran tan viejas y menos altas.

—Hermanas, dijo la primera bruja, esta *me-*

*nina* quiere leer en nuestro libro mágico. Ea pues, comenzad.

Asiéronse las cinco brujas por las manos dejando á la mas alta en medio y empezaron á dar vueltas por la cueva pronunciando palabras ininteligibles.

Quince minutos estarian así cuando la de enmedio gritó.

—Basta.

Entonces se detuvieron sin desasirse de las manos y esperaron todavía otros quince minutos hasta que dió señales de hallarse desvanecida. Cogiéronla y la colocaron sentada contra la pared del aquelarre é hicieron señas á Catalina para que se acercase á escuchar lo que iba á decir.

La bruja tenia los ojos cerrados, pero su semblante conservaba la misma espresion que si estuviese despierta.

—Vamos, la dijo una de las cinco, responde. ¿Quién está aqui?

—Catalina de Attaide.

—¿A qué viene?

—A saber de su amante.

—¿Quién es?

—Luis de Camoens.

—¿Donde está?

—En Africa

—¿Y qué le sucede? gritó Catalina olvidando su miedo.

—Una gran desgracia.

—¡Vírgen María!

—Una desgracia que lo separa de tí.

—¿Ha muerto?

—No.

—¿Vendrá?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Con la luna nueva.

—¿Y le veré?

—Como á una sombra.

—¡Ah, no!

—Y huirá de tí.

—¡Imposible!

—Para siempre.

En este instante llamaron á la puerta del aquelarre.

—Abrid, dijo la bruja, y nada temais.

—Abrid al santo Tribunal gritó una voz desde afuera.

Abrieron y á la indecisa luz de la lámpara resplandeció el pálido rostro del Infante Cardenal D. Enrique.

—Acércate, dijo la maga, vienes á prendernos porque te han dicho que somos brujas y que he predicho tu destino.

—Desgraciadas, replicó D. Enrique, ¿por qué os ocultais en esta cueva? ¿Qué artes infernales ejercitais aquí? ¿Sabeis cuál será vuestro fin si no abjurais de vuestros errores?

—La hoguera.

—¡Sí, la hoguera!

—Ya lo sé y te esperaba. Pero antes oye mi prediccion, D. Enrique.

—¡Silencio, no blasfemes!

—Oye mi prediccion.

—Nada escucho.

—Oye mi prediccion.

—Yo reniego de tu saber.

—Tienes que oirla.

—Mis oidos estan cerrados para toda hechicería: yo no atiendo sino á la palabra de Dios.

—¿Sabes tu destino?

—Dios lo sabe únicamente.

—Eso has respondido hace una hora al fraile Juan Meurcio que nos ha delatado al Tribunal.

—¿Cómo, tú sabes lo que yo he dicho?

—El fraile te ha llevado la noticia de nuestra prediccion. El fraile te ha dicho: «Las brujas

han celebrado sábado y han predicho que sereis Rey» (1) y tú has respondido:—«Ha mas de un año que la hechicera fué quemada por haber dicho eso.»—No, ha replicado Juan Meurcio, la hechicera vive y yo os conduciré á su aquelarre.»

—¡Poder de Satanás! esclamó D. Enrique, ¡no me intimidas; yo sabré destruirte!

E hizo la señal de la cruz.

—Es verdad, continuó la bruja, que tú y el Tribunal me condenásteis al *brasero*, pero ya ves que las llamas fueron mas piadosas que vosotros.

—¡Impostura! tú no eres aquella hechicera, tú eres otra.

—Soy la misma; mis huesos son de amianto; arden y no se queman já... ja... já.

—Te pareces á la otra, pero no eres ella; eres tal vez su hermana.

—Soy aquella que iba emplumada. Me acuerdo de cuando me colocaron sobre el haz de leña y empezaron á rechinar mis pies conforme se tostaban. Me acuerdo de como se retorcian mis brazos en medio de las llamas...

—¡Mientes! ¡Mientes!

—Me acuerdo de todos los dolores que pasé

(1) Tradicion de Portugal.

en el suplicio antes de que mis carnes se volviesen cenizas... ¡Oh, mucho sufrí, pero inútilmente, porque vivo para predecirte otra vez tu destino. Tu infalible destino.

—¡Silencio!

—¡Serás Rey! gritó la bruja con recia voz.

—Yo haré que esta vez te consuma bien la hoguera.

—¡Serás Rey cuando ya el viento haya esparcido hasta el último invisible átomo de las cenizas de mi cuerpo tostado en vuestro piadoso *brasero*...

—¡Vuelve tus ojos á la fé y aun te salvarás!

—¡Serás Rey y te acordarás de mí!

—¡Piensa en el Crucificado, insensata criatura!

—¡Serás Rey!... ¡Serás Rey!...

—Tú serás maldita!

—Tú serás Rey!

Un gemido penetrante que se repitió por el eco de la bóveda interrumpió este diálogo. Era que Catalina de Attaide sobrecogida por la emocion que le habian causado las palabras de la bruja se hallaba hacia unos instantes sin sentido en los brazos de su dama, y al volver en sí prorumpia en ayes.

—¿Quién se queja? preguntó el Inquisidor di-

rigiéndose hácia el rincon donde estaba Catalina. ¿Quién es víctima de esta infernal cohorte?

—Señor, respondió Catalina, por piedad sacadme de aqui, yo me muero.

Y perdió otra vez el sentido.

D. Enrique la tomó en sus brazos ayudado de la dama y la sacó del aquelarre. Depositóla en su litera, que esperaba á la puerta, y dando órden para que la condujesen á su palacio, marchó á pie detrás de ella.

Poco tiempo despues llegaron los esbirros del Tribunal y se llevaron presas á las seis brujas haciendo tapiar por albañiles la puerta del aquelarre.

No obstante, el que lea la historia de Portugal verá que la prediccion de la bruja se cumplió años mas adelante.

El Infante Cardenal D. Enrique *fué Rey.*

---

## CAPITULO V.

---

**Lo que sucede al que nace príncipe y no lo es.**

Yo he creido siempre que hay una raza de príncipes, como hay una raza de héroes y de sábios que trae su orígen desde los primeros siglos del mundo y que no se habia estinguido todavía en el siglo XVI. Pero sucede que esta raza de príncipes tiene su árbol genealógico dividido y subdividido en tan diversas y apartadas ramas y brotes y retoños, que no parecen en el bosque enmarañado de la sociedad vástagos de su verda-

dero tronco. A veces la semilla de este árbol es llevada por el viento á muy larga distancia de su tronco y á veces en una de sus ramas se injerta una distinta especie. Asi ha habido tantas guerras por los príncipes bastardos y asi han nacido del vulgo príncipes que han ocupado tronos.

Yo no sé, si como algunos dicen, será verdad que la raza de príncipes ha degenerado, lo que es incontestable es que la raza de príncipes se ha confundido.

De esta confusion han resultado muchas desgracias para los pueblos que tienen por príncipes á los que no lo han nacido; y muchos infortunios para los individuos que nacen príncipes y no lo son.

A estos pertenecia Luis de Camoens. Gallardo, altivo, generoso, espléndido, elevado en sus pensamientos, inquebrantable en sus nobles instintos, enérgico en su caracter independiente, habia nacido para dominar y para proteger.

Hasta sus defectos eran soberanos. Colérico con los miserables, impaciente con los tontos, no tenia pena en aplastar bajo su planta á los que le hacian leves picaduras de insecto ni de anonadar con su ironía á los que no entendian sus versos. Gustaba del lujo y de la ostentacion

y empleaba en sus vestidos y en el adorno de su casa cuanto hallaba de mas elegante, pero estaba pobre y se veia despues reducido á la mayor estrechez, teniendo algunos dias que acudir á la mesa de sus amigos, que lo recibian siempre con avidez y á quienes confesaba francamente que no se hallaba en aquel momento con recursos propios para alimentarse.

Una vez le aconteció salir de su casa con dos cruzados (1), que era todo su capital aquel dia, y hallando á un mendigo se los dió diciendo:

—Toma, amigo, puesto que al parecer eres mas pobre que yo.

Pero nadie hubiera adivinado que se hallaba á veces reducido al punto de la mendicidad si reparaba en su vistoso porte. Su gorguera siempre limpia y primorosamente rizada, sus greguescos del mejor terciopelo y la capilla y la rica espada le daban el tono de un verdadero príncipe si ya su gallardía y soberbio ademan no bastaran para que lo pareciese, aun vestido de harapos.

Para contraste de los que nacen como era Luis de Camoens pródigos, ireflexivos, descuidados, generosos, imprudentes, nacen otros á quienes

(1) Moneda portuguesa.

se apellida en general sensatos, precavidos y calculadores, pero que no son sino egoistas, frios y ruines. Hay niños que guardan su dinero y no lo gastan en dulces ni en juguetes, y hay otros que lo tiran entre las chinas del arroyo. De estos los primeros son los futuros *avaros*, los segundos los *pródigos*.

El tipo de los primeros me ha inspirado siempre una profunda aversion.

Bien sé que los segundos terminan siempre como Luis de Camoens por morir en la indigencia en tanto que los primeros dejan tesoros que les sobreviven, pero, lo repito, la *prodigalidad* nace de instintos nobles por mas que nuestra manera de vivir en el mundo la constituya en un defecto. Defecto de negligencia infantil hácia el peso, valor y uso de las monedas. Defecto producido por la frescura innata que tiene el corazon antes de hacerse el hombre *aritmético*. Defecto en fin de candorosa confianza en sus semejantes.

En alto grado tenia este defecto el príncipe de los poetas.

Habia reunido para el viaje de Africa cuanto dinero pudo, y este seguramente hubiera bastado á otro para dar la vuelta á Lisboa; pero se com-

prometió á pagar el viage de dos pobres soldados que marcharon con él, é invirtió otra razonable suma en socorrer á todos los infelices que se le presentaban en Africa.

Así se comprenderá cómo es que al abordar á Lisboa un buque portugués, se halló Luis de Camoens detenido sobre cubierta por no poder pagar el pasage.

—¡Vive Cristo, decia el Capitan, que teneis linda flema; os embarcais en mi buque como un caballero, no os pido ni un cruzado hasta la llegada y ahora os negais á pagar. Por esto sin duda habeis conservado la visera calada durante la travesía.

—En lo de caballero, replicó el príncipe de los poetas con melancólica calma, no os habeis engañado, y esa es mi desgracia; si no fuese caballero seguramente me hallaria en este momento mas rico.

—Así será, pero debeis comprender que es poco *lastre* la caballería para que mi buque os pueda traer y llevar sin otro ausilio.

—Lo comprendo.

—Por eso espero que me pagueis.

—Yo quisiera tener la misma esperanza, capitan, pero todo mi caudal son trescientos *reis*.

—¡Brava fortuna!

—Tal como es está á vuestra disposicion.

—¡Gracias!

—Y os perdono ademas que me hayais recordado mi pobreza. Si no me hubiéseis hablado de dineros no sabria que me hacian falta. Aunque realmente á mí no me hacen falta sino á vos y á los que me dan de vestir y de comer.

—Pues qué ¡demonio! pensásteis que en el mundo se vive de balde?

—No por cierto; harto convencido estoy de que hay que pagar con monedas, pero decid, amigo, ¿y cuando no se tienen esas monedas?...

—Se ganan trabajando.

—Pues bien, yo trabajo.

—¿En qué?

—En hacer versos.

—Pues tanto dá que os echeis á dormir.

—Yo pudiera pagaros en versos, que al fin, al fin, otro dia cuando se conozca mi nombre pudieran serviros de algo.

—¡Sí, vuestro nombre, Luis de Camoens! como si dijéramos el Preste Juan!

—¿Os parezco un tonto... he?

—No digo precisamente que seais un tonto, y creo muy bien que sois capaz de escribir versos;

pero hay muchos que puedan hacer versos como vos.

—¿Sí?

—El mejor poeta que tiene Portugal es primo mio, y ha compuesto esas coplas que yo canto.

—¡Hola!

—Ya veis que á mí no me sorprende el talento.

—No, ciertamente.

—Lo que necesito es que me pagueis.

—Sin embargo, no por eso es menos imposible.

—Posible ó imposible no saldreis de aqui sin pagarme.

—Pues teneis prisionero para algun tiempo.

—Sea.

—Y un prisionero gravoso, porque habeis de sustentarme.

—¿Yo?

—Para evitaros el crímen de matarme de hambre.

—Eso no, porque os echaria al agua.

—Justamente es esa la única resolucion que no podeis tomar.

—¿Por qué?

—Porque si osais poner mano sobre mí sois vos quien bajará al mar.

Aquí llegaban de su altercado cuando sintió

Camoens que rodeaban su cuerpo por detrás dos brazos al parecer amigos; volvióse y se halló con que eran los del fraile Juan Meurcio.

--Bien venido, padre, dijo alegremente.

--¿No sois Luis de Camoens? preguntó el fraile temiendo engañarse como el guerrero tenia calada la visera.

--Para serviros.

--Tres dias hace que vengo á bahía para recibiros, y doy gracias á Dios porque al fin habeis llegado. ¿Pero por qué no os descubrís?

--Es un secreto.

--Sí, es un secreto, añadió el capitan del buque, que yo solo conozco. No se ha querido descubrir porque no pensaba pagarme el pasage.

--¿Es posible, Camoens?

Camoens en vez de replicar dejó caer fuertemente su guantelete sobre la espada, á cuyo choque se retiraron algunos pasos el fraile y el capitan.

--No creo, dijo el primero con acento conciliador, que un caballero como mi amigo haya tenido intencion de faltaros; pero si por no tener á mano la cantidad debida no os ha satisfecho, aquí estoy para salir por fiador.

--Gracias, padre, contestó brusca y áspera-

mente el príncipe de los poetas; yo no he menester de fiador, porque aqui no hay deuda. Yo debia pasar el brazo de agua que corre entre Ceuta y Lisboa; para ello hay estas máquinas de velas y me vine como pudiera venir una gaviota sobre un palo del buque. El capitan sabe que he pasado sobre cubierta los dias y las noches recibiendo sobre mi armadura la lluvia y el sol, como sabe tambien que es un miserable en exijirme el pago de esta travesía. Yo no tengo dineros ni los tendré probablemente en toda mi vida. Así nada ofrezco en cambio de este pasage sino los trescientos reis que traigo conmigo, único resto de lo que llevé á Africa.

Diciendo esto sacó las monedas del bolsillo y las arrojó á los pies del capitan.

—Recojed vuestras monedas, dijo el capitan picado en su amor propio, é id con Dios.

Pero Luis de Camoens salió sin hacer caso de ellas, y se dirigió á la lancha donde estaban desembarcando los pasageros.

—Ahora, advirtió oportunamente Juan Meurcio, os serian de provecho para pagar el bote las monedas que habeis dejado en el suelo.

—Es verdad, hacedme el favor de ir á recogerlas.

--Iré, porque bien sabeis que Jesus se bajó por menos.

--Sí, y compró aquellas cerezas que Pedro tragaba con tanto gusto. Yo me parezco algo á Pedro; si me dan las cerezas las como; pero á la verdad no os hallo muy parecido á Jesus aunque os bajeis por el dinero.

--¡Sois siempre el mismo, Camoens!

Poco despues atravesó la barca conduciendo al príncipe y al fraile, pero la parte de pago que correspondia al *príncipe* importó mas de los trescientos *reis* y tuvo otra pendencia con el barquero.

---

## CAPITULO VI.

### El secreto de Camoens.

Luego que desembarcaron dijo Camoens al familiar que tenia que ir á ver á Luisa Sigea.

—Dudo mucho que podais verla, replicó Juan Meurcio, porque está presa.

—¿Presa? ¿en dónde?

—En una cárcel del santo Oficio.

—¿Y por qué?

—Hásele atribuido la escritura de un libro deshonesto.

—¡A la Sigea!...

—De un libro infame...

—¡Oh, eso es una calumnia!

—Calumnia, por supuesto.

—Que será bien pronto destruida.

—Sí.

—Es preciso salvarla.

—Eso quisiera yo.

—Vos podeis mucho.

—Os engañais, yo no puedo nada.

—Podeis por de pronto conducirme á su prision.

—Eso menos que nada.

—¿No sois familiar?

—Sí, pero eso no basta para...

—Para todo, ¡vive Dios! ó quereis ó no quereis.

—Ya os alborotais...

—Paréceme que tenian razon los que me contaron...

—¿Qué?

—Yo no sé qué historia de amores...

—¡Camoens!

—¿Y quién sabe si en efecto sois enemigo de la poetisa?

—¿Yo?

—¿Y quién sabe si ese libro?...

—¿Cómo... osareis?...

—¡Sois fraile, Juan Meurcio!

El familiar no se puso amarillo porque lo estaba siempre, pero su amarillez tomó un tinte verde como el de los lagartos.

—Serenaos, buen poeta, dijo afectando un aire amable y ligero; no vivís sino teneis veinte pendencias al dia; pero conmigo no os ha de valer vuestra viveza; veremos...

—Es que hablo sério; replicó Camoens como herido repentinamente por una idea luminosa; primero he desconfiado de vos, luego creí haberme engañado y ahora vuelvo á sospechar...

—Os lo perdono.

—No se trata de eso; con vuestro perdon ó sin él yo quiero ver á Luisa Sigea y enterarme de lo que hay respecto al libro.

Juan Meurcio conoció que la cuestion iba tomando un malísimo giro y quiso variarla á todo trance.

—Pues bien, dijo con arrojo, os convenceré de que estais engañado llevándoos á presencia de la ilustre poetisa: ella misma os dirá si soy ó no buen amigo; ella será mi defensora.

Una hora despues de esto se halló en efecto

Luis de Camoens en la cárcel secreta donde habian encerrado á la Sigea.

No era una mala cárcel, tenia asientos y luz.

La Sigea se hallaba estudiando en un libro griego y en su rostro descolorido pero sereno se reflejaban á la vez los sufrimientos de su espíritu y la seguridad de la inocencia.

Abrió Juan Meurcio la puerta y entró el primero; Camoens le siguió sin levantar nunca la visera.

—Hermana, dijo Juan Meurcio; os traigo una visita que será muy grata á vuestro corazon.

—Gracias, hermano, respondió con dulzura. Sois muy bueno con esta pobre prisionera y espero que Dios os lo premie.

Pero reconociendo á Camoens, añadió vivamente.

—Dios mio, ¿no me engaño? Sois vos Camoens?

—Yo soy.

—Descubríos y hablad.

—Hablaré sin descubrirme, si me lo permitís, señora.

—Yo me retiro, repuso Juan Meurcio, para que hableis con libertad.

Era tan grato para los dos imprudentes poetas

hablar á solas de sus respectivos asuntos, que ninguna objecion pusieron á que marchase el fraile.

Salió este y Camoens habló así:

—Las galeras del príncipe Doria costeaban las plazas de Berbería cuando llegué al estrecho. Pero las nuevas que habian venido á Portugal de que el Emperador se hallaba en persona haciendo la guerra á Dragut eran falsas.

El Emperador se halla en Alemania, donde ha convocado la dieta, y vuestra carta no podia tener efecto sino enviándosela. Comuniqué al príncipe Doria el objeto de mi viaje ofreciéndole al propio tiempo mis servicios, y el Príncipe se encargó con urgencia de remitir la carta al Emperador.

Entonces la natural impaciencia que me causaba ver malogrados nuestros intentos se convirtió en corage contra los turcos, y ayudé á la toma de Susa.

Acordeme de vos, señora, un momento antes de acometer al Mahometano, porque habia estado contemplando el paisage que ofrecian las nubes encendidas por el sol de Africa y lo hallé digno de que lo describiéseis vos. Toda luz de otro cielo parece fria cuando se compara á aquella luz que abrasa la tierra de los moros.

Vos no podríais imaginar por lo que yo os describiese el magnífico espectáculo de aquella naturaleza irritada y chispeante, madre de esa raza de hombres que lanzados de España donde habian fabricado sus casas en el espacio de ocho siglos, se vuelven todavía como tigres á buscar á los hijos que dejaron en ellas. ¡Ah, que España no está aun segura de sus garras! Vuestra patria, señora (1) «la noble España, cabeza de toda Eu»ropa en cuyo señorío y estraña gloria ha dado »tantas vueltas la rueda fatal; pero á quien la »inquieta fortuna no podrá ni con maña ni con »fuerza darle yugo que no rompan el esfuerzo y »la osadía de los belicosos pechos que alienta.»

—¡Oh Camoens, bendito el labio que se mueve en alabanza de mi patria!

—Bendecid á Dios que os hizo nacer en España. La gloria corona todas sus empresas. Teneis por Rey á un héroe: teneis un héroe por capitan en el ejército de Méjico, y el influjo de estos dos héroes basta á dar ánimo y á engrandecer á todo el que nace en vuestra tierra. Cárlos V y Hernan Cortés ganan tambien las batallas á que no asisten porque los soldados ven al combatir

(1) Luisiada, t. I, pág. 86.

sus sombras. Asi Andrea Doria vence á Dragut. Doria tomó á Monester y á Susa y se dispone á tomar la ciudad de Africa. Causóme pena, os lo confieso, no poder acompañarle al asalto, pero en Lisboa debo esperar la respuesta del Emperador al pliego que Doria le ha enviado, y en Lisboa me teneis para cumplir vuestras órdenes. Espero que salvemos á nuestro amigo.

—¡Gracias otra vez, Camoens!

—No creia seguramente hallaros prisionera.

—Yo misma ignoro mi culpa.

—Parece que os atribuyen la escritura de un libro deshonesto.

—¿Ah, es por el libro?

—Eso me dijo Juan Meurcio.

—Pues me maravilla que no me lo dijese á mí...

—¿Cómo, no os lo ha dicho?... es estraño. Yo no sé, pero... este familiar...

Quedáronse ambos pensativos un instante, y luego dijo la Sigea:

—Si no os parezco indiscreto, quisiera saber, Camoens, por qué os obstinais en permanecer con la visera calada.

—¡Oh, replicó con amarga ironía, es por guardar un secreto á los turcos.

—¿Un secreto?

—Un secreto que no quiero que sepa Catalina.

—Yo no soy Catalina.

—Es verdad... ¿y vos sereis fiel en guardarlo?

—Os lo prometo.

—Habia determinado permanecer cubierto ante las gentes hasta mi próxima partida para la India, pero voy á descubrirme á vos. Vedme, prosiguió levantando la visera. Los moros me han quitado uno de los dos ojos que el cielo me dió para contemplar la belleza de mi amada.

—¡Cielos!

—¡Cómo, esclamó Juan Meurcio entrando, os han dejado tuerto!

—¿Y qué os importa? replicó el poeta colérico, dejando caer con recio golpe la visera de su casco. Pudiérase lamentar que me faltára un brazo si este fuese el que maneja la espada; pero un ojo, padre, un ojo teniendo dos y pudiendo ver con el otro, es un adorno supérfluo de la naturaleza.

—Ciertamente, añadió el familiar, abriendo mas los suyos.

—Adios, señora, ¿cuándo podré volver á veros?

—Preguntadlo al familiar.

—Cuando gusteis, replicó este.

—Gracias, Juan Meurcio.

—Mañana, pues.

—Bien, mañana.

Salió Camoens acompañado de Juan Meurcio y advirtió al salir que vagaban cerca de la puerta algunos frailes y esbirros. Advirtió tambien que el familiar habló en voz baja con ellos y por un movimiento instintivo puso mano á su espada en el momento mismo en que dos esbirros caian sobre él.

Juan Meurcio se retiró apresuradamente, y Camoens desasiéndose de los que le oprimian, descargó con su espada tan fuerte golpe sobre la cabeza de uno de ellos, que lo dejó sin movimiento.

Entonces como por encanto acudieron multitud de aquellos que llamaban la *milicia de Cristo* dando gritos de «¡al impío, al asesino!» Camoens blandió la espada en todas direcciones procurando tomar la salida, pero apareció Juan Meurcio acompañado de *soldados de la fé* cerrándole el paso y se vió estrechado por todas partes.

---

## CAPITULO VII.

---

**Mas sobre las bodas de la Infanta Doña María.**

Empezaba á susurrarse entre las beatas de Lisboa que iba á verificarse un gran *auto de fé* en el cual serian quemados mas de ochenta hereges y que habia entre ellos un caballero español muy bizarro y un poeta portugués y además una dama célebre que estuvo cinco años en la corte de Lisboa sirviendo de maestra á la Infanta y que se volvió á Toledo, su patria, por amoríos que

tenia con el Emperador Cárlos V quien cansado al fin de ella la habia enviado otra vez á la corte de D. Juan III.

Las viejas chismosas, y las mugeres feas y vulgares recargaban esta crónica con mil circunstancias escandalosas, porque la dama á quien se calumniaba era jóven, porque era bella y porque era célebre; tres circunstancias que no se perdonan nunca entre las del sexo femenino á la que tiene la suerte de poseerlas.

Referíanse las culpas de los reos de una manera horrible, dando por supuesto que todos merecian el castigo del *brasero*. Decíase que la dama, despues de haber escrito un libro lleno de infames palabras y habiendo sido presa en la cárcel del santo Oficio, llamó para que la protegiese al poeta portugués, y que este habia asesinado á un esbirro y dado de cuchilladas á un familiar. Cada cual declamaba contra la deshonestidad y vileza de la dama reo y esperaban con ánsia el instante de verla salir por las calles con el *sambenito y la coroza*.

Pero cuando estos rumores que empezaron á difundirse, como hemos dicho, entre las beatas se estendieron por todos los ángulos del pueblo y se supieron fijamente los nombres de la dama y del

poeta, la juventud portuguesa los acogió de muy distinta manera.

Hay una cosa que la mayoría del pueblo presiente en todas la naciones, y esta es la gloria de un brillante ingenio que aun no se ha dado á conocer sino por un ligerísimo reflejo, como se presiente la venida del sol por el resplandor del alba. El genio no es adivinado ni reconocido por los sabios ni por los reyes de cada pais hasta que ha adquirido un renombre, pero lo es por el pueblo cuando apenas ha comenzado su carrera. Este es un fenómeno moral cuya esplicacion no sé, pero que se verificaba en la corte Lusitana, como se habrá verificado en otras cortes donde haya sabios que cierren sus oidos á los acentos del poeta naciente, y reyes que entiendan tanto de poesía como el hijo de D. Manuel el *grande*.

Aunque Luis de Camoens no pareciese popular, se habia ya establecido entre el pueblo y él una secreta inteligencia que le hacia ser mirado con respeto y cariño donde quiera que fijase su planta, como si el genio tuviese desde la cuna un influjo eléctrico en los demas seres.

La verdad es que la noticia de que Luis de Camoens iba á ser quemado entre los hereges

produjo en las gentes, que aun no le habian dado pruebas ostensibles de su aprecio, una honda sensacion. Era como si de repente hiriesen una fibra en la que el pueblo no habia creido tener sensibilidad. Era como si se sintiese celoso de un objeto para el cual ignorase que tuviese amor.

Los marinos, los guerreros, aquella noble raza de donde salieron Gama, Balboa y los que llevaron la fama del portugués hasta el confin del nuevo mundo y hasta las entrañas de Africa, se alborotaron y fueron á elevar sus súplicas al Rey.

La corte se ocupaba en estos momentos de las bodas de la Infanta Doña María. El Cardenal trabajaba con ardiente celo por encaminar su voluntad hácia el cumplimiento de la órden del Emperador, pero habia hallado tan enérgica é incontrastable resistencia en Doña María, que empezó á creer que en su firmeza se encerraba una inspiracion sobrehumana.

Asi era en efecto; la Infanta aborrecia por instinto cuanto pudiese conducirla hácia una carrera esplendorosa, porque la vanidad no tenia asiento en su alma. Angélica Princesa nacida para la vida solitaria donde no la afligiesen la ambicion ni la tiranía, donde su caridad fuese ejer-

cida oscuramente, donde sus oraciones se exhalasen entre el misterio, donde su amor no tuviese mas confidente que Dios, Doña María rehusaba ser reina al lado de Felipe II porque queria ser santa lejos de él.

Reveló al Infante Cardenal sus aspiraciones, sus sueños, sus inefables deseos hácia la vida contemplativa y casta de las religiosas y concluyó una mañana asegurándole con heróica autoridad que cualesquiera que fuesen los resultados de su repulsa habia decidido contestar al Obispo de Agdas embajador de España, que no daria su mano al príncipe.

—Hermano mio, concluyó echándose á los pies del Inquisidor y regando sus manos de lágrimas, perdonad mi atrevimiento, tened lástima de mí y salvadme; yo moriré antes que ser la esposa de D. Felipe.

El Cardenal se espantó temiendo las consecuencias de semejante desaire, y creyó mejor tomar á su cargo la resolucion de este asunto haciéndose él mismo intérprete de la negativa para ocultar sus rasgos con el velo de la diplomácia, el mas tupido de todos los velos. La consoló tiernamente y la prometió librarla de aquel lazo que tan odioso la era.

Fuese á ver al Rey y lo halló ocupadísimo con el arreglo de una navegacion para la India oriental.

—Aqui estoy, dijo el Rey, hermano mio, trabajando dia y noche, como D. Manuel *el grande*, para llevar la marina al grado de prosperidad donde él la hubiese llevado si no dejara en mí tan mal sucesor. Pero suple mi voluntad á la escasez de mi ciencia y creo que en el dia entiendo algo de náutica.

—Sois por demas modesto, hermano mio, replicó D. Enrique.

—No lo penseis; tengo la conciencia de ser insuficiente para Rey, pero reconozco en mí la vocacion de marino.

Juan III al hablar asi no se equivocaba; solamente que su vocacion la calificaba con un nombre que no le correspondia. Su vocacion no era propiamente la del marino sino la del pato. Tenia aspiraciones á vivir en el agua y no eran nave y aguja lo que su persona necesitaba para cumplir con su destino, sino las alas y los remos del ave acuática.

El Cardenal lo conocia asi y se sonrió lastimadamente.

—Dios os ha colocado en el trono, repuso, y debeis conformaros, D. Juan.

—Y estoy conforme, D. Enrique: pero cada vez que dispongo una nueva navegacion siento impulsos irresistibles de hacerme almirante y dirigir mis naves por todo el mundo.

—Peligrosos impulsos que debeis reprimir por bien de vuestro reino.

D. Juan suspiró apartando tristemente sus ojos del mapa que no cesaba de mirar y estrechó la mano del Inquisidor.

—Vengo á veros continuó este para un asunto bien delicado.

—Ya lo sé.

—¿Cómo?

—Sobre los reos.

—¿Qué reos?

—Los dos poetas.

—¿Sabeis ya eso?

—Los marinos estan alborotados. Dicen que Luis de Camoens iba á partir en esta flota y que en vez de ello vá á ser quemado con la maestra de la Infanta y con los hereges, ¿sabeis que eso es grave?...

—Luis de Camoens ha quitado la vida á un esbirro.

—Sí, en defensa propia.

—¿En defensa propia; pues quien le atacaba?

—Los frailes.

—¡D. Juan!

—Como os lo digo. Esa pobre muchacha Luisa Sigea estaba presa por habérsele atribuido la escritura de un mal libro, y su amante fué á verla.

—¿Su amante?

—Sí, Luis de Camoens; que por supuesto no vale como poeta, pero que tiene grande aficion á viajar por los mares y que estaba decidido á ir á la India y, lo que es mas, apuntado por mi mano en la lista de los que habian de partir en esta flota. ¡Desgracia igual!... Es preciso que veamos cómo se le puede salvar.

—¡Qué decís! habiendo muerto á un esbirro!

—Repito que fué en su defensa. Hay un familiar que...

—Cuidado, señor, V. M. no se deje desorientar por calumnias.

—Os digo, señor Inquisidor, que hay un familiar que se llama Juan Meurcio...

—Ruego á V. M. que reflexione bien antes de juzgar á ninguno de los que sirven al santo Tribunal.

Celoso por el honor del Tribunal D. Enrique lo defendia siempre contra los ataques del Rey que sentia tambien en su cuello el yugo de aque-

lla institucion como lo sintieron hasta los reyes mas poderosos que él.

—Juan Meurcio, prosiguió con despecho, es el que ha calumniado á la poetisa suponiendo que ella era la autora del libro latino...

—V. M. medite...

—Estoy perfectamente informado. La poetisa ha sido víctima de una íntriga; la Reina lo sabe porque el mismo confesor, el reverendo Fray Juan Suarez, ha descubierto todo. La Reina ha venido á reclamar mi proteccion para la Española, y yo hubiera ido ya á veros si estos trabajos importantes sobre la navegacion no me lo hubiesen impedido.

Calló el Rey y el Inquisidor quedó meditabundo. De repente sus ojos resplandecieron con una espresion de bondad infinita.

—¡Ah, esclamó levantando su vista al cielo, si fuese cierto que son inocentes esos desgraciados de qué grave peso se aliviaria mi corazon! Tuércemelo y desgárramelo la idea de que tengo que condenarlos. ¡Oh, Dios mio; Dios mio! ¡Cuán duro es de cumplir el deber del Juez cuando somos humanos!...

Y luego volviéndose con viveza á D. Juan añadió:

—Dirigíos al Tribunal exortándole á que pida nuevas aclaraciones sobre los delitos imputados á los reos. Yo llamaré al reverendo Fray Juan Suarez de cuyo lábio severo no ha salido nunca una palabra que no sea verdadera, justa y sábia. Yo no descansaré hasta descubrirlo todo.

—¡Eso está bien; eso está bien, D. Enrique!

—Pero permitid que pase á hablaros del objeto de mi visita, que no era seguramente para hablar de los reos, aunque me doy el parabien de que hayais tratado de ese asunto... un momento de atencion, añadió, viendo que D. Juan volvia á tomar el mapa.

—Ya os atiendo.

—La Infanta no se halla inclinada á dar su mano...

—Es inútil, D. Enrique, interrumpió el Rey, que hablemos de eso; la Infanta dará su mano á D. Felipe.

Pocas veces D. Juan daba muestras de tan grande decision para los negocios, pero la que mostraba en este caso revelaba mas que otra cosa la estremada debilidad de su carácter. La sola idea de resistir á la voluntad del Emperador le asustaba. No obstante, D. Enrique contestó con entereza.

—La Infanta no dará su mano á D. Felipe.

—¿Quién podrá estorbarlo, preguntó D. Juan asombrado?

—Yo, replicó el Inquisidor, levantándose gravemente.

—¿Vos, de qué manera?

—Escribiendo hoy mismo al Emperador.

—Eso es otra cosa; si vos lo arreglais con nuestro augusto tio sin comprometer mi nombre...

—Nada temais.

—Yo me alegraré mucho.

—Solo pido de vos que deis una tregua á la respuesta que aguarda el Obispo de Agdas.

—¡Oh, eso es fácil, diciéndole que mis graves cuidados sobre la navegacion no me permiten resolverlo al instante... pero que en partiendo la flota... ¿Qué os parece, es buena disculpa?

—Escelente.

—El Emperador conoce ya el profundo amor que tengo á la ciencia que absorve mi vida, y no estrañará mi lentitud en resolver los demas negocios. Apuesto, añadió Juan III, sonriéndose con delicia, que D. Cárlos esclama al saber esto: ¡qué sobrino, qué sobrino; debia llamarse el rey *Gama!*

# CAPITULO VIII.

## El reverendo agustino.

Tres dias despues de esta escena mandó llamar el inquisidor Cardenal D. Enrique á Frai Juan Suarez.

Era la hora del mediodia. La fuerte luz del sol se quebrantaba contra las celosías y el cortinage de las ventanas del Tribunal y no alumbraba el gran salon sino con una claridad melancólica. Las paredes vestidas de tapices oscuros donde se representaban algunos dolorosos pasages

de la muerte de Jesus, los sillones forrados de baqueta negra y la pesada mesa de ébano que sostenia un crucifijo de tamaño natural, aparecian á esta media luz con una magestad imponente. La estancia estaba en un silencio y recogimiento igual al de las tumbas. Un ciego no hubiera podido percibir con su oido ejercitado el menor ruido que le advirtiese la presencia de un ser humano. No obstante, habia allí un ser humano, el mas humano de todos los seres, el Infante Cardenal.

Sentado en uno de los sillones en frente de la mesa con los ojos elevados al crucifijo parecia consultar con ansiedad profunda y tierna fé la infalible sabiduría del redentor de los hombres.

Parecia que entre la persona y el crucifijo se habia entablado una misteriosa plática de preguntas y respuestas que no se oian pero que se adivinaban. Parecia que el espíritu del mortal penetraba por un instante en las regiones divinas para esclarecerse.

--¡Oh Jesus! esclamaba en su corazon, amigo de la humanidad, cuyo amor no tiene límites, cuya gracia no se agota, escúchame, atiéndeme, guíame. Yo quiero ser justo, quiero ser bueno, pero no sé si lo soy, porque esta carga que llevo so-

bre mis hombros es demasiado grave para mi flaqueza. ¿Quién sabe si te ofendo cada vez que doy mi fallo para castigar á los hombres con los tremendos suplicios que los hombres mismos han inventado? ¡Ah, tú te dejabas crucificar por los malos y los perdonabas!

Tú, que eres todo perfeccion, eres todo piedad, todo mansedumbre, nosotros que somos todo imperfeccion, somos todo fiereza, todo venganza. ¿Quién nos ha dado el derecho de quemar á nuestros semejantes? ¿En cuál de las sagradas páginas donde se encierra tu celestial doctrina hay una sola palabra que ordene ni exorte la celebracion de estos *autos?*... ¿Por qué los suplicios? ¿Por qué la hoguera?

Deteníase y aguardaba por respuesta la inspiracion de un pensamiento.

Sus ojos inmóviles, su boca entreabierta, sus manos cruzadas le daban el aspecto de un mártir, de un santo.

—Pero yo cumplo mi deber, proseguia luego. Yo no hice estas leyes, las encontré hechas y las respeto. Yo no he solicitado ser inquisidor, me colocaron en el Tribunal y cumplo... ¿No es asi, Jesus? ¿No cumplo?...

Y aguardaba otro instante.

—Pero ¡ay! proseguia despues, ¿cómo ha de ser justo y bueno dar tormento á nuestros hermanos, aunque sean malos, aunque sean hereges? ¿Cómo ha de ser justo abrasar á los vivos... ¡Oh, no no, yo los veo, yo los oigo, mi alma está desgarrada... desgarrada!... desgarrada!

El rostro del Inquisidor tomó una espresion tan dolorida que por un momento se asemejó al rostro mismo de Jesus crucificado. Dos lágrimas, tan pesadas como las gotas que caen de las nubes y se consumen en las piedras abrasadas, en la mitad del estío, rodaron de sus ojos y se consumieron en sus mejillas descarnadas y ardientes.

Tal vez fué en uno de estos dias de meditacion cuando el pintor italiano trasladó al lienzo las facciones del Infante dejando á Portugal uno de los retratos que mas simpatías inspiran al estrangero.

A mí, á quien el nombre de *inquisidor* aterraba, recuerdo cuán hondamente me conmovió la serena y benévola fisonomía del Infante Cardenal donde antes imaginé ver una espantable figura. Solo examinando aquel tipo donde brillaban la inteligencia y la sensibilidad, pude comprender hasta qué punto llegaria el infortunio de los hombres condenados por su siglo al abominable

oficio de *inquisidores*. No eran ellos, no, los crueles. Era la época, era el pueblo, era la generacion.

Cuando pidamos cuenta á la historia de los crímenes que se han cometido, no nos ensañemos con los nombres de los individuos, indignémonos contra la humanidad entera que en algunos periodos de la vida del mundo ha llegado á encrudelecerse hasta el estremo de no consentir que ideas generosas y cristianas alienten en ningun pecho de mortal. Si habia inquisidores que decretasen los suplicios del *brasero*, era porque habia *pueblo* que asistiese á los *autos de fé*. ¿Qué digo? El pueblo era la fiera que pedia las presas para saciar su ferocidad de entonces. El antojo de los novelistas puede personificar en un rey ó en un inquisidoı la barbarie de todos aquellos hombres, porque asi se hace menos odiosa la especie; pero la verdad es que no eran los reyes ni los inquisidores, sino la nacion, esa tirana, esa cruel, contra quien se lanzan tantas imprecaciones.

Largo tiempo permaueció D. Enrique en aquella actitud y mas hubiera permanecido si no se abriese la puerta del salon dando paso al reverendo Frai Juan Suarez.

Con mucha dificultad podré dar idea á mis

lectores de lo que históricamente fué este bello tipo de la órden religiosa de los agustinos en el siglo XVII.

Prevenido siniestramente el ánimo sencillo contra el hábito frailesco y llena España de indignacion por el estado á que la redujo la tirania de los de la órden, son estos unos dias de reacciones violentas en que (insisto en ello) se juzga del individuo por la institucion y no es apenas dado tributar un justo elogio á los varones que se distinguieron por su virtud en aquella relajada milicia.

Conozco que Juan Meurcio es el tipo que conviene presentar en la novela contemporánea para conciliarse la simpatía de la mayor parte de los lectores, que gustan naturalmente de ver el papel de *traidor* desempeñado por un fraile; pero este conocimiento no me escusa de presentar al que ha entrado en el salon del Infante rodeado con la aureola de una gloria no menos verdadera que la ignominia de Juan Meurcio.

El reverendo Agustino tenia setenta años. Examinándose concienzudamente declaró un dia que se acordaba de haber mentido dos veces en toda su vida. Una cuando muchacho negando el haber tirado unas piedras á cierto perro que se

decia rabioso y otra asegurando que se habia comido unas cerezas que su hermano comió y á quien querian castigar por ello. De sus costumbres se sabia en Lisboa por tradicion que eran tan puras como las de un niño. Habia entonces, como ha habido siempre, muchos religiosos castos que no buscaban las tentaciones de las mugeres, pero solo se sabia de uno que no las huyera y este era Frai Suarez. Amaba á las mugeres porque eran sus semejantes, pero no las temía. La humanidad no tenia sexo para el imperturbable corazon del Agustino. La misma impresion le causaban el hombre, la muger y el niño. Para todos tenia igual caridad, igual amor.

La pureza de estos sentimientos, nunca empañada por la niebla de las pasiones mundanas, se revelaba en su rostro. A pesar de su ancianidad su frente apenas tenia arrugas y conservaba la blancura innata de la primera juventud. El cabello blanco y la blanca barba envolvian el rostro sereno y grave del religioso donde brillaban dos grandes ojos pardos con una luz pálida, dulce y melancólica como el sol de invierno sobre las montañas cubiertas de nieve. Era de elevada estatura y lo parecia mas por el hábito que arrastraba magestuosamente.

El Inquisidor se levantó y le dijo:

—Perdonad, hermano, si me he atrevido á causaros la molestia de que vengais hasta el Tribunal, y estad cierto de que no lo hiciera si no se interesase en ello la gloria de Dios.

—Es para mí, Señor, grandísima honra el pisar los umbrales de esta santa casa, y daria gran provecho á mi alma el poder serviros en algun punto de piedad, yo que soy el mas inútil de todos los siervos de Dios.

—Vos, hermano, sois el único que puede servirnos en este confuso laberinto de dudas en que se pierde nuestra conciencia despues de algunos dias. Vuestra palabra verdadera puede guiarnos. Pero antes, hermano, dirijamos una oracien al crucificado para que despierte vuestra memoria y afirme vuestras razones.

Arrodilláronse y rezaron fervorosamente.

—Estoy dispuesto, dijo el agustino cuando hubo terminado su oracion.

—Decid, hermano, cuanto sepais del libro que en latin corre manuscrito, contenedor de tantas obscenidades.

El religioso respondió asi con una voz firme y solemne que resonaba por las bóvedas del salon, como las notas sonoras de un órgano.

—Era la víspera de una fiesta consagrada á Nuestra Señora de los Dolores. La Reina habia manifestado su buena voluntad de que yo predicase el sermon y tuve necesidad de pedir á frai Meurcio algunos libros de testo, por hallarme yo poco provisto de ellos á causa de mis continuas peregrinaciones que no me permiten tener hogar fijo. Equivocóse Frai Meurcio en las obras que me envió y para ahorrarle nueva molestia yo mismo tomé los libros y pasé á devolvérselos rogándole que me permitiese escribir el sermon en su propia biblioteca.

Concediómelo y escribí mi sermon, haciendo copia y dejando el borrador en la mesa de Frai Meurcio, por haberme pedido que asi lo hiciese. Al dia siguiente prediqué lo que habia compuesto ayudado de mi cristiana fé y caritativo deseo.

Algun tiempo despues hice un viaje á *Torres novas* y perdí el manuscrito del sermon que llevaba para predicarlo entre aquellos fieles. Esto era el año pasado. Llegó la fiesta de este año y la Reina me manifestó el agrado que tendria en que repitiese el mismo sermon. Yo la referí como lo habia perdido, pero acordándome despues del borrador y queriendo complacer á la Reina pasé á ver á Frai Meurcio pidiéndole la merced

de que buscase el borrador. Estaba ocupadísimo en sus tareas de escritura, pero lleno siempre de cortesía hácia mi humilde persona se levantó y comenzó á registrar sus numerosas gavetas. Por fin entre muchos rollos de papeles halló uno que me entregó apresuradamente diciendo: «creo que es este... sí, este es... estoy muy de prisa.»

Yo le dí las gracias y marché sin examinar los papeles temeroso de interrumpir por mas tiempo sus tareas.

Así que llegué á mi casa deshago el rollo y comienzo la lectura. ¡Purísima Vírgen María! ¡Qué horrible latin era el que leian mis ojos! De letra de Juan Meurcio estaban escritas las mas deshonestas palabras que el pecador puede pronunciar. Aquello era el borrador de un libro no terminado.

Lleno de espanto y de dolor guardo el manuscrito y me pongo á orar pidiendo á Dios misericordia para el hermano á quien yo creia tan espiritual y tan casto como mi propio pensamiento.

Encomendé á otro padre la predicacion del dia siguiente y guardé silencio acerca de aquel triste descubrimiento.

Pero pocos dias despues comienza á divulgarse en la corte la escandalosa fama de un libro

latino que se decia compuesto por la maestra de S. A. Mi conciencia me advierte que se encierra en esta acusacion la mas inicua de todas las calumnias y busco ávidamente el libro que corre de mano en mano entre los nobles. Poco tardé en descubrirlo. La Reina indignada y afligida me llamó para comunicarme que habia resuelto despedir de la corte á la ingrata española que abusando de su proteccion se habia atrevido á escribir un libro latino que acababa de mostrarle el Rey. Suplico á la Reina que suspenda toda determinacion hasta que examine por mis ojos aquel funesto libro y ella misma me proporciona su lectura.

Detúvose un instante el Agustino y el Infante preguntó con ansiedad.

—¿Era igual al borrador?...

—En el nombre de Jesus declaro que era copia del borrador que escribió Juan Meurcio, aunque la letra queria remedar á la letra de muger.

Siguió á esta declaracion un largo silencio que fué interrumpido por la entrada de Juan Meurcio.

—El Tribunal, dijo el Inquisidor gravemente, vá á reunirse dentro de una hora. Frai Suarez id por el manuscrito y presentadlo al Tribunal. Frai Meurcio, venid al Tribunal á oir la acusacion de vuestra culpa.

## CAPITULO IX.

—

**Fin de las bodas de la infanta Doña María.**

No sabe la autora de esta novela, porque no está en los misterios de la diplomacia, lo que el Obispo de Agdas, Embajador de España, escribiria al príncipe D. Felipe del recibimiēnto que le habia hecho la Infanta Doña María; pero no debió ser cosa muy lisonjera para el futuro fundador del Escorial cuando persuadió á su augusto padre, el Emperador Carlos V, á que mudase el intento de desposarle con la Infanta de Portugal.

Pudo contribuir, sin duda, á esta conformidad de D. Felipe en renunciar á la mano de la casta Princesa, la poca impresion que le hizo su retrato y el estraño desasosiego que le causó el retrato de otra Princesa que no dió en adelante muestras de ser tan casta como Doña María. Pero obsérvase que los hombres, ya sean reyes ó súbditos, (como den en beatos) gustan mas de las caras risueñas é insinuantes, aunque sean feas, que de las melancólicas y dignas, aunque sean bonitas. Para conjurar tiranos como D. Felipe no enviaria yo seguramente ejércitos de soldados con lanzas, sino turbas de bailarinas con castañuelas. Esos hombres sombríos y ferozmente fanáticos en cuyo rostro taciturno jamás brilla una sonrisa, son, por la ley de los contrastes que hace desear al hombre la cualidad de que carece, los mas sensibles á las gracias de las mugeres festivas.

Asi se comprende como es que el rigidísimo y austero Felipe II gustó algunas veces de damas cuya alegre desenvoltura cuadraba tan malamente con su monástico recogimiento.

Pero dejando en paz al gran Rey, cuya sola memoria me infunde miedo, y volviendo á la novela que me propongo terminar lo mas presto

posible, digo que llegó á Lisboa un correo estraordinario pocos momentos antes de empezar yo este capítulo.

Era del Emperador Carlos V y traia pliegos para el Inquisidor general y para el Rey. Y hé aqui que por razones de ignorancia propia que no quiero confesar al lector, me hallo detenida para darle cuenta de lo que contenian los pliegos.

Facil le seria seguramente á aquel docto Español (a) que ha aprendido de memoria la cartilla de todos los siglos, para saber hablar el lenguaje de todas las generaciones, improvisar un documento escrito á la manera del tiempo de Cárlos V: y fácil le seria tambien á los que no han aprendido cartilla ninguna, para no saber hablar ni como la generacion presente, escribir una carta queriendo remedar el estilo antiguo. Pero yo que no soy ni sábia como el primero ni atrevida como los segundos, me siento confusa como yo misma para dar á mis lectores una copia de los pliegos que contienen el desenlace de la novela. En tan apurada situacion nada discurro sino que el lector vaya á leer estos documen-

(a) El Sr. D. Agustin Duran.

tos al archivo Episcopal de Lisboa, y yo seguiré refiriendo los sucesos que fueron consecuencia de estas comunicaciones, suprimiendo asi la parte *oficial* que es para mí la mas fastidiosa de todas las partes.

Hallábase reunido el Santo Tribunal cuando enviaron los pliegos, y fué notable la sensacion que produjo su lectura en el Inquisidor general.

Mayor fué aun la que esperimentaron los demas inquisidores cuando el Cardenal les comunicó la voluntad del Emperador Cárlos V, que reclamaba al español D. Mariano Enriquez, preso en la cárcel del tribunal por el pecado de idolatría.

Movióse un sordo murmullo y todos dieron señales de desagrado é indignacion, aunque ninguno de los concienzuelos portugueses fué osado á exhalar la menor queja contra aquella nueva exigencia del poderoso Monarca, á cuya voz temblaban las Naciones. ¿Qué causa podia mover el ánimo del Emperador para tomar ardientemente bajo su proteccion á un reo declarado *herege* y condenado al brasero? Espliquemos esto.

D. Mariano Enriquez era un jóven que habia sido encomendado á D. Luis Quijada, señor de

Villagarcia del Campo por órden de Cárlos V (a) para que le educase en una vida sencilla. No pudiendo reprimir su impetuoso deseo de salir de Villagarcia para ver la corte de Lisboa, habia tenido la debilidad de condescender á sus ruegos exigiéndole la promesa de que regresaría en breve. Pronto halló el mancebo medio de introducirse en palacio por medio de cartas de una dama de Doña Leonor, madre de la Princesa, y ya era conocido en él por el supuesto nombre de D. Mariano Enriquez. D. Luis Quijada vió con dolor que se prolongaba su estancia en la corte é intentó por todos los medios imaginables atraerle á su retiro; pero hallando que sus esfuerzos eran inútiles escribió al Emperador dándole cuenta de lo que acontecia. Por este mismo tiempo se verificó la prision de D. Mariano y escribió Luisa Sigea la carta que Camoens debió entregar al Emperador y que fué enviada á Alemania por el príncipe Doria, y consecuencia del aviso de Quijada y de la carta de la Sigea fué el pliego que el Emperador dirijió al tribunal reclamando al que nombraba *príncipe de su familia.*

(a) Ferreras.

El Tribunal se separó para meditar, en apariencia, sobre un caso tan difícil como entregar á un reo que ha sido condenado á la hoguera, pero en realidad la meditacion era inútil y no debia dar por consecuencia sino el entregarlo. El rubor de ver arrollado su poder era el que obligaba á los inquisidores á afectar que sometian al exámen una cuestion que estaba dominada por la fuerza.

Asi es que sin otra deliberacion los individuos fueron dando secreta y separadamente su voto para que el Inquisidor general entregase al reo, evitando el escándalo de hacer esta concesion públicamente.

Serian las once de la noche cuando el Infante Cardenal bajo al calabozo donde habian trasladado al reo, tan pronto como se halló aliviado de sus heridas. El calabozo era ancho, pero no obstante faltaba completamente el aire por carecer de ventana ni otro agujero sino las hendiduras de la puerta.

Era esta una de las maneras que se usaban para disecar á los reos y no la menos eficaz, porque el caballero Español estaba mucho mas pálido y estenuado, á pesar de hallarse recobrado de sus heridas, que cuando lo representamos

moribundo rodeado de enemigos, los médicos y los familiares.

Al entrar el Infante precedido de un page que le alumbraba vaciló la luz por la falta de aire y en algunos minutos no pudieron verse el reo y el juez.

Pero yo, que con poca luz tengo bastante para ver las cosas, ví uno de los cuadros mas melancólicos que se han dibujado jamás en la imaginacion del novelista.

El reo se hallaba de pie con ambas manos amarradas á dos argollas fijas en la pared; la manera con que se hallaba recostado contra ella le daba la actitud de un hombre que medita con los brazos cruzados por detras y las piernas descansando una sobre otra. Seguramente cuando la Sigea vió esta misma figura en el jardin de la estátua adivinó algo de notable en el noble contorno de aquella cabeza cuya frente parecia despedir claridad; pero en estos momentos se hallaba muy realzada por el reflejo del espíritu que se engrandece donde quiera que los sufrimientos mortifican al ser humano.

Es la carne lozana una máscara bella que adorna á la criatura, pero que no deja traslucir los rayos del espíritu sino cuando el dolor ha adel-

gazado ese aderezo físico de lozanía. Los ojos parecen mas grandes y su mirada basta para trasmitir á los demas el habla de los sentimientos. La boca entreabierta es elocuente hasta con el silencio y hay en toda la espresion del rostro decaido alguna cosa que aproxima la criatura á lo divino.

En frente de esta imágen que ligeramente he bosquejado se veia el piadoso semblante del Inquisidor que empezaba á distinguir los rasgos del preso conforme la luz se rehabilitaba. Hizo que el paje colocase la luz en tierra y lo despidió quedándose solo con el reo.

—¿Cómo estais? le preguntó dulcemente.

—Bien; respondió este, separando un poco la cabeza de la pared, os agradezco, señor, esa bondad.

—Vengo, prosiguió D. Enrique, á poner fin á vuestros tormentos. Vais á ser libre porque asi lo ha resuelto el Tribunal.

—El Tribunal me hace gran merced, aunque nunca he delinquido.

—Vais á marchar á Villagarcia del Campo donde os aguarda vuestro padre adoptivo.

—¿Y quién ha dado derecho á D. Luis Quijada, preguntó el caballero haciendo un fuerte movi-

miento con las manos, para descubrir mi secreto?

—El Emperador.

—¡El Emperador! Por Dios que no me satisface la disculpa del bueno de D. Luis, ¿qué le importa al Emperador de mi vida ni de mi muerte? ¿No es harto que por órden suya haya vivido en la aldea como simple labrador? Pretende Quijada que he de cumplir sus modestos propósitos como cuando era niño? ¡Oh, se engaña! Yo no quiero la libertad para vivir como hasta ahora. Primero que perder en el retiro de los cenovitas los años de mi juventud, tomaré una lanza y marcharé á Flandes.

—Sosegaos, dijo el Inquisidor, al mismo tiempo que abria con llave el candado que cerraba las argollas de sus manos, no lastimeis el brazo que ha de blandir algun dia tal vez la espada del héroe. Sosegaos, príncipe D. Juan.

A estas palabras el reo fijó los ojos en el Infante con una mezcla de curiosidad y gozo que revelaba sus dudas y sus presentimientos.

—¿Será verdad? esclamó sacudiendo sus brazos que el Inquisidor acababa de dejar libres; el Emperador es...

—Silencio, D. Juan, una sola palabra puede

perderos. Este secreto es un secreto de conciencia para los inquisidores. Sed prudente y marchad á Villagarcia á esperar las órdenes de vuestro augusto... dueño; pero no reveleis á nadie quién sois ni lo que os ha sucedido. Sobre todo guardad la mayor reserva por lo que hace á la misericordia del Tribunal. Callad al mismo Quijada el misterio con que habeis salido de esta cárcel, y que Dios os proteja. Estais sin duda guardado para grandes hazañas, y yo siento en mi alma un consuelo suavísimo viéndoos partir salvo á vuestra patria.

Diciendo esto desdobló el Infante un hábito que tenia sobre su brazo y lo vistió á D. Juan cuyas manos inermes por el tiempo que habian estado sujetas se movian en vano para ceñirse la vestidura.

Hecho esto salieron del calabozo, atravesaron las calles y tomaron silenciosamente el camino del palacio.

Cuando el Infante hubo dejado á D. Juan reposando en su caritativo lecho, pasó á las habitaciones de la Infanta Doña María que aun se hallaba levantada entretenida en sus piadosas oraciones de la noche. Porque las mugeres y no los hombres son los que mantienen en las nacio-

nes la fé ardiente de su religion, y las que á través de las miserias humanas levantan el himno piadoso para rogar por sus semejantes. ¡Desgraciado el pais donde las mugeres abandonan el culto! Si sus cabezas desaparecen en la nave de la iglesia, esas son las últimas cabezas que se hunden en el naufragio...

—Que Dios os guarde, hermana mia, dijo el buen piloto de la nave católica de Portugal, besando la mano de la Infanta.

—Venid con Dios, hermano mio, replicó esta devolviéndole el ósculo.

—Dadme albricias, Doña María.

—¿Qué decís, Don Enrique?

—Que estais libre para consagraros al cláustro.

—¡Cómo! ¿es cierto?

—El Emperador se anticipa á mis ruegos revocando su determinacion de casaros con D. Felipe.

—¡Que el cielo le premie tal merced!

—Ya no habeis temor de ser reina.

—¡Bendita sea la misericordia divina!

—El peso de la corona no ha de fatigar vuestro frente.

La graciosa Princesa sacudió ligeramente su

cabeza como si en efecto la hubiese aliviado de un peso, y añadió con una santa alegría:

—Desposándome con Jesus no volverán los reyes á solicitar mi mano, y para siempre estoy libre de ser reina.

—¡Dichosa vos! yo no sé nada de mi destino.

—La hechicera os predijo...

—¡Oh, callad! La hechicera fué quemada y su hermana va á ser quemada tambien.

—¿Su hermana?

—Otra bruja que ha predicho lo mismo. Dentro de tres dias consumirá el *brasero* á ella y á sus indignas compañeras.

—¡Ay, Dios mio, no sabeis cuánto me afligen esos castigos!..

—Pero en cambio, Doña María, tengo otra nueva que daros muy grata á vuestra piedad. El español delatado por idolatría ha sido absuelto y puesto en libertad.

—¡Será posible... Vírgen nuestra, gracias por tantas dichas!

—Dentro de algunas horas saldrá para España adonde le espera tal vez un glorioso porvenir... Mas, qué veo?... ¿Llorais?

—¡Oh, hermano mio, perdon!.. vos no sabeis...

—Sí, lo sé, lo he adivinado todo y no hay

nada que deba causaros sonrojo. Guardad un afecto de fraternal interés para ese caballero, porque no es enteramente estraño á vuestra familia.

—¿Cómo? no os comprendo...

—Ese caballero á quien llamaban D. Mariano Enriquez, es hijo del Emperador vuestro tio y se llama D. Juan de Austria. Os lo digo porque debeis saberlo antes de consagraros para siempre á Dios. Si hasta ahora habeis rehusado la mano de todos los príncipes, ha sido porque á ninguno amábais; pero si hubiese uno...

—Permitid que os interrumpa, hermano mio; mañana mismo quiero partir al monasterio donde he de pasar el resto de mis dias. Esta resolucion es irrevocable.

—Sea en buen hora, hermana mia; respeto y aplaudo vuestra decision, y ruego á Dios que os bendiga como yo os bendigo.

—Quédame todavía, dijo tristemente la Infanta, una amarguísima pena en el corazon.

—Decid, hermana mia.

—Mi buena y leal Sigea, la maestra y amiga de mi juventud fué tambien encarcelada por suponerla injustamente autora del libro latino. ¡Ay! yo misma tuve la debilidad de creer aquella

calumnia y la rechacé duramente de mi estancia. Hanme dicho que no ha sido absuelta todavia. Una de mis damas ha oido hablar siniestramente del *auto* donde han de castigarse á dos poetas y estoy, D. Enrique, llena de inquietud.

—Os dije al entrar que venia á pediros albricias por este dia de clemencia.

—¡Ah! ¿con que tambien mi maestra...

—Quedará libre. No os lo habia dicho porque esperaba á que ella misma os trajese la feliz nueva.

—Gracias otra vez, gracias, Dios mio! Así tendré á mi lado en el acto solemne de mi profesion á la que tanto ha hecho por esclarecer mi oscuro entendimiento con las luces de su sabiduría. No olvideis, señor, que quiero profesar al instante.

—Voy á disponerlo todo para que sean cumplidos vuestros deseos.

—Y encomendadme esta noche á Dios para que me haga buena monja.

—Oraré hasta el alba.

## CAPITULO X.

### ¿Cómo se castiga á un valido?

Esta falta de maña que tengo para devanar novelas hace que me halle enmarañada con sus hilos hasta el punto de tener que cortar casi siempre la madeja por no hallar la punta correspondiente. Tal es el castigo de las mugeres que presumen encontrar la misma facilidad en el manejo de la pluma que en el manejo de la devanadera, figurándose que escribir un libro es como formar un ovillo.

No obstante; como el lector no es escritor,

porque en España el que lee no escribe y el que escribe no lee, puedo contar con que hallando muy difícil el arte de acumular patrañas se dará por satisfecho de verse entretenido con el trabajo ageno, por muy malo que sea este trabajo. Porque al fin el lector no pone de su parte sino la pereza para estarse reposado con los ojos fijos en las letras, ó el oido atento si tiene quien le lea, y ha de ser sobradamente egoista si á pesar de eso se enfada porque el escritor no tenga mas ingenio... ¡El ingenio! ¿quién sabe si el ingenio es un pecado?...

Alentada mi timidez con estas reflexiones, no tengo inconveniente en decir que se me olvidó hablar cuando debia de la acusacion contra Juan Meurcio dilatando asi el placer de los lectores en ver castigado al fraile *traidor*: aunque si me lee algun fraile estoy segura de que me perdonará el haber dilatado este suceso.

Juan Meurcio fué acusado de haber escrito el libro latino atribuido á la Sigea, siendo probada esta acusacion por el manuscrito que presentó el reverendo fray Suarez. Por consecuencia quedó preso en el calabozo del santo Oficio.

Allí estaba tambien el infortunado Camoens por la muerte dada al esbirro, pero una vez

probado que Juan Meurcio era el calumniador de Luisa Sigea y que Camoens no habia venido á visitarla con designio alguno siniestro, antes bien conducido por el mismo fraile que atentó contra su libertad, y atendiendo á la fuerte recomendacion del Rey y al clamor de los guerreros y de los marinos que al dia siguiente debian partir en la flota para la India, el Inquisidor general, haciendo uso de sus facultades estraordinarias, tomó á su cargo el dejarle libre quedando responsable de este acto para cuando se reuniese el tribunal. Notable rasgo de piadosa valentía que la posteridad no admira seguramente por el motivo de haber sido virtud de un inquisidor.

Disponíase el Infante Cardenal para hacer su visita á las prisiones cuando, velada completamente con negros tafetanes que indicaban el mas rigoroso duelo, una dama penetró hasta el mismo salon del Tribunal y se arrodilló á los pies del Infante repitiendo muchas veces con voz ahogada; ¡perdon... piedad... misericordia!

—Levantaos, hermana, replicó el Inquisidor.

—No, nunca hasta que me digais que no será quemado...

—¿Quién?

—Porque él no es herege…

—¿De quién hablais, hermana?

—Ninguno mas cristiano…

—¿Por quién intercedeis?

—Caballero piadoso…

—Y vos misma, ¿quién sois?

—El entre las brujas!…

—Hermana, esplicad vuestra pena claramente.

—En la hoguera, en la hoguera ¡ay!…

—Desgraciada, qué delirio os perturba?

—Señor, no puede ser… eso seria horrible… Me arrancaria el corazon con mis manos!

—Hermana, volved en vos!

—Perdon… Piedad… Misericordia!

Faltó el aliento á la encubierta dama y cayó dando con su frente en el suelo. Temblaba todo su cuerpo y chocaban sus dientes. Pero el eco del último gemido recordó á D. Enrique el gemido del Aquelarre.

—Hermana, dijo esforzándose por levantarla del suelo; no es la vez primera que escucho vuestros gemidos: tened confianza en mí.

—Señor!

—Serenaos.

—Salvadle!

—Sentaos y descansad.

—Yo sé que vos le amais como él os respeta.

—Yo amo á todos mis semejantes.

—¡Ah, sois tan bueno!

—Ya os oigo en confesion, hablad.

—En el *auto de fé* que ha de verificarse... Dios mio Dios mio!...

—Animo, hermana.

—Dicen que irá...

—¿Quién?

—Con los hereges...

—¿Quién?

—Con las brujas...

—¿De qué reo hablais?

—¡Oh, reo!

—¿De qué reo, hermana, de qué reo?

—Del que acometieron los frailes.

—Los frailes no acometen á nadie, hermana.

—Del que se defendió contra el familiar...

—Los familiares no son agresores, hermana.

—De... de...

—¿De Luis de Camoens?

—Sí!

—Bien. Y qué os importa? es vuestro deudo?

—Mi deudo... no!

—¿Es piedad solamente de alma caritativa?

—Piedad solamente, no.

—¿Qué vínculo os une á él?

—¡Tened compasion de mí!

—Sí, os compadezco y es grato á mi alma poder calmar vuestras inquietudes: el reo va á ser puesto en libertad.

—¡Dios bendito!

—Orad para que nunca mas vuelva á incurrir en la grave culpa que hoy le perdona la misericordia de Dios.

—Sí, oraré noche y dia.

—Y orad tambien por vos misma cuya razoñ se ofusca hasta conduciros á visitar á hechiceras.

—Ya nunca mas volveré.

—Asistid al *auto* cuando sean quemadas, y allí aprendereis á conocer su miseria.

—¡Ay! no, á los *autos* nunca.

—¿Qué decís?

—Solo asistí á uno...

—Y bien.

—Se quemaba á una bruja.

—¿A una bruja... hace un año?

—Sí señor: iba emplumada y se reia diciendo «será rey! será rey!»

—¿Lo oísteis distintamente?

—Subió á la hoguera repitiendo las mismas palabras.

—¿Y vísteis que el fuego la consumió?

—Cuando empezó la llama á ondear en sus cabellos me faltó el valor y perdí el sentido.

—Pero, sí, la hoguera la consumiria?

—No sé, pero vive.

—¿Cómo?

—La he visto despues.

—¿A la hechicera?

—Sí.

—Os engañásteis, es su hermana.

—¡Oh, era la del aquelarre!

—Silencio. Los muertos no resucitan.

La palidez habitual del Inquisidor se aumentó hasta hacerle semejante á una estátua de yeso. El espíritu fanático de aquellos tiempos luchaba en él con sus sanas doctrinas religiosas y le sumergia en hondas cavilaciones. Largo fué el silencio que siguió al anterior diálogo.

La una siempre encubierta con las manos cruzadas estaba inmóvil en su asiento.

El otro de pié miraba con espanto al crucifijo.

Abrióse en esto la puerta y aparecieron el Rey y el conde de Castanheira.

—Hermano, dijo el primero descubriéndose

respetuosamente y doblando la rodilla ante el crucifijo; mañana parte la flota y no quisiera que faltase ninguno de aquellos á quienes he concedido la gracia de atravesar los mares.

—Descuidad, hermano, replicó el Inquisidor, He empeñado mi palabra para ello y ya me disponia á cumplirla.

—Gracias, hermano.

Cuando entraron ambos personages se levantó la dama encubierta, pero de tal modo estaba sobrecojida sin duda con la presencia de ellos, que ni podia andar ni sostenerse sobre sus rodillas. El Conde la miraba fija y obstinadamente como si la hubiese conocido ó intentase conocerla.

—Hermana, dijo el Inquisidor advirtiendo esta perplejidad; id en paz y que Dios os bendiga.

La dama se arrodilló, besó su mano y salió del Tribunal.

—Si V. M. no ha menester de mis servicios, dijó Castanheira mirando con torbo ceño hácia la puerta por donde habia salido la dama, me dará V. M. licencia para dejarle.

—Vé con Dios, contestó el Rey; pero vuelve pronto á mi cuarto porque es mucho, mucho lo que hay que hacer para la salida de la flota.

—Antes de una hora estaré á las órdenes de V. M.

—Escuchad, dijó el Inquisidor acercándose gravemente al Conde; con el poder de ministro que Dios ha concedido á mi persona os prohibo seguir á la católica que ha salido del Tribunal.

—¿Luego sabeis que yo la conozco?

—Adivino la mala voluntad que os anima.

—¿Sabeis señor mi derecho?...

—No hay derecho hácia la penitente que viene al Tribunal.

—Y si viniese arrastrada por...

—No os es dado penetrar en el secreto de la confesion.

—Por el deseo de salvar á su...

—Los únicos jueces de las conciencias somos nosotros.

—Asi, señor, yo debo abandonar á una doncella cuya tutela...

—En asuntos en que el Tribunal obre como tutor estais exento de ese cargo.

—¡Ah, pero!...

—Basta.

—Pero señor, el Tribunal lo absorve todo!

Estas osadas palabras las pronunció el valido entre los dientes apretados por la ira y las oyó

el Inquisidor como una de las muchas injustas quejas que se exalaban todos los dias contra el poder tiránico del Tribunal.

Nada respondió, hizo girar lentamente su cabeza hácia el lado donde estaba el Rey con un movimiento de paciente dignidad, y dijo á este:

—Cuidad de que adonde no alcanza la mano del Monarca no llegue el pié del vasallo; cuidad de que las cosas de Dios sean en estos reinos tan respetadas como deben serlo. No basta, D. Juan, proteger la marina y armar flotas que atestigüen la bizarría del soberano portugués; antes que nada habeis de vigilar porque todos vuestros súbditos sean ciegos observadores de las leyes de nuestra iglesia católica y de las del Santo Tribunal que para gloria de Dios instituyó la mas sábia de todas las Reinas. Poned un freno á los espíritus revoltosos que quieren sofocar el benéfico influjo de una institucion bienhechora, guardia y salvacion de las almas. No permitais nunca á lenguas profanas que juzguen nuestros actos ni murmuren de nuestra autoridad. Asi tendreis nuestra bendicion para vos y vuestros reinos.

—Así, replicó Castanheira con una audacia de que no hay ejemplo en las historias de los mas

audaces favoritos, es como la Magestad del Rey llega á ser una sombra ante la Magestad del Inquisidor. Asi es como, poco á poco el Monarca subyugado por esa fuerza inmensa que en vano procura contrarestar el mismo Cárlos V, el trono es un fantasma. Asi es como los pueblos...

—¡Dios justo, esclamó el Inquisidor cruzando sus manos y cayendo de rodillas ante el crucifijo, ten misericordia de ese pecador que en tu presencia se atreve á blasfemar!

—Conde, dijo el Rey trémulo y asustado, vamos de aqui.

Los dos salieron y el Inquisidor quedó orando fervorosamente por el alma de Castanheira que creia ya presa de las llamas del infierno.

—¿Qué has dicho? iba preguntando el Rey cuando salieron del Tribunal, ¿qué imprudencia has cometido? ¿Sabes que yo debo hacer alguna cosa para castigarte?

—Hágala V. M.

—Y ¿cuál? ¿Qué he de hacer?

—¿Tambien quiere V. M. que yo disponga cómo ha de castigarme? Vaya, pues, destiérreme V. M.

—Sí, sí, eso es lo que tu deseas para dejarme

solo con los negocios, y ahora precisamente, ahora cuando tenemos tanto que trabajar!...

—Pues no sé cómo arreglarlo.

—Yo lo pensaré despues; en tanto te advierto que has incurrido altamente en mi desagrado y que exijo de tí muchísima circunspeccion.

—Está bien.

---

## CAPITULO XI.

---

### Visita á las cárceles del Tribunal.

Cuando hubo orado salió el Inquisidor á visitar las cárceles del Tribunal. El primer calabozo que visitó fué aquel en que se hallaban encerradas las brujas.

Detúvose á la entrada como indeciso y no pudo dominar un temor vago que sobrecojia siempre su ánimo cuando se acercaba á las hechiceras.

—Entra, dijo la bruja gefe del Aquelarre, con un tono de mandato supremo. No temas nada

de estas pobres viejas cuyo único crímen ha sido decirte la verdad.

—Vengo aun con la esperanza, contestó D. Enrique esforzándose en parecer sereno, de que en el breve tiempo que os resta de vida abjureis de vuestras falsedades y os reconcilieis con la iglesia.

La bruja se sonrió.

—No hay ser humano, prosiguió el Infante, al cual le sea dado penetrar en los arcanos del porvenir, ni adivinar el destino de los otros seres. Limitado á comprender apenas los sucesos del presente nuestro juicio no basta para adivinar lo que solo Dios sabe, y es un pecado mortal el llamarse adivinos Satanás por sus malas artes ha logrado introducirse en vuestros espíritus para haceros creer que sois hechiceras y que predecís los destinos humanos. ¡Insensatas! ¿Quién podrá libraros de las llamas del infierno si humildes y contritas no implorais al instante la misericordia divina?

—Y ¿por qué te obstinas en que nos salvemos? preguntó la bruja con irónica sonrisa; ¿qué te importa nuestra condenacion á tí que nos has arrojado sin compasion á la hoguera y que rabioso porque el fuego no nos ha consumido dispones

quemarnos otra vez? ¿Qué es lo que te mueve á pedirnos con tanto afan el que neguemos la verdad de nuestras predicciones, pusilánime príncipe, si no es el miedo?

—¡El miedo!

—Sí, el miedo. Vosotros buhos, Inquisidores, temeis la verdad como á la luz. Cuervos pestilentes que os nutrís de carne humana, vosotros sois los que hallais hechizos hasta en las cosas mas sencillas de la vida. Y sino acordaos, hermanas, de aquel Español que vino á saber la *buena ventura*. Le dijimos que era muy amante de la belleza y de las artes y que adoraba á las buenas estátuas. Pues la Infanta Doña María, fanática como su hermano, teniendo una en su jardin que agradaba al Español mandó derribarla y por intimacion del que está delante de vosotras denunció como idólatra al pobre caballero. Entonces los Inquisidores le condenaron á la hoguera cuando estaba herido por una estocada que recibió al saltar el jardin para salvar la cabeza de la pobre estátua mutilada, y esa misma cabeza de mármol ¿lo creereis? va á ser tambien quemada para quitarle todo hechizo. ¿Quiénes sino ellos son los que creen todo linage de embustes? ¿Quiénes sino ellos tienen

miedo á las hechicerías? ¿Qué es sino el miedo, mísero Cardenal, el que te obliga á asarnos en el inícuo *brasero*? Niegas la hechicería y temes nuestros hechizos. Débil y supersticioso, como eres, cuando te predije que serias Rey sintiendo en tí ambicion suficiente para que ella te arrastre algun dia á cometer vilezas por sentarte en el trono has querido destruir el vaticinio para librarte de la tentacion; pero es inútil, porque serás Rey! Tal vez tengas para ello que hacer traicion á los pueblos, tal vez tengas para ello que cometer crímenes, pero no importa, porque serás Rey!

Los ojos de la bruja clavados en el Infante chispeaban en la oscuridad como las ascuas de los huesos humanos que por la noche despues de un *auto de fé* quedaban en la hoguera del suplicio. D. Enrique hacia vanos esfuerzos por librarse del influjo que aquella mirada ejercia en su ánimo. Apretaba contra su corazon las santas reliquias que encerradas en medallones de plata llevaba siempre en su pecho y repetia mentalmente las mas farvorosas palabras del cristiano católico.

—Muger, dijo por fin: sé que en tí vive el demonio y pugno por librarte de él movido de la caridad, pero no tengo miedo. Yo solo no soy poderoso á convertiros, pues teneis contra mí el odio

y el menosprecio; pero yo os enviaré frailes que os amonesten hasta el último instante.

—Já, já, prorumpieron todas las brujas; frailes! frailes!

El Inquisidor salió del calabozo mas turbado aun que entró en él. Un presentimiento estraño le advertia que en efecto la prediccion de la bruja podia cumplirse y dudaba en castigar con la horrible pena del *brasero* á aquellas infelices mugeres. Dió algunos pasos para alejarse y retrocedió de nuevo hasta el mismo calabozo.

—¿Otra vez vienes? gritó la bruja

—Sí, no ya á reconveniros, á suplicaros que seais buenas: que confeseis vuestra ignorancia en los secretos de la adivinacion, y que os arrepintais como católicas de lo que habeis predicho; con lágrimas os conjura á ellos este humilde siervo del Señor.

Diciendo esto D. Enrique derramaba en efecto dolorosas lágrimas. Pero las brujas respondieron con estrepitosas carcajadas y el Inquisidor las abandonó á su frenética alegría.

La segunda visita que hizo fué á Juan Meurcio.

—¡Válgame Dios, hermano, dijo el Infante, y cuántas son las mañas de que se sirve el enemigo para condenar las almas! ¿Es posible que os die-

se la tentacion de escribir aquel perverso libro para calumniar la fama de una doncella honesta? Muy arrepentido debeis estar, y yo espero que con una humilde confesion y el rigoroso ejercicio de la penitencia, lograreis alguna paz al remordimiento.

—Así seria, hermano, replicó el fraile, si fuese en efecto reo, pero, bendito sea Dios, mi conciencia se halla inocente como la del niño que acaba de nacer.

—Hermano!... hermano!... con la prueba de Frai Suarez!...

—Frai Suarez puede tener dentro de sí al demonio, que como decís bien usa de distintas mañas para perder á las criaturas.

—¿Y el manuscrito?

—Puede ser tambien obra del demonio.

—¿El demonio habia de escribir aquel latin?

—El demonio, hermano, tiene uñas para fingir toda clase de letras.

—Lo dudo, hermano. No creo que haya aqui otro demonio que vos mismo.

—Tal vez; pero en ese caso harta pena tengo con serlo.

—Y harta tienen los demás con que lo seais.

—No obstante; me consuela saber que hay muchos como yo en el mismo Tribunal.

—¿Familiares?

—Soldados, familiares é Inquisidores.

—¡Calumniais al Tribunal!

—Eso mas tarde lo dirá la historia.

—Confio en Dios que hará aparecer claros á la posteridad todos los actos justos y piadosos del santo Tribunal á quien servimos.

—Me temo que la posteridad nos considere como verdugos de la generacion pasada.

—¡Qué idea impía!

—Me temo que el nombre de inquisicion sirva en adelante para espantar á los niños y á los viejos y para hacer reir á los mozos por el *sambenito*, la *coroza* y todas estas galas con que adornamos á nuestros prójimos de ahora.

—Hablais como condenado.

—Larga fila estaremos el dia del juicio.

—Dios nos libre!

—Tal vez os halle á la cabeza.

—Sé que soy gran pecador, pero la fé me salvará.

—El ejercicio que traeis no es para ello.

—¿Abjurais de vuestras antiguas creencias?

—Yo nunca he creido en nada.

—Pues ¿por qué erais hipócrita?

—Porque era familiar.

—Por qué erais malo...

—Como todos.

—Y creo que el castigo del *brasero* será apenas suficiente para vuestros pecados.

—Yo lo creo tambien: con asar el cuerpo no se purifica el alma.

—¡Oh, hasta dónde llega vuestra impiedad! os compadezco y no cesaré de pedir por vos á la misericordia divina.

El Inquisidor salió del calabozo de Juan Meurcio en un estado de abatimiento y angustia cual nunca se habia encontrado. Mil ideas opuestas se chocaban en su mente y hacian saltar chispas de luz que le iluminaban por un instante haciéndole ver algo del oscuro abismo á cuyo borde le tenia encadenado su destino. Muchas veces su generoso instinto se reveló contra sus propias convicciones, pero nunca como ahora triunfaba la causa de la humanidad en aquel corazon cristiano.

Pasó al calabozo de Camoens, y le halló escribiendo penosamente á favor de los escasos rayos de luz que vertia una claraboya. Recibióle el poeta con la espresion del cariño y el respeto

que le inspiró siempre el distinguido príncipe y le rogó que aceptase por asiento el lio que habia hecho de su ropilla.

—Solo un instante puedo detenerme, contestó el Infante rehusando el asiento, y es con el objeto de deciros que estais en libertad para marchar mañana en la flota que envia el Rey á la India y en donde con gran merced os ha dado plaza. Cuando considereis, jóven, lo inquieta y atrevida que ha sido vuestra conducta en estos sitios os sentireis movido á tierna gratitud por la magnanimidad de mi augusto hermano á cuya intercesion debeis todo.

—¡Ah, señor, á vos primero y despues al Rey estaré obligado eternamente. A vos que dais la limosna y escondeis la benéfica mano para que el mendigo no os la bese. Pero ahora es inútil vuestra cautela. Yo reconozco y veo esa mano bendita y no podreis evitar que la lleve á mis labios.

Diciendo esto besó Camoens la mano del Inquisidor que dejó el calabozo enternecido para hacer en otro la cuarta visita con que terminaba las de aquel dia dando libertad á Luisa Sigea.

---

# CAPITULO XII.

## La cabeza negra.

Tampoco al dia siguiente pudo salir del puerto la memorable flota que tantos desvelos ocasionaba al Rey. Neptuno, Eolo ó algun otro Dios de los que todavía por aquel siglo parece que danzaban en los mares, habia tomado sus medidas para que los buques no pudiesen navegar y para que el Rey se desesperase con la nueva dilacion. En vano Castanheira se esforzaba por calmar su despecho y entretener su impaciencia. D. Juan parecia en este dia un verdadero Rey, y

ni siquiera, de su caja de Indias, habia ofrecido un polvo al mimado favorito.

Pero el pueblo no se ocupaba de la salida ó detencion de la flota porque tenia en este dia otro espectáculo mas curioso y divertido; tenia un *auto de fé*. Con la halagüeña idea de que iban á quemar á media docena de brujas, el pueblo bullia y zumbaba como una colmena que van á castrar. La plaza del *Rosio*, donde habia de verificarse la fiesta, estaba ocupada por multitud de zánganos que iban y venian en todas direcciones. Es verdad que además de las brujas habia otro reo muy singular destinado al suplicio de aquel dia. Este reo era una cabeza de mármol.

Cosa por demás estraña que solo en Portugal imagino que pudiera acontecer aunque yo quisiera que se hubiese verificado en todos los reinos durante el malhadado imperio de la inquisicion; porque esto de quemar cabezas de piedra lo hallo tan inocente que yo misma aseguro que tendria valor para asistir á un *auto*. ¡Ojalá que la inquisicion, en vez de los vivientes, hubiera condenado en España á la pena del *brasero* á todas las estátuas pecaminosas que adornan sus palacios, sus jardines y sus plazas. El aparato lujosamente fúnebre y la poética Magestad del Rey,

los inquisidores y el pueblo asistiendo al suplicio de un canto de mármol acusado de hechicería, pudiera dar á las gentes bastante entretenimiento sin necesidad de tostar á sus semejantes.

Asi lo pensaban algunas almas piadosas que, á pesar de la Inquisicion, habia en Portugal en aquel siglo, y de contrario modo lo juzgaban otras que no fueron ni serian piadosas habiendo ó no habiendo Inquisicion. De estos contrarios pareceres resultaba el diálogo que yo creo escuchar en la plaza del *Rosio*, como si efectivamente se pronunciase algun diálogo en aquella plaza cuyas voces no hubieran podido desvanecer los vientos que han soplado desde el siglo diez y seis hasta el décimonono siglo. Pero ya saben los lectores que el novelista tiene el privilegio de oir lo que no suena y de ver lo que es invisible.

—Hermano, decia una muger, vos que teneis tan buena amistad con frai Antunez, debeis de saber si es cierto lo que se susurra de que van á quemar á una estátua.

—Sí, por cierto, hermana, contestó el beato.

—Mejor; replicó ella, mas me agrada este *auto* por ser el reo cosa que no sufre que todos los otros.

—¿Es posible, hermana, pues qué diversion vamos á hallar en que calienten á una piedra?

—Y ¿qué diversion es el que abrasen á un prójimo?

—Si es herege ya veis, hermana, que causa regocijo verle hacer gestos y retorcerse en la hoguera.

—A mí no me regocija.

—Pues á mí me gusta mas un *auto* en que se quemen cien reos que una caza con buen halcon, y ya sabeis cuánto me gusta la caza.

—Siempre he creido, hermano, que teníais malas entrañas.

—¡Jesus bendito lo que estais diciendo! ¿yo malas entrañas porque me divierto con los *autos de fé*? Entonces, hermana, vos teneis el demonio en el cuerpo.

—¿Yo el demonio en el cuerpo? hermano á Dios gracias nunca he sentido lo que es ese vicho.

—Pues es muy posible que le tengais y... ahora que os reparo... estais como hinchada.

—Es que...

—Pero muy hinchada...

—Ya sabeis...

—Y ese puede ser el demonio.

—Ya sabeis mi estado...

—Sois casada...

—Y por lo tanto...

—Se habrá apoderado de vos mas fácilmente, el demonio...

—Hermano, piense mejor de mi marido...

—Creo que necesitais de exorcismos.

—¿Para qué?

—Para que arrojeis al diablo.

—Con que ¿estais empeñado...

—Y si esto no basta debeis desear que os quemen.

—Pues ¿cuál es mi culpa, señor?

—Esa cara es de condenada...

—¡Ah!

—Y ese cuerpo... allí veo á un esbirro y voy á decirle que os examine.

—¡Desdichada de mí! no hagais tal, hermano, ¿por qué quereis perderme?

—Ese vientre es sospechoso...

—Pero reparad que estoy...

—Y mi conciencia no me permite callar mi sospecha. Lo siento pero voy á dar cuenta.

—¡Ay! gritó la muger tornándose pálida, ya siento los dolores!...

—¿No os lo decia que estábais condenada?

Esos son los dolores que os causa el demonio.

—Hermano, hermano, clamó la muger próxima á desmayarse, sostenedme... yo muero... y siento morir... al hijo que llevo en mis entrañas!...

—Ya, dijo el beato, eso es otra cosa; estais embarazada. Siendo así quedad en paz y que Dios os asista. Yo no puedo daros el apoyo de mi brazo, porque veo mucho movimiento junto al tablado y me parece que es hora de acercarse para no perder la fiesta.

El beato dejó á la muger tambaleándose entre el gentío que la empujaba de un sitio á otro y corrió hácia el lugar del suplicio.

Dos horas pasaron todavía antes de que apareciesen en sus respectivos sitios el Rey y los inquisidores.

La profesion de la Infanta que quisiera ella que se verificase aquel dia habia sido aplazada para el siguiente por no dilatar el castigo de las brujas y el escarmiento de la cabeza de mármol.

Eran las tres de la tarde, cuando aparecieron los *reos*. Venian en espantosas figuras con aquel atavío que se usaba para dar mas colorido á la fiesta y se las oia cantar en voz baja una cancion

que todavía se conserva en Portugal entre las tradiciones del pueblo.

Ya la hoguera
Con la llama
Rechinando,
Chispeando
Nos espera,
Nos reclama
Esta vida
Maldecida.

Y los cuervos con gran regocijo
Caminar al suplicio nos ven,
Porque á Enrique la hermana predijo
Que la suerte le guarda ser Rey!

Ved su frente
Que por miedo
Se replega,
Aunque niega
Que yo puedo
Con mi tino
Ver su *sino*.

Él será de la fiesta testigo
Para vernos con júbilo arder,
Pero luego tendrá su castigo
Pues la suerte le guarda ser Rey!

Fueron subiendo al tablado una por una las brujas que acompañaban á la adivina y todas ardieron como yesca quedando reducidas á cenizas en poco tiempo. Entonces llegó el turno á la enemiga de D. Enrique; pero esta subió de diferente manera. En vez de permanecer de pié en la tarima se sentó sobre ella mientras los frailes la amonestaban y cuando la iban á echar la argolla gritó con espantosa voz. «¡D. Enrique, D. Enrique. Yo voy á morir pero tu serás Rey!»

Luego empezaron las llamas á lamer sus pies y se la vió reir como si jugase con ellas. Los que veian cuánto tardaba el fuego en quemar sus carnes imaginaban que era por los hechizos y decian que añadiesen leña. Ya por fin empezaron sus pies á retorcerse. La llama tomó vigor y subió por su espalda y prendió en su cabello. Los ojos de la bruja chispeaban mas que el fuego y el ruido que hacia con los dientes sonaba mas que el chisporroteo de la hoguera.

En esto se oyeron los temibles truenos de la tempestad que no habia permitido la salida de la flota, y empezaron á caer gotas de lluvia. Al principio estas gotas aumentaron la fuerza de la hoguera é hicieron que las llamas comiesen en-

teramente los pies y los brazos de la bruja, pero cuando el agua cayó á torrentes la hoguera empezó á amortiguarse y la bruja quedó libre de las llamas. Pero ya no era una bruja. Era media bruja. Se veia que estaba viva, pero se comprendía que no podia vivir. Ella sin embargo, no moria. Conservaba los ojos abiertos y no cesaba de mover los labios como si rezara...

Los verdugos se apresuraron á encender otra vez la hoguera y luchaban contra la lluvia, pero pasaron mas de dos horas sin poder conseguir que la bruja ardiera. Ya se aproximaba la noche y aun faltaba otro reo.

Por último tanto se esforzaron por mantener viva la funesta llama que á su calor se enjugaron los miembros de la bruja y empezó otra vez á arder...

Pero basta; yo no quiero describir un *auto*.— He suprimido cuanto puedo suprimir para no lastimar desapiadadamente la delicada fibra de estas generaciones. Solo he querido espresar que murieron las brujas y que hicieron subir al suplicio al último *reo* que era la cabeza de la estátua.

Allí fué la mayor dificultad de los verdugos y el mayor descontento del pueblo. El pueblo habia

gozado tanto con las contorsiones de la bruja que la impasibilidad del mármol le aburria.

Ya apenas habia luz; pero los relámpagos eran tan repetidos que mas que la del sol alumbraba su claridad, á merced de la cual se veia la cabeza de la estátua, negra por el humo, suspendido sobre un monton de cenizas humanas: cabeza negra que aun se conserva en Lisboa entre las reliquias de la inquisicion. Nada mas siniestro que el aspecto de aquella hoguera medio apagada por la tormenta y en torno de la cual se agitaban como fantásmas los verdugos, los frailes, el pueblo, los inquisidores y el Rey.

Todo, entre las sombras del crepúsculo anticipado por la oscuridad de los nublados, parecia doblemente medroso y ejercia un influjo en los ánimos de los portugueses que acaso no habian sentido en los *autos* anteriores. Las tempestades predisponen el ánimo á la pavura y es preciso ser muy perverso para no sentir la necesidad de recogimiento y oracion cuando los truenos retumban y los relámpagos se cruzan en el cielo. Hasta la humedad de la lluvia, hasta el gas que despide la tierra, hasta el aire frio nos empujan al hogar, llenos de vaga tristeza y de humilde des-

consuelo, como si fuesemos insectos que temen ahogarse fuera del agujero donde habitan.

Así los portugueses se dispersaron despues del *auto* para refugiarse en sus casas menos bulliciosos de lo que habian salido de ella. La *fiesta* no habia satisfecho sus esperanzas de diversion.

Al levantarse de sus asientos los solemnes jueces para retirarse tambien, se vió que uno de ellos permanecia inmóvil. Era el Infante Cardenal, á quien el espectáculo de la bruja sin pies y sin brazos, viva todavía cuando se apagó el fuego, habia hecho perder el sentido. Administráronle socorros y volvió en sí, pero sus ojos no recobraron el brillo ni sus lábios el acostumbrado movimiento. Trasportáronle á su palacio y allí pidió por señas que le administrasen los sacramentos. En tanto su corazon prometía á Dios silenciosamente el apartarse del oficio de inquisidor como lo verificó despues.

¡Desgraciado príncipe! Él habia nacido para ser bueno.

---

## CAPITULO XIII.

---

Pocas horas hacia que Luisa Sigea, recobrada la libertad se hallaba en su aposento, cuando recibió un billete escrito del mismo puño de la Reina Doña Catalina y concebido así:

«Mi amada Sigea: si olvidando el agravio que »te hice no estás ya enojada conmigo, ven á ver»me al instante. La pena que me causó el infor»tunio que has sufrido tan sin culpa no se calma»rá completamente hasta que te vea satisfecha y

»dichosa, contribuyendo por mi parte al logro »de ello.»

CATALINA.

Tres reverencias hizo la dama encargada de entregar este billete á la dama á quien era dirijido y si esto era afectacion claro se comprendia recordando que la misma dama mensagera fué la que hizo á la escritora el primero y mayor desaire, de aquellos recibidos cierto dia, cuando estando en desgracia se presentó en la antecámara regia. Por eso la Sigea no contestó á ninguna de las tres reverencias ni dió muestras de haber visto á la persona que le entregaba el billete. Escribió la respuesta de este sin pronunciar una frase, lo entregó á la portadora sin fijar la vista en ella y fué á ponerse el manto para cumplir el deseo de la Reina Doña Catalina.

Antes de llegar á la habitacion donde la Reina habia de recibirla halló la Sigea multitud de caballeros y de damas que se apresuraron á dirigirla algunas frases de las mas dulces que posee el idioma portugués, pero que no hacian efecto en el ánimo de la escritora por una sola razon; porque eran mentira. Para estas mentiras que tanto molestan en la corte á las almas leales tiene el castellano una frase muy cortés en su significa-

cion pero muy flexible para acomodarla al tono con que se quiere modificar su sentido; esta frase es el *gracias*. Con un gracias puede espresarse la mas ardiente gratitud; el mas profundo respeto, el resentimiento mas amargo y el desprecio mas insultante. Un *gracias* prolongado, tierno, blando, suave, melancólico es una caricia; un *gracias*, breve, seco, duro, severo, áspero, irónico es un latigazo.

El *gracias* de la Sigea para contestar á los cortesanos fué breve.

La Reina estaba tomando el baño cotidiano que tal vez contribuia á conservar en su cutis la lozanía y frescura de la juventud. El cuarto destinado á él era una bóveda vestida de ricas muselinas de la India y cuyas ventanas iguales á las de los templos de aquella época estaban cerradas con vidrios de colores.

La Reina estaba envuelta en finísimas ropas de blanco hilo guarnecidas de randas y reclinada en el baño con el cabello tendido sobre la desnuda espalda. Sus manos y sus pies se traslucian bajo el agua con tan encantadoras formas que hacian olvidar la edad de la Reina. Cuando tocaron ligeramente á la puerta grito Doña Catalina desde el baño.

—¿Es Luisa? Entra, hija mia.

Entró la Sigea y la Reina sacó graciosamente la mano del baño y la sacudió humedeciendo el suelo con un ligerísimo rocío, como las azucenas cuando el viento las sacude despues de la lluvia. La Sigea tomó aquella hermosa mano y la acercó á sus labios.

—Gracias á Dios que te veo buena y salva, esclamó Doña Catalina con una espresion de regocijo que iluminó su semblante con aquella luz que ya hemos advertido era el mayor encanto de la princesa Española. ¡Ay cuánto he temblado por tu vida, pobrecilla! Cuando supe que estabas en las cárceles del tribunal temí no volver á verte.

—Dichosa yo, señora, replicó enternecida la Sigea, dichosa yo que he logrado con tan poca pena como es estar prisionera algunos dias favores tan señalados.

—Has sido calumniada, hija mia, prosiguió la Reina con acento de pesar, y al Rey y á mí nos duele en el alma haber creido esas calumnias; pero si puede haber una compensacion á lo que has sufrido en nuestra voluntad de hacerte dama de palacio, tú tendrás desde hoy tranquila morada bajo nuestro mismo techo.

—Señora, replicó la Sigea, para atreverme á rehusar la merced señaladísima que V. M. se digna concederme necesitaria dar algunas esplicaciones.

—Te escucho.

—V. M. me creeria ingrata si no justificara con mis razones la increible temeridad de no aceptar su favor.

—Graves deben de ser en efecto.

Gravísimas, señora. Soy estrangera y no tengo otro título que el de escritora...

—Yo tambien soy estrangera.

—Vos sois Reina.

—Y en cuanto al título presto le tendrias si esto fuese necesario para asegurar tu permanencia en la corte.

—¡Ah, señora, bien se comprende que dotada de instinto generoso y encumbrada en un alto asiento, no os ha sido dado observar las miserables luchas en que allá bajo el trono se agitan vuestros nobles! La nobleza tiene, es verdad, derechos justos al respeto del pueblo. Esos perfectos caballeros, bizarros paladines, almas de finísimo temple que han conquistado palmas inmortales con sus gloriosos hechos, deben tener escudos que como sagradas reliquias venere el vulgo. Mas

aun; los padres de los héroes, aunque nada valgan por sí, tienen derecho al recuerdo de la posteridad. Pero los hijos de los héroes cuando no sean otra cosa qne seres insignificantes, desperdicio de una fecunda existencia, no pueden, señora, levantarse por cima de los demas sino en debiles zancos, que solo les sirve para andar mas lentamente por el camino de la vida, embarazando el paso de la multitud...

—Me sorprende, Sigea, tal forma de pensamientos y estoy muy lejos de hallarlos prudentes y justos. Los hijos de los nobles son nobles tambien y son nobles los nietos y cuanto mas antigua es la nobleza, es nobleza mas rica, nobleza mas poderosa, nobleza mas respetable. Es la nobleza, Sigea, como el vino generoso: necesita de la antigüedad y por eso se embotella.

—Ciertamente, señora; pero V. M. ha observado si la nobleza embotellada se ha torcido y se ha tornado vinagre?

—¿Qué te han hecho mis damas? En qué te han ofendido mis cortesanos, Sigea? ¿Cuál es el objeto de estas estravagantes reflexiones?

—Iba á esplicarlo, señora; ni vuestras damas ni vuestros cortesanos me han ofendido, soy yo la que rehuso ofender á ellos. Hija de un modesto

hidalgo de Castilla, yo no puedo, señora, colocarme al lado de vuestras damas sin mortificar su orgullo.

—¿Orgullo mis damas? No sé, pero me ha parecido siempre que tienes tú harto mas orgullo que ellas.

—Tal vez, señora, y por eso mi permanencia en vuestro palacio es imposible. Vuestras damas creerian injustificable mi elevacion cuando yo creo que no está justificada la suya, y de estos contrarios pareceres resultaría el comun menosprecio. Yo además necesito mas aire. Las aves nacidas dentro de palacio pueden acostumbrarse á vivir en su atmósfera, pero yo he menester de campos dilatados.

—Es decir que estás resuelta á abandonar la corte?

—Estoy pensando en ello.

—Y á separarte de la Infanta?

—Me será doloroso.

—Y de mí?

—Con doble pena.

—¡Ingrata!... despues de haber alcanzado del Rey la gracia para hacerte mi primera dama.

—Esa merced, señora, vivirá eternamente en mi memoria.

—Pero no la aceptas?

—No puedo.

—Dí que no quieres.

—Mi voluntad es la vuestra, pero yo pagaria mal vuestras bondades si me quedase á vuestro servicio.

—Eres una muger incomprensible.

—¡Oh!

—Y se me figura que eres muy desgraciada

—No señora.

—Estás siempre melancólica.

—La melancolía no es la desgracia.

—¿Pues qué es?

—Una ligera nube en el cielo del alma.

—¿No sufres otras tormentas?

—Tormentas sordas.

—¿Y por qué?

—¿Por qué las sufrís vos?

—Porque soy Reina.

—Yo porque soy muger.

—Estoy lejos de mi patria; no puedo volver á ella y, añadió la Reina bajando la voz, el Rey es todavía celoso, me mortifica... pero, tú, Sigea, tú que eres libre...

En este momento llamaron á la puerta. Era un

page del Rey que venia á avisar á Doña Catalina para que recibiese á este.

—Adios, hija mia, dijo la Reina; sé dichosa y acuérdate de cuánto te quiero.

La Sigea besó la mano de Doña Catalina y salió del aposento.

Al pasar por las galerías halló á Luis de Camoens. Saludáronse y el poeta la pidió permiso para ir sirviéndola hasta su departamento.

—Venid, dijo la Sigea, y así me esplicareis vuestra presencia en estos sitios.

—He venido á dar las gracias al Rey porque se ha dignado darme plaza en la flota que parte á la India.

—Al fin os vais?

—¿Y qué he de hacer aquí, Sigea?

—Teneis razon; pero y Catalina?

—Por ella principalmente es por quien yo me embarco. ¡Alma infortunada! yo no soy para ella sino un manantial perpétuo de lágrimas.

—Pero al fin vuestra presencia es para ella un consuelo.

—Ya no puede verme.

—¡Pobre niña!

—Ay, Sigea! qué mezquina es la estrella que me alumbra!

—¿Quién sabe, Camoens, cuál será vuestra fortuna?

—Mi fortuna?... maldita sea mi fortuna!

—Estais abatido.

—¡Estoy desesperado!

—¿Tanto la amais?

—¡Ah, que si la amo? Mirad, Sigea, la amo tanto que huyo de ella para no volver á verla jamás.

—Sí, Camoens, volvereis lleno de riqueza y de gloria.

—Riqueza!... gloria!... ¿dé que me servirian ya? Creo que riqueza no la poseeré nunca; tal vez conquiste la gloria.

—¡Oh! si vos no la conquistais con vuestra poesia, Portugal quedará divorciado de las musas.

—Poco le importará el divorcio.

—Mal pensais de vuestro pais.

—¿Mi pais? dudo si lo es. Creo que he nacido en España.

—No lo digais muy alto porque os tomarán la palabra los españoles y os colocaremos entre nuestros poetas.

—España no necesita el ausilio de mi ingenio para que sea la envidia de todas las naciones.

Así iban hablando los dos poetas cuando vieron pasar á alguna distancia de ellos á una dueña cubierta toda con un negro manto.

—¡Lucifer! gritó Camoens, te reconozco aunque vas con faldas. En tus innobles uñas voy á dejar al bello ángel de mis sueños.

—¿Quién es, preguntó la Sigea?

—Es una de las doncellas que se conservan para demonios. Virginidad de ochenta años; racimo seco en agraz; árbol sin ramas, sin ojas, sin flor y sin fruto; Abispa rabiosa de los tejados que no fabrica miel; espina punzadora de la juventud; Doloroso clavo de la humanidad.

—¿Doña Graciana?

—Doña Graciana; el funesto alcaide, el cancerbero hembra de mi adorada, ¡cuántas horas de martirio nos ha hecho pasar!... Pero ¡vive Dios, prosiguió Camoens, deteniendo instantáneamente su paso y dando un golpe con su planta en el pavimento de piedra, que esta noche á pesar de su vigilancia he de verla, he de hablarla y he de estrechar su mano!

—Cuidado, Camoens, no espongais nuevamente vuestra vida.

—La vida es lo que menos me importa. Yo

necesito verla otra vez aun. Necesito decirla, que la amo.

—Para hacerla sufrir doblemente; para llenar de amargura aquel pobre corazon.

—Es verdad.

—No teneis piedad de ella?

—La adoro.

—Pues no la veais.

—Es imposible, Sigea. Ya habia renunciado á ello por deber y ahora pienso con frenética alegría en que voy á partir para tener el derecho de despedirme de ella. Hay alguna cosa de cruel y de vengativo para los dos en la emocion que me causa esta postrera entrevista. Parece que yo deseo castigar su amor y el mio con el dolor que preparo esta noche para entrambos.

—¡Ay, Camoens, cómo reconozco en esas palabras la índole del poeta! Avido de infortunio se complace en todo lo que sea desgarrar sus entrañas con sensaciones violentas. Aun cuando la felicidad le buscase, él la rechazaria por parecerle pálida. El estado de la sencilla dicha, es para el poeta el estado de la indiferencia. Necesita para vivir la inmensidad de la desgracia como el gran mónstruo marino necesita de la inmensidad de los mares.

—Véd allí á un sapo que se contenta con una laguna, replicó Camoens, señalando á un cortesano que pasaba. En todo teneis razon, Sigea. Pero ¿es verdad que soy tan poeta como pensais?

—Allá lo dirán los siglos.

—No me creo tan grande.

—Sois casi un niño.

—¿Qué escribiré, Sigea?

—Escribid las glorias de Portugal.

—¿Y por qué no las de España?

—Unas ú otras. Pero en fin; Portugal es vuestra patria.

—Repito que no lo sé, señora. Tal vez soy moro.

—¡Qué idea!

—Por qué ¿pensais que no me halagaria la idea de ser moro?...

—Cuidado no os oiga algun esbirro.

—Sí, yo estaria orgulloso de que me animase la sangre generosa de los africanos. Valiente raza que admiro y estimo doblemente desde que un alfanje me cercenó la mejilla arrancándome un ojo.

—Mejor que no os hubiese herido.

—Os engañais, señora, una herida vale mas que un ojo.

—¿Y Catalina?...

—¡Oh, callad. No me acordaba de que á las mugeres les agradan mas los ojos que las cicatrices. ¿Por qué me lo recordais? ¡Por qué sois tambien muger!

—Vuestra exasperacion os hace hoy injusto.

—No lo sé; pero deseo reñir con alguien.

—Que no sea conmigo.

—Designadme otra persona.

—Enfadáos con los dioses: reñid con Eolo y arremeted con Neptuno.

—¡Ojalá pudiera!

—Escribid versos batalladores.

—¿Y creeis que me calmaré?

—De seguro.

—Voy á obedeceros.

—Adios, pues, y que Apolo os inspire.

—Que el cielo os guarde, señora.

---

# CAPITULO XIV.

—

## Dueña conquistada.

«¡Portugal! ¡Portugal! Hermoso rincon del mundo; cuna de los reyes buenos, ¿cuándo volveré ya á visitar tus deliciosos jardines? ¿cuándo volveré á encantarme con la suavidad de tu cielo? ¡Oh, plegue á Dios que la fortuna te asista y que la gloria corone tus triunfos! ¡Plegue á Dios que tu raza de nobles caballeros al estender tus conquistas por el mundo te haga tan poderoso como tu hermana España.»

Asi murmuraba la Sigea, sola en su aposento

en tanto que empaquetaba sus libros y sus papeles. Amaba á Portugal como á su misma patria y sentia oprimido el corazon con la idea de abandonarle. Tiene en efecto aquel pais muchas seducciones para el poeta. Su sol ilumina y vivifica sin que deslumbre y abrase; su lluvia repetida fecunda la tierra sin inundarla; su vejetacion se desarrolla con fuerza como si estando cercano el límite del mar quisiera aprovechar el terreno produciendo centuplicados sus frutos y sus flores. Una dulce embriaguez sebrecoje los sentidos cuando á la hora del crepúsculo se cruza por sus *quintas*. Las costumbres sencillas y patriarcales de los portugueses se traslucen en la manera de cultivar los campos. Nada de arte, nada de afectacion en sus viviendas campestres. Grutas formadas de gruesos árboles colocados al rededor sin simetría; fuentes que brotan entre peñas irregulares y se quebrantan por el natural desnivel, produciendo una cascada al rededor de la cual entrelazan sus informes ramos higueras bravías, almendros amargos y encinas gigantescas; lagunas cristalinas encerradas entre las raices de los fresnos y llenas de peces de colores como los estanques; techos de box tendidos al acaso bajo la sombra de los tilos; largos y tortuosos cami-

nos de limoneros, embovedados con parrales y con yedras; todo lo que la naturaleza tiene de mas rico nacido á la ventura y esparcido y agrupado sin órden por aquellos fertilísimos campos donde refleja el cielo su sonrosado celage, todo inspira amor hácia Portugal. Luisa Sigea le creia una continuacion de España y decia «solo la mano del político pudiera haber querido dividir con invisibles líneas dos paises unidos por la coyunda del Tajo. Es como si se quisiera cortar una cabeza dejando intactas sus venas y sus tendones»....

Una dama se presentó en el aposento de Luisa Sigea cuando esta se hallaba preocupada con las ideas de Portugal.

—Sed bien venida, dijo la escritora presentándola un asiento. ¿A qué debo, señora, la fortuna de esta visita?

—A mi infortunio

—Posible es que llameis infortunio á algun ligero contratiempo de la vida.

—Veo por esas palabras que no me habeis reconocido.

Descubriose la dama y esclamó, la Sigea.

—¡Ah! sí, vuestro infortunio es verdadero.

—Yo soy, señora, aquella misma desgraciada

doncella que vino un dia á pediros una merced: rehusásteis concedérsela y á pesar de eso ahora viene á pediros otra.

—¡Ojalá pueda serviros!

—¿Le habeis visto, no es verdad?

—Le he visto y le he hablado.

—¡Con que es cierto que se halla libre!

—Si la duda os causaba pena podeis estar tranquila.

—He salido muy temprano sin permiso de la dueña, impelida por el deseo de saber si se hallaba libre. He vagado en torno del tribunal vacilante y medrosa temiendo siempre el encuentro del Conde ó de Doña Graciana, y no atreviéndome despues de tantas horas á volver sola á mi morada donde me espera acaso un triste encierro he venido, señora, con la esperanza de que me concedereis la gracia de acompañarme. El Conde os estima y venera sobre todo encarecimiento, y nada osará decir la dueña cuando me presente con vos. Ved, señora, que necesito de la libertad para ver á vuestro noble amigo. Ved que moriria...

—Basta, jóven, dijo la Sigea interrumpiéndola vivamente: lo que pedís es demasiado razonable y justo para que necesiteis enternecerme con

vuestras dolorosas suposiciones; voy á ponerme el manto y á cumplir vuestra voluntad.

—¡Oh! gracias, permitid que bese vuestra mano.

—De ninguna manera, os digo, jóven, que en serviros recibo yo grande honra.

Salieron las dos damas cubiertas con los mantos y á poco trecho dieron con Doña Graciana que tambien encubierta parecia acechar la salida de alguna persona.

—Vedla , dijo temerosamente Catalina de Attayde estrechando el brazo de la Sigea.

—Silencio, replicó esta; no deis muestras de sobresalto ni mucho menos la hagais sospechar que habeis reparado ne ella.

Siguieron con paso firme y la dueña tomó la ruta tras ellas con el seguro propósito, sin duda, de observar sus movimientos.

¡Oh, celo infatigable de la dueña sin amores: tu virtud es la envidia y el egoismo! ¡Pobres lectoras mias si teneis dueñas! la autora de esta fábula os compadece y os envia para consuelo todo género de imprecaciones contra ellas.

Llegaron por fin las tres al departamento de Castanheira y entonces la dueña se adelantó sin duda para prevenir al Conde de aquella visita.

Breves serian pero enérgicas las palabras que le dijo cuando de tan mal talante le puso en el momento de recibir á su sobrina. Su voz ágria y destemplada resonó en los oidos de la jóven como la sentencia del juez y tuvo que afirmarse en el brazo de la Sigea para no caer desvanecida.

Pero la Sigea se adelantó y descubriendo el rostro dijo con dignidad.

—Os entrego, Conde, á vuestra bella sobrina que me he hecho la merced de venir á visitarme penetrada de la viva satisfaccion que esperimento cada vez que se digna concederme esta honra. Aunque tan breve es el trecho que separa nuestras viviendas he querido acompañarla para mayor decoro de su persona, que siendo tan alta parece bien que tenga siempre quien la sirva.

—Sois aun muy jóven para dueña, respondió el Conde desarrugando el ceño y ofreciendo un asiento á la escritora.

—Es cierto, replicó la Sigea, pero no es precisamente la edad lo que hace á Doña Graciana tan respetable, sino su prudencia y singular virtud. Ademas que si no sirvo para dueña de Doña Catalina puedo servirla para dama.

—Si tal dama tuviese, yo viviria, señora, muy tranquilo.

—¿Pues qué os roba la tranquilidad, Conde?

—Sus locos amoríos, interrumpió Doña Graciana.

—No á todas las doncellas les es dado, repuso la Sigea mirando á Doña Graciana con aire de profundo respeto, conservar su corazon exento de las certeras flechas del audaz y temerario Cupido: tan grande prueba de discrecion no acierta á darla sino alguna entre mil escojida y severa maestra que á despecho de los combates de los hombres se conserva indiferente á la pasion y logra al fin la crecidísima palma que ahora admiro en las manos de Doña Graciana. ¡Dichosa vos, señora, que con tal fortaleza habeis nacido!

Pronunció la Sigea este irónico discurso con tanta serenidad y aplomo que Doña Graciana lo creyó verdadero y el Conde dudó si era finjido: hasta Catalina de Attayde vaciló en tomarle por graciosa burla.

—Pero, señora, prosiguió la Sigea con voz insinuante: puesto que tal es vuestro triunfo debeis compadecer mas hondamente á las doncellas que no teniendo sobre sí el mismo grande imperio que teneis vos sobre vos misma, luchan y se atribulan con los artificios de Cupido. La piedad, la indulgencia, la perseverancia en el consejo y la

blandura en la reprension han de ser eficaces para templar en la doncella enamorada cualquiera llama imprudente. Yo os conjuro, señora, para que como madre tierna procureis encaminar á esta jóven al templo adonde habeis llegado vos sin que la cueste lágrimas ni tormentos. Hacedla feliz al par que virtuosa y habreis merecido la gratitud del Conde.

—¡Ay! esclamó Doña Graciana, mal conoceis señora, su obstinada rebeldía á mis amonestaciones.

—Endulzad vuestras amonestaciones, Doña Graciana, y ella será obediente.

—Es una ingrata y no me quiere bien!

—Sed bondadosa con ella y os amará.

—Yo la amo, esclamó Catalina rompiendo en llanto, á pesar de cuanto sufro!

—Y yo no quiero que sufra, dijo Doña Graciana enternecida por la primera vez de su vida.

—Perdonadla, Doña Graciana , dijo la Sigea, perdonadla, si os ha ofendido y abridla vuestros brazos. Jóven, abrazad á vuestra segunda madre y cesen cuantos pequeños agravios hayan dado lugar á culpables rencores.

Catalina se arrojó sollozando en los brazos de la dueña que la estrechó en ellos con verdadero

afecto y el Conde conmovido por aquella escena dió las gracias á la Sigea que se retiró para ir á terminar los preparativos del viage.

Cuando entró en su aposento halló sobre su mesa una carta de Camoens: decia así.

---

# CAPITULO XV.

—

## Dos cartas.

1.ª

«Inútilmente, Sigea, he probado á templar mi lira; mis uñas como las del Demonio han producido sonidos discordes. ¡Ay! qué he de cantar en estos instantes? Estiendo mis ojos fatigados por los espacios donde quiere fijarse el pensamiento y no veo sino pedregosos montes y sin gracia y sin flor aquellos campos que tan graciosos y floridos veia otras veces. Veo el puro, suave y rico Tajo con

las cóncavas barcas, unas navegando con blando viento y otras con leves remos apartando sosegadamente las cristalinas aguas y hasta la vista del agua, que no siente, me arranca lágrimas de despecho, si lágrimas debo llamar á estas chispas que me queman los ojos. Advierto con espanto que he perdido la energía del hombre sin adquirir la sensibilidad de la muger.

«No obstante, yo tengo esperanzas de reanimar mi existencia cuando lanzado en brazos del borrascoso Neptuno me halle frente á frente con la tempestad flotando entre las nubes y los abismos. Yo espero todo mi aliento de los huracanes, de los naufragios y de la agonía. En cuanto á la muerte no creo en ella. La muerte está desacreditada para mí.

«Yo espero que aun podré cantar; bulle en mi cabeza el pensamiento de escribir un poema. Quisiera recordar á Portugal los hechos de aquellos esforzados varones que desde la playa occidental de Lusitania pasaron por mares nunca navegados hasta el confin remoto donde edificaron un nuevo reino. Quisiera loar las gloriosas memorias de aquellos reyes que dilataron el imperio de la fé en las viciosas tierras del Africa y del Asia.

«Esto calmaria mi ambicion, Sigea, yo no tengo otra. Y cómo habia de tenerla cuando conozco el esqueleto de las demas ambiciones humanas? Creeis que pudiera arrastrarme á la India el afan de otra gloria? Oh, gloria del poder! Oh, vana cobertera de la vanidad á que llaman fama! Oh, gusto fraudulento que se atiza con el humo del aura popular á que llaman honra; qué castigo tan grande y tan justo produce al corazon que la desea! Inquietud dura de la vida y del alma, fuente de desamparos, sagaz cousumidora de haciendas, de reinos y de imperios, llámanla ilustre y sublime siendo digna de baldon; llámanla gloria siendo digua de infamia!

«No, Sigea, yo no aspiro á ser otra cosa que poeta. No he podido ser poeta en Lisboa; los necios cargan aqui sobre el talento de la poesia como los insectos sobre la rama mas florida del árbol. Mi planta está cansada de aplastar insectos, pero es imposible destruir la casta. Vóime lejos, muy lejos, donde sus patas rastreras no puedan hacerlos caminar y donde sus alas inmundas no puedan transportarlos cerca de mí.

«Bien sé que las venenosas picaduras que han hecho á mi corazon no cesarán de mortificarme durante muchos años: tal vez han destruido ya

el verdor lozano de mi juventud y tal vez no me resta sino una corteza seca y áspera que nunca ha de volver á brotar. Si es asi deseadme un pronto naufragio, ¿para qué la vida si ha de ser una vida estéril?

«Pero no, no será estéril: yo pelearé. He aprendido ya á pelear en las Africanas playas, dura escuela de la juventud portuguesa, y he tenido en aquellos breves dias un gran maestro; mi padre. ¡Oh, Sigea, acaso no os he dicho que entre los muros de la veneranda Ceuta he hallado al ilustre guerrero que me dió el ser y que combatiendo por él á su lado recibí la herida que ha marcado mí rostro con indeleble marca... Si le veis en España decidle que parto contento á la India. Si os habla tristemente de la vista que he perdido respondedle que yo no me he quejado...

«Adios, Sigea; escribidme antes de marchar algunas palabras de esperanza y de consuelo. Ahora que voy á separarme de vos es cuando reconozco el influjo que ejerceis en mi genio. No lo habia advertido hasta ahora como no se advierte la tristeza de la noche sino cuando empieza á ocultarse el sol. ¡Miserables de nosotros! Tan poco alcanzamos que no conocemos los bienes en la posesion: es preciso la carencia de ellos.

«Adios, vuelvo á deciros, Sigea, sois de todas las criaturas que he conocido la única que no me ha hecho sufrir.

LUIS DE CAMOENS.

2.ª

«Vuestra carta es una carta muy triste, Camoens, y á pesar de eso no me ha entristecido. Por mas que vos creais que la ha dictado la desesperacion no la ha inspirado sino la poesia. Por mas que vos digais que no podeis escribir sino prosa, vuestra carta está llena de versos. Veo con alegria que las desgracias no han tocado ni siquiera al esmalte de vuestro genio. Llorais como el niño y blasfemais como el poeta. Así debia de sentir Homero cuando tenia la edad vuestra.

«No os admire: sois cuando menos su hermano de leche. La misma musa que crió á Homero os está nutriendo á vos.

«No os escribo, para infundiros esperanzas y consuelos. Vuestro espíritu los lleva en sí. En tanto que arde en el alma la llama altísima de la poesía, ella sola basta para sostener al mortal.

«Sé que sois desgraciado, ¿pero qué derecho tiene el genio á la felicidad? Unos pocos dias que

se pasan sobre la mísera tierra donde no existen sino goces pasageros, ¿quereis que tambien sean monopolio del hombre que ha de sobrevivir á sus contemporáneos? ¿Qué ha de inmortalizarse en los siglos?

«Al vulgo pertenecen los placeres de una vida risueña y sin dolor, ¿por qué se los quereis escatimar? Si la presencia de un astro os sumerge en abrumadora meditacion, si el paso de una nube os causa melancolía, si el gemido del mar os estremece es porque de esas emociones ha de brotar la chispa que os haga sobrevivir á los demas.

«Hasta esos mismos seres indiferentes que con su ignorante sonrisa os punzan y os atormentan son, sin saberlo, el instrumento de que se sirve el destino para exaltar vuestro genio. El espíritu noble y generoso que se vé desconocido por la turba imbécil, se replega en la soledad y produce entonces obras inmortales que sirven á la posteridad de tremenda leccion. Vos, escribís, una leccion que no han de aprender los portugueses sino despues de tres ó cuatro siglos; pero escribidla, porque cuanto mas generaciones pasen sin entenderla mayor será luego la gloria que la posteridad os acuerde. Ved cuán grande ha sido la

venganza del genio de Homero: hasta el polvo de las ruinas de la soberbia Grecia se ha disipado ya y todavía Homero viene á cantar sus triunfos á las demas naciones que pasarán tambien antes que su nombre y su gloria.

«Esto es, Camoens, lo único que tengo que deciros, que cumplais con el *deber del genio*. No importa que las gentes menospreciando vuestro saber os quieran eximir de que lo cumplais; vos sabeis que Dios os ha encargado de cumplirlo y basta. Disipad con vuestro reflejo las tinieblas de Portugal; estended su fama por el mundo; encumbrad su gloria y sereis como el redentor de los poetas venideros á quienes el vulgo no se atreverá á despreciar recordando la historia de *Luis de Camoens*.

«Ha habido en estos siglos grandes héroes. Falta un poema, escribidlo y olvidad vuestro infortunio. Los poetas como vos no deben tener ni tiempo para ser inforturados.

«Id. en paz, noble jóven, y que Dios bendiga todas vuestras empresas»

Luisa Sigea.

# CAPITULO XVI.

—

## La muerte en vida.

La noche siguiente en que quedó libre Luis de Camoens, víspera de la marcha de la flota, bajó al jardin de palacio una dama encubierta á quien habian dado secreto aviso de esperar á su amante y se colocó detrás de una estátua que la ocultaba á la luz de la luna. Entonces dió una palmada y en el propio instante un caballero cubierto con el casco y con la visera calada salió de entre los árboles y se arrojó á sus pies.

—¡Camoens!

—Sí, tú amante que viene á verte aun por la última vez para decirte que te amará hasta la muerte.

—Dios mio, ¡qué oigo! por la última vez.—Sí, ya otra noche me hablaste de tan triste manera.

—Y no me marché para siempre, pero ahora sí!... No llores... Ten valor para una separacion irremediable.

—¡Cruel! como no hé de llorar si mi primer impulso de alegría lo ahogas con la amenaza de dejarme?

—¡Amenaza!

—Cuando aun no he visto tu rostro, cuando aun no sé como has venido de Africa, si te hirieron, si has sufrido mucho, si estás pálido, si tus ojos tienen mas tristeza: ¡oh, desciñe de tu frente el casco.

—No.

—Alza la visera.

—Catalina, dijo Camoens con acento sombrío y retrocediendo dos pasos, yo no puedo descubrirme á tí.

—Cielos, gritó, Catalina, ¿no eres tú?...

—Silencio, infortunada, yo soy.

—Sí, tú eres; ¿cómo habia de equivocarse mi

corazon que solo late con tu presencia? ven, dime, qué tienes; esplícarme por qué me ocultas tú rostro. ¿No sabes cuánto te amo? ¿No sabes que la luz de tus ojos me alienta y me consuela? Mira la luna, Camoens, la luna á quien tú has cantado en tus versos.

—Sí, replicó Camoens con amargura y despecho; la veo al través de estas rehendijas y vislumbro tu hermosura á su luz como el condenado vislumbra la gloria que nunca ha de ser suya.

—¿Y por qué no? Camoens, yo quiero hablarte por fin de lo que mi alma desea. Yo dejo de luchar contra el destino y me abandono á tu amor. Yo quiero huir contigo y ser tu esposa. Ya no temo la cólera del Conde...

—Basta, Catalina, no aumentes mi infortunio con esa declaracion tardía. La felicidad es ya imposible para nosotros.

—Qué escucho?... cielos!... Tú rehusas?...

—¡Ah, por piedad no destroces mí corazon, ó vive Dios, que hundo en mi pecho este acero!

—Camoens, no te comprendo...

—No quieras comprenderme, Catalina, y créeme; te amo como las almas de mi temple saben

amar, pero estoy desterrado de tí para siempre. Ni una sola vez en la vida volveré á estrecharte contra mi desgraciado corazon; ni una sola vez imprimiré en tu frente el beso amante que yo solo merezco darte, porque yo solo puedo sentir este amor infinito hijo de la poesía é inmortal como ella. ¡Oh, no! Yo, yo voy á perderlo todo: hasta tu confianza, hasta tu amor, hasta tu recuerdo. Tú me olvidarás y cediendo á la voluntad del Conde darás tu mano, al fin, á uno de esos nobles sin pasion, sin espíritu, sin entusiasmo, que desposan á una doncella por la mísera vanidad de perpetuar su nombre. A tí, á tí, que has nacido para ser eternizada te reducirán á la condicion de esas humildes portuguesas, pobres esclavas sujetas al ciego egoismo de sus dueños. ¿Quién sabe si estás destinada á amar á un ser presuntuoso, altanero, frio, déspota, á quien tu misma ternura irrite y que profanando tu virginal amor y destruyendo tus santas ilusiones te arrastre al oprobio y te desprecie luego? ¡Ay, yo entretanto en playas remotas, separado de tí por todos los mares, no veré correr tus lágrimas... pero, escucha, prosiguió Camoens cojiendo sus manos con vehemencia, á pesar de todo yo te amaré y á cualquiera hora en que invoques mi nombre mi

espíritu te responderá. Yo soy tuyo por mas que el mundo nos separe, y mi pensamiento guardará fiel hasta el sepulcro este amor que no puede darte la dicha en la vida pero que te dará la gloria en la muerte. Sí, la gloria, lo juro! Porque yo te eternizaré en mis versos.

Hablaba Camoens sin que Catalina tuviese fuerzas para responder á ninguna de sus palabras. Sus lágrimas corrian silenciosamente haciendo brillar sus mejillas á la luz de la luna, como las hojas de esa planta cuajada de puntas de hielo cuyo nombre científico ignoro pero que en España se llama simplemente *planta de hielo*.

Fortuna era para ella este llanto: las lágrimas son sangria del corazon provechosa cuando se halla enfermo.

La desgracia que presentía era de esas que destruyen moralmente la vida de una muger inutilizándola para todo sentimiento que no sea una profunda desesperacion. Aunque el amor de la doncella por su amante no sea superior al de la madre por su hijo, el dolor que produce la separacion del ser amado no es tan amargo en la última como en la primera. Esto consiste en que el amor de la doncella es eventual porque está sujeto al influjo del tiempo y á la pérdida de la

juventud, y el de la madre es infinito y lleva sus esperanzas hasta la muerte. La muerte del amor para una doncella es una larga separacion de su amante, su felicidad local puede desvanecerse solo con mudar de pais; la de una madre está asegurada en todos los climas.

Por eso no aconsejaría yo á ninguna de mis lectoras que dejasen marchar á sus amantes, á no ser que tuviesen la mala intencion de tomar otro, lo cual no sucedia con facilidad en el siglo diez y seis, siglo de los héroes, de los poetas, y de las damas leales.

Hubo un momento de silencio y luego prosiguió Camoens con esa calma heróica de la pasion que se concentra en lo mas íntimo del alma para hallar una remota esperanza en la última de las ilusiones.

—Pero no importa que yo te pierda en vida, doncella amada de mi corazon, yo vendré á morir á Portugal; y si yaces bajo la tierra, mis huesos irán á reposar cerca de los tuyos, y si vives vendrás á orar sobre mi tumba. La vida es muy breve, Catalina, la muerte es muy larga. Estaremos juntos hasta el juicio final.

Estas últimas palabras las pronunció Camoens con una entonacion semejante á la de la campa-

na que dobla por un difunto: y al sonar su último eco se alejo lentamente sin que Catalina hiciese el menor movimiento para estorbarlo. Estaba petrificada. Ni siquiera sufria. Hay una especie de muerte que no alarma al prójimo porque el difunto conserva los ojos abiertos, y sus miembros en accion, y anda y habla y come y se parece absolutamente á los vivos. A veces estos muertos viven mas que los vivos, porque, como han perdido la sensibilidad no se gastan y cuando llega la hora de caer en la tumba caen, como aquellas estátuas que la intemperie no puede destruir pero que hunde el terremoto. Esta especie de muertos son muy frecuentes en la vida pero no se conocen, porque los médicos no los han declarado difuntos.

Tal quedó Catalina de Attayde despues de la separacion de Camoens.

Dice la tradicion que se casó años despues de esta noche y que vivió aun algunos mas, separada de su amante; pero la tradiccion no hace sino corroborar mi idea; los portugueses no conocian, ni conocen tampoco mas que esa clase de muerte que nosotros conocemos, é insisten por consecuencia en llamar vivos á todos los que lo parecen.

## CAPITULO XVII.

—

### Profesion de la Infanta Doña María.

A la mañana siguiente despertaban los portugueses mas temprano que de ordinario inquietados por el deseo de ver partir la flota. Multitud de gentes corrian hácia la playa á despedir á los animosos marinos que iban tal vez á buscar su sepulcro en los remotos mares y las pobres mugeres hacian á la orilla un tristísimo duelo al dar sus últimos abrazos á los deudos que partian.

El Rey enternecido y admirado de su propia grandeza contemplaba estas escenas desde las

ventanas de su palacio y esclamaba sin cesar volviéndose hácia la Reina á quien habia llamado para que fuese testigo de su gloria.

--Mira, mira cuánta gente!... Mira qué gallardos son los buques!... Ya se embarcan los marinos. ¡Bien, esforzados portugueses, hijos de Neptuno, padres de la gloria!... Mira, mira ya se hacen á la vela... Vasco... Almeida... Faria... Pereira... Macedo... alli van, alli van, míralos sobre cubierta... Y alli veo tambien á Camoens... Vamos ahora se curará de la manía de hacer versos... Adios, adios, adios, mis queridos vasallos, que el cielo os guie!...

En efecto, en aquel instante la flota salia del puerto magestuosamente y era Luis de Camoens uno de los que iban sobre cubierta entre los que habia señalado el Rey; pero lejos de curarse de la manía de hacer versos, como S. M. predecia, se hallaba repentinamente inspirado con la idea de escribir el inmortal poema de la Luisiada y ya comenzaba á imaginar esta descripcion.

Ja no largo océano navegabam
As inquietas ondas apartando;
Os ventos brandamente respirabam,
Das nâos as velas concavas inchando:

Da branca escuma os mares se mostraban
Covertos, onde as proas vão cortando
As maritimas aguas consagradas,
Que do gado de Pròtheo são cortadas.

¡Ah, infortunado poeta! El tuvo la propia suerte que todos los verdaderos genios; enriqueció á su patria con un poema que la permite ceñirse con orgullo la corona de laurel que solo han ceñido Grecia y Roma y no volvió á su pais sino para morir mendigando el pan por mano de un negro esclavo. ¡Negras esclavas se tornen las naciones que dejan asi perecer á los genios como Luis de Camoens!...

Pero no es de Luis de Camoens sino de Luisa Sigea de quien me propuse hablar en este capítulo para terminar la novela.

Heme distraido con la salida de la flota y no puedo alcanzar sino al fin de la ceremonia que en el convento de la Luz se está verificando para que la Infanta Doña María tome el sagrado título de esposa de Jesus, teniendo por compañera que la exorte en su despedida al mundo á su maestra de latin, la poetisa de Toledo.

Todavía por las altas bóvedas del convento de la Luz resonaban los cánticos de los sacerdotes y

de las religiosas. La capilla consagrada á la Santísima Vírgen María estaba resplandeciente con millares de pálidas velas entre las cuales habian colocado las monjas preciosos vasos de cristal llenos de flores de donde se exhalaba un rico perfume de azucenas y de rosas.

La Infanta habia regalado á la vírgen un manto de terciopelo verde bordado de perlas y una corona de oro en la que habia hecho engastar todo el tesoro de los magníficos brillantes y esmeraldas que poseia. La hermosa imágen de María estaba asi deslumbradora con las joyas de que ella sola, y no nosotras humildes siervas, debe engalanarse y las devotas portuguesas la adoraban á través de una nube de incienso que se elevaba delante del altar.

¡Oh, yo compadezco en el fondo de mi alma á las ignorantes é insensibles mugeres que no comprenden la Magestad de la Vírgen María y que no sientan hácia ella el entrañable amor que mantiene puras á las doncellas, que hace castas á la esposas y tiernísimas á las madres. Si hay para la muger una amistad verdadera que pueda consolarla de las innatas pesadumbres de su condicion, si hay una proteccion segura que la libre de las malas pasiones, esa es la amistad y

la proteccion de la Vírgen María. La vanidad, la inmodestia, el egoismo, la dureza del corazon, la frialdad del alma son el castigo de las que no comprenden ni aman á la madre de Jesus.

De rodillas desde el coro meditaba asi la Infanta Doña María y lágrimas dulces y serenas corrian por su blanquísimo rostro.

El Infante Cardenal D. Enrique habia consagrado su sacrificio colocando sobre sus delicadas sienes el velo virginal. Luisa Sigea la habia acompañado durante la ceremonia á la cual Don Juan III no habia podido asistir, segun dijo de antemano, por ser la misma hora en que debia partir la flota, pero en realidad por el sumo disgusto que le producia el que la Infanta hubiese legado todas su riquezas al convento de la Luz. D. Juan III tenia un bondadosísimo corazon, pero era rey y por consecuencia se hallaba mas necesitado de las riquezas que lo estan los que no son reyes. Todo lo que fuese oro, plata, ó piedras preciosas le era mas grato y conveniente que le seria á ninguno de mis lectores, por mucha que fuese la urgencia en que se hallasen; porque en las naciones sucede como en los mares; un ballenato traga mas agua que todos los otros pescados juntos.

Pero desgraciadamente para el ballenato portugués la Infanta habia pensado que era mas caritativo dar sus tesoros al convento de la Luz, dotando su hospital, socorriendo sus pobres, y adornando sus imágenes, que aumentar el lujo de la ya fastuosa corte de su hermano. En esto habian tenido gran parte los consejos de la Sigea cuyos sentimientos de piedad cristiana eran iguales á los de su ilustre discípula.

Terminada la ceremonia se retiraron estas dos amigas á la celda destinada á Doña María y habló así la Sigea:

—Vos no perteneceis ya al mundo. El muro que os separa de la corte es de tal manera impenetrable que ni la voz ni la mirada de un hombre puede ya llegar hasta esta celda. El sacrificio ha sido semejante al de la muerte. Habeis descendido á la tumba con los ojos abiertos para ver únicamente las sombrías paredes que la encierran y los míseros gusanos que bullen en derredor. En este momento supremo hay, Señora, en el fondo del alma un sentimiento irresistible que en vano vos quereis reprimir. Este sentimiento es el deseo de dar un último adios al ser que mas habeis amado en la tierra y del cual os separais para una eternidad.

—¡Madre mia! esclamó la Infanta deshecha en lágrimas.

—Vuestra madre Señora no os ha perdido: vos no habeis perdido á vuestra madre; por el contrario, los lazos que habeis contraido apartándoos para siempre de un esposo terreno, os unen mas al cariño filial. Aun podeis ver á vuestra madre y estrecharla contra vuestro afectuoso corazon.

—Luisa, ¿qué quieres decir, pues? esclamó Doña María espantada.

—Mañana parto á España, respondió con calma la Sigea, y podeis tener, Señora, algun mensage que confiarme, alguna memoria que trasmitir... como el moribundo á sus deudos... á sus amigos.

—Luisa, dijo la Infanta, con muy bajo acento estrechando convulsivamente la mano de su maestra, ¿sabes que es... mi deudo?

—Sí señora.

—¿Que es D. Juan de Austria?

—Lo sé todo.

—Pues bien, puesto que yo estoy ya muerta para los hombres, que me hallo para siempre encerrada en una tumba y que ningun afecto terreno puede guiarme, yo quiero, sí, dar el adios

eterno á un deudo que me es... que me fué amado. Yo quiero enviarle una prenda sagrada de mi amistad.

—Confiad en mí.

—Toma, prosiguió la Infanta quitándose una cruz que tenia al cuello, dale esta insignia y que por ella combata contra los infieles y gane una gloria inmortal. Pero, escucha, añadió reflexionando y tornándose pálida de repente, ¿has de entregársela tú... has de verle?

La Sigea vió reflejarse en el noble rostro de la Infanta aquella ráfaga de celos y se afligió profundamente.

—Señora, replicó, yo no veré á D. Juan, pero haré que mi propio hermano le lleve vuestra memoria.

—¿Adónde vas tú?

—A Toledo, Señora. A mi humilde casa donde he vivido los años risueños de la infancia, donde he escrito los primeros versos de mi juventud.

—Pero allí está el palacio del Emperador y allí...

—¿Puede ir su hijo?... no os mortifique esa idea. Yo no veré á los príncipes, porque mi vida será oscura y retirada, porque voy á consagrarme á los cuidados de familia.

—Cómo, ¿piensas tal vez casarte?

—Sí señora.

—¿No amas ya á... él?

—¡Oh, sí, le amo mas que antes!

—¡Ah, lo confiesas!

—Digo siempre la verdad.

—¿Y vas á casarte con otro?

—Con otro.

—¿Quién es?

—No le conozco todavía.

—¿Es posible?

—Sí señora.

—¿Pero será...

—Un caballero.

—¿Tienes esperanzas de amarle?

—Ninguna.

—¿Cómo, has de ser dichosa?

—Yo no pretendo ser dichosa.

—¿Pues qué?

—Ser útil á la humanidad. No hay, Doña María, sino dos maneras de justificar el honroso nombre de muger que nos dá el mundo, ó consagrándose como vos á Dios sirviéndole con oraciones, con la pureza, con la penitencia, ó consagrándose á los deberes de esposa y madre. Una muger célibe fuera del cláustro es como el arro-

yo helado que ni sirve para fecundar los campos que atraviesa, ni sirve para calmar la sed del pasagero. La aves huyen de él, las flores no nacen á su orilla: su murmullo no alegra la soledad.

—¿Pero harás dichoso al hombre con quien has de unirte?

Sí, porque no teniéndole amor le tendré un profundo respeto que es el afecto mas grato al corazon del hombre.

—¡Estraña idea! cómo, ¿el respeto le hará mas feliz que el amor?

—Princesa, el hombre no es el mejor ejemplo que Dios ha dado á la humanidad para hacernos admirar las virtudes de la gratitud y de la abnegacion. El amor está lleno de sacrificios. El amor, ademas, nivela los caracteres é iguala los derechos de ambos sexos, y el hombre no se conforma con ese nivel ni está satisfecho mas que con el dominio de la autoridad. Ignoro si en los siglos venideros llegarán las mugeres á conquistar el espíritu del hombre hasta identificarle con el suyo, pero en el siglo presente no es un compañero, Doña María, es un *dueño* lo que nosotras debemos elegir: y á ese dueño yo estoy cierta de hacerle muy feliz con

mi solicitud, con mi fidelidad, con mi paciencia y con mi sumision... Perdonad si os parece amarga esta doctrina que no he aprendido sino con lágrimas muy acerbas... y dadme vuestra venia para que me retire. Ya he abusado harto tiempo de vuestra bondad.

—Luisa, esclamó la Infanta echándola al cuello entrambos hermosos brazos, tú me iluminaste siempre con tu sabiduría y tú me abandonas!

—¡Ah! Señora, bien poco sé y para nada habeis menester ya mis consejos habiendo tomado por maestro al redentor de los hombres... Animo, Doña María, y adios por la última vez!

—Adios, adios! repitió Doña María estrechándola contra su corazon y cayendo de rodillas al pié de un oratorio.

Luisa Sigea la contempló desde la puerta con una espresion triste y dolorosa y luego acercándose repentinamente, tomó su mano, la besó con efusion y salió del convento (1).

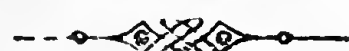
FIN DE LA SIGEA.

(a) «Juan Merolo afirma que Murió Luisa Sigea en Burgos el 13 de octubre de 1560 dejando un hijo de su matrimonio con D. Francisco Cuevas.»

Alfonso de Madrid historia de la ciudad de Palencia.

171

# INDICE DEL TOMO SEGUNDO.



173

# LISTA

*de los señores suscritores de Madrid y provincias, á las obras de* Doña Carolina Coronado.

---

S. M. la Reina Doña Isabel II por 6 ejemplares.

S. M. el Rey id.

S. A. R. la Serma. Señora Princesa de Asturias id.

S. A. R. El Sermo. Sr. Infante D. Francisco por dos.

Excmo. Sr. Calderon de la Barca id.

Excmo. Sr. Marqués de Turgot, embajador de Francia.

Excmo. Sr. D. Mauricio Cárlos Onís.

Excmo. Sr. D. Nazario Carriquiri.

Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.

Excmo. Sr. D. Pedro Egaña.

Mr. Cárlos Monthereau.

D. José Jove.

D. Pedro Raspau.

D. Rafael Martinez Valladares.

D. Mateo Velasco.

D. José Eustaquio Moreno.

D. Francisco Lopez Santander.

D. Leandro Lopez Garzon.

Doña Camila Montolo.

D. Juan Montero de Espinosa.

D. Francisco Salvador Coronado.
Doña Plácida de Escosura.
Excmo. Sr. D. Alvaro Gomez Becerra.
Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana.
Excmo. Sr. D. Francisco Lujan.
D. Gavino Gasco.
Excma. Señora viuda de Landero.
Excma. Señora viuda del general Gurrea.
D. Antonio María Rubio.
Excmo. Sr. D. Pedro Maria Rubio.
D. Gumersindo Laverde.
D. Alejandro Esteller.
Sr. Introductor de Embajadores.
D. Baltasar Martinez
Doña María Soledad Moreno.
D. Juan Nepomuceno de España.
D. Manuel Franco.
D. José Moreno Peñarrubia.
D. Antonio Hurtado.
D. Manuel Martinez Mazon.
D. Eugenio Hartzenbusch.
D. José Agustin Argüelles.
D. Eugenio Pascual Hidalgo.
D. Pedro Omaña.
D. Manuel Cañete.
D. Juan Bautista Alonso.
D. Eduardo Perrot.
D. Eduardo Santisteban.
D. Eusebio Donoso Cortés.
D. Augusto de Búrgos.
D. Manuel Vela.
D. Adolfo Perainat.

D. José Garcia Orea.
D. Sebastian Ortega.
Excmo. Sr. D. Mateo Seoane.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.
D. Juan Peña Ayuso.
D. Alejandro Anguiano.
D. Cárlos Gutierrez de la Latorre.
D. Francisco de Paula Retortillo.
D. Miguel Ruiz Malo.
D. Juan Quiñones de Leon.
D. Pedro Maria Fernandez Villaverde.
Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa.
Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
Excma. Sra. Condesa de Fabraquer.
D. José Santa Coloma.
D. Vicente Urrabieta.
D. Francisco Campello.
D. Gabriel Estrella.
Excmo. Sr. Conde de Velle.
Excmo. Sr. Duque de Castroterreño.
D. Cándido Nocedal.
D. Bernardo Cabañas y Aulestia.
D. Vicente Veguer.
D. José Olañeta.
D. Joaquin Murga.
Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo.
D. José Mora.
D. Francisco de las Rivas.
D. Alejo Vicente.
D. Ramon Peñasco.
D. Manuel Cábria.

Sr. de Catalá.
Sr. de Cortazar.
Excmo. Sr. Marqués de Fuente Duero.
Excma. Sra. Condesa de Yumuri.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. Duque de Rivas.
Excmo. Sr. Conde de Sevilla la Nueva.
D. José Ruiz de Arana.
Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
Sr. Agüero.
D. Andrés Borrego.
Excmo. Sr. D. Ventura dela Vega.
Excmo. Sr. D. Ramon Calatrava.
Excmo. Sr. D. Tomás Corral.
Excmo. Sr. D. Juan Martin Carramolino.
Excma. Sra. Duquesa de Gor.
Excmo. Sr. D. Juan Francisco Pacheco.
Excmo. Sr. Conde de Alcolea.
Sr. Marqués de San Felices.
Excma. Sra. Doña Antonia Serrano.
Excmo. Sr. Conde de San Antonio.
D. Eduardo Gonzalez Pedroso.
Excmo. Sr. Duque de Osuna.
Sr. de Ferrer.
Excmo. Sr. D. José de Zaragoza.
D. Baltasar Anduaga y Espinosa.
D. Emilio Bravo.
Excmo. Sr. Conde de Casa-Bayona.
D. Bartolomé Garcia de la Serrana.
D. Agustin Duran.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. José Yustiz y del Castillo.

D. Ramon Rodriguez.
D. Francisco Lopez.
Doña Eulogia Riego de la Torre.
D. Saturnino Alcocer.
D. Manuel Tamayo y Baus.
Excmo. Sr. General Moreno.
Sr. de Llanos.
Sras. de Alvarez.
D. Ramon Lopez y Suarez.
D. Felipe Diaz.
D. Federico Madrazo.
D. Alejandro Groizard.
D. José Manso.
Mr. Edmond Le Gevel.
D. Fabian Gutierrez Lasso de la Vega.
D. Eduardo Soler.
Sra. de Torres.
D. Cárlos Romero Paz.
D. Ramon Miranda.
D. José La Plana.
D. Francisco Navarro Villoslada.
Doña Angela Jimenez.
D. Rufino Garcia Carrasco.
Excmo. Sr. Conde de Pinofiel.
D. Francisco Maria de Egaña.
D. José Subercase.
D. Antonio Cardona de Jovellar.
Excmo. Sr. D. Buenaventura Vivó, Embajador de Méjico.
D. Mariano Esteva.
D. José Maria Pastor.
D. Fernando Elias.

D. Joaquin Soler.
Excmo. Sr. D. Adolfo Keil, Embajador de Sajonia.
Excmo. Sr. D. Juan Guillermo Bergman, Embajador de Suecia.
Excmo. Sr. Conde de Quinto.
D. Joaquin del Pino.
D. Bernabé Morcillo.
Excmo. Sr. D. Pedro Soulé, Embajador de los Estados Unidos.
Excmo. Sr. D. Francisco Adolfo de Varnhagen, Embajador del Brasil.
D. José Maria Fernandez Espino.
Sr. de Casares.
D. Vicente Bertran de Lis y Rivas.
D. Antonio Udaeta.
D. Joaquin Reinas.
Excmo. Sr. Lord Howden, Embajador de Inglaterra.
D. Cárlos Otway.
D. Roberto Middleton.
D. Lorenzo Milans.
D. Ignacio Banwer.
Doña Vicenta Bermudez.
D. Antonio Escudero.
D. Joaquin Marraci.
D. José Selgas.
Excmo. Sr. D. Ventura Diaz.
D. Cárlos Fonseca y Vinuesa.
D. Horacio Perry.
D. Felipe Picon.
D. Juan Antonio Rascon.

D. Pedro Lahoz.
D. Ramon Llopis.
Excmo. Sr. D. Ramon Maria Narvaez, Duque de Valencia.
D. Dionisio Nuñez.
Excmo. Sr. Conde de Azinhaga, Embajador de Portugal.
D. Ramon Navarrete.
D. Antonio de Lancastre y Salduha.
D. Juan Martinez Lázaro.
D. Elías Bianche.
Monseñor Franchi Alejandro, Internuncio de Su Santidad.
D. Julian Casas.
Sr. Marqués de Heredia Carrion.
Excmo. Sr. General Ros de Olano.
Excmo. Sr. D. Salustiano Olózaga.
D. Emilio Nuñez.
Excmo. Sr. D. José de Salamanca.
D. Manuel Osorio.
D. Fernando Osorio.
Excma. Sra. Duquesa de Tamames.
D. Juan Crisóstomo Hurtado de Mendoza.
D. Julian Romea.
D. Rafael María Baralt.
D. Florencio Romea.
D. Francisco Salas.
Doña Adelaida Latorre.
D. Manuel Diaz Valdés.
D. José María Garelly.
D. José Hernandez Ariza.
D. Salvador Llaurado.

D. José Caballero.
D. Enrique Cisneros.
D. Alejo Galilea.
D. José María Gomez de Merodio.
Sra. Marquesa Viuda de Povar.
Excmo. Sr. Conde de Retamoso.
Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.
Excma. Sra. Duquesa de Berwick y de Alba.
D. Manuel Ovilo y Otero.
D. Antonio Flores.
D. Francisco Calvo.
D. Victoriano Calvo.
D. José Sanchez.
D. Vicente Santa Coloma.
D. Francisco F. Palou.
D. Francisco Franco.
Sra. Marquesa de Prado Alegre.
D. José Velez.
D. José Remon.
Sra. de Argaiz.
Doña Sofia de la Cruz Mourgeon.
D. Emilio Marquéz.
D. Juan Montero de Espinosa.
D. José Luis Nacarino.
D. Benito Hernandez.
Sra. Viuda de Heredia.
D. Pedro Lopez Rueda.
D. Rafael Gutierrez.
D. Lorenzo Garcia Lamas.
D. Mariano Moreno.
D. Gonzalo Pives Dávila.
D. Cristóbal Fernandez.

D. José Guerrero Martinez.
D. Telesforo Alvarado.
D. Juan Sanchez.
D. Isidoro Pis.
D. José Muñoz.
D. Joaquin Lozano.
D. José María Lasso de la Vega.
D. Pedro María Ramirez.
D. Clemente Rodriguez.
D. Agustin Flos.
D. Juan Sevilla de Ollanari.
D. Ambrosio de Hervias.
D. Joaquin Cerer y Miramon.
D. Martin Ochoa de Autenzana.
D. Gerónimo Corrales.
D. Antonio Albujar.
D. Francisco Mora.
D. José Segado y Medina.
D. Mariano Alvarez.
D. Antonio Vidolot y Sanuy.
D. Narciso Vinardell y Martí.
D. José Martí Casanova.
D. Manuel Contrastin y Moyano.
D. Severiano Rodriguez Pelaez.
D. Manuel Marin.
D. Matías Serrano.
Sres. Franco y Compañía.
Doña Angela Garcia.
D. Gumersindo Garcia.
D. Ramon Campomanes.
D. Luis de Zaro.
D. Ramon Puig de Lozano.

